

1. El cero absoluto

Autor: Jaime Restrepo Cuartas

Editado por la Fundación Arte y Ciencia. Primera edición. Medellín, agosto de

1995. Reformado en la segunda edición 2014.

"En cambio, nosotros los Celtas, nos entendemos sólo con la desesperación, de la que sólo nace la risa, y el romance desesperado de los eternamente desesperanzados. Perseguimos lo inalcanzable, para nosotros existe una única búsqueda interminable". Clea, Laurence Durrell.

1

Si hay algo que me ha gustado hacer es mirar las estrellas, y al hacerlo, no puede uno dejar de pensar, qué es lo que se esconde detrás de aquella inmensidad, vasta y radiante. Por fortuna, como pasante del grupo de investigación de Michael, he podido hacerme amigo y compartir con los astrónomos del observatorio:

Dédalus, astrofísico, serio, reservado, siempre metido entre las constelaciones, investigando sobre planetas descubiertos y la formación de nuevas estrellas, tratando de ver más allá de lo que es posible ver; Jacinta, bella, solitaria, ingeniera genética y matemática, haciendo cálculos, interpretando fórmulas y midiendo cómo se puede expandir la radiación que viene del espacio, la del fondo y la que se produce con las nuevas explosiones, y Michael, mi tutor del doctorado, simpático y alegre, bioquímico, nominado al Nobel, trabajando conmigo en las soluciones de crío preservación, que yo he ensayado en los órganos humanos para aplicar a los trasplantes y que él soñaba utilizar con aquellas personas que por alguna razón, cualquiera que fuera (por enfermedad o por consideraciones intelectuales), necesitaran mantener sus células con vida, después de ser congeladas durante años.

Todo fue agitación esa noche, porque Dédalus pretendía mostrarnos uno de esos fenómenos que en raras oportunidades se descubren en el firmamento. Como buen científico organizó toda la parafernalia necesaria. Su hallazgo era, según él, una de esas explosiones gigantescas de una supernova, que apenas si

se alcanza a ver en los más potentes radiotelescopios, porque ocurren a cientos de años luz, y que en esta oportunidad se había presentado en nuestra Vía Láctea, en la gran nebulosa de Andrómeda, a menos de diez parsecs de nuestro sol. Era apenas un punto más brillante de lo usual en el universo, algo que no se veía en las fotografías tomadas apenas unos meses antes. Resultaba ser semejante a descubrir un nuevo “Sirio” (la estrella más brillante), pero ya no en la constelación del Canis Major, sino más cerca de nosotros, a sólo cuatro años luz. Mandamos a pedir una comida sencilla (pizzas y hamburguesas), mientras esperábamos que él organizara sus equipos y nos mostrara las fotografías previas, y llegado el momento, fuimos a disfrutar el descubrimiento. Para cualquier persona normal, sería simplemente otra estrella, de pronto un poco más luminosa, pero al escucharlo hacer las comparaciones, nos contagiarnos de su entusiasmo. De inmediato Jacinta consideró que se debía fotografiar semanalmente, para ver la variación en la intensidad lumínica y poder calcular a que velocidad se expandía su radiación y Michael preguntó si siendo una estrella cercana, nuestro planeta pudiera verse afectado con su radiación. “Claro —conceptuó Dédalus—, pero sería en unos cuantos miles de años y ya no estaríamos para verlo”.

Estuvimos un par de horas contemplando el fenómeno y la excitación permitió que Jacinta, siempre reservada, pero ese día excitada como nunca la habíamos visto, nos invitara a su casa a degustar una copa de un vino francés que desde años conservaba. En su residencia se encontraba su padre —nos dijo— y no quería que se preocupara por su tardanza; de ese modo podríamos durante un buen rato, seguir hablando sobre las consecuencias de un fenómeno de esta naturaleza. Sin duda, las repercusiones genéticas sobre el planeta serían deplorables —exclamaba exaltada—. Al llegar, nos presentó a su padre, un anciano meritorio, profesor universitario jubilado y un poco enfermo, pero además, orgulloso de su hija, y ella nos sirvió, también con las debidas consideraciones sobre las copas adecuadas y los pasantes de queso, un exquisito “Châteaux Premier Cru Supérieur”, que saboreamos a pequeños sorbos, como si no quisiéramos que se terminara, mientras dialogábamos sobre el hallazgo. El padre, un poco cansado, se despidió a los pocos minutos, ajeno también a lo que conversábamos, recomendándole a su hija que no fuera a dejar la puerta abierta,

pues las noticias sobre las bandas de delincuentes que recorrían la ciudad, lo tenían atemorizado.

Allí fraguamos la manera de hacer los cálculos precisos sobre la radiación y la velocidad a la que se acercaría, y publicar la experiencia, de por sí maravillosa, pues sostenía Dédalus, alguien debería alertar a los científicos del mundo sobre los riesgos que afrontaba nuestro planeta. Dédalus fotografiaría cada semana el lugar para ver las variaciones, Jacinta calcularía con precisión la radiación según la luminosidad y Michael me insinuaba que sería conveniente que él y yo aceleráramos la indagación acerca de la vida de los órganos humanos en las soluciones de preservación, lo que facilitaría los viajes futuros de los astronautas y les permitiría recorrer miles de kilómetros sin envejecer, no sólo años sino posiblemente cientos de años a través del espacio interestelar, en una aventura que a mi personalmente me parecería fascinante. “¿No te parece?”, les decía yo mirando a Jacinta y ella se reía de imaginarnos congelados en un viaje de “placer” por los confines del espacio.

Demoramos seis meses en tener los primeros artículos listos para publicar, cada uno de nosotros trabajando en su tema, pero firmados entre todos, para así lograr como grupo las publicaciones en las mejores revistas y obtener una buena financiación internacional; con ello podríamos experimentar sobre los primeros modelos espaciales, que permitirían viajar a velocidades supersónicas y bajo sistemas de crío preservación, sin que existiera el más mínimo daño en las membranas celulares de los astronautas viajeros (Jacinta me miraba y se reía). Esas experiencias nos unieron tanto, que ya no hablábamos sino de esos temas y nos convertimos en un grupo que había logrado un enorme reconocimiento del mundo científico. Claro, muchos nos creían locos y otros tantos cuestionaban nuestros descubrimientos o nos clasificaban en el marco de la ciencia ficción, pero ya nadie podía cuestionar el hallazgo de la supernova descubierta, que se convirtió en la explosión más cercana a nuestro planeta, detectada por los demás astrónomos, y además, que para ese entonces, órganos tan frágiles como el hígado, pudieran almacenarse durante meses con el mayor de los éxitos.

Las primeras experiencias en ratones fueron alentadoras, porque a pesar de que los roedores murieron en el proceso de resucitación, desde su estado de hibernación de semanas y de meses, los órganos, en los estudios anatómopatológicos mostraban estar completamente preservados, sin evidencia de la más mínima lesión morfológica e incluso bioquímica. Luego de un par de años, experimentamos con animales más cercanos a los humanos como el orangután enano (bonobo), que Jacinta sostenía tenían más del 99% de los genes del hombre, y por primera vez logramos no solo que sobreviviera durante un año, sino que “Emmanuel”, como lo habíamos bautizado, recuperara sus funciones físicas, incluidas las mentales, mientras su fotografía apareció en la carátula de las mejores revistas científicas del mundo. Paralelo al estudio de Michael y yo sobre trasplantes de órganos, los estudios de Jacinta lograron demostrar que en unos diez mil años comenzarían a sentirse los efectos de la radiación de aquella supernova en nuestro planeta, con un incremento inusitado del cáncer y malformaciones genéticas producidas sobre individuos en muchas especies, y Dédalus, por su parte, siempre pensando en sobrevivir, ya había identificado el

planeta Van de Kamp alrededor de la estrella Barnard, a seis años luz del sistema solar, como uno de los planetas más parecidos al nuestro, habida cuenta de que sus condiciones atmosféricas parecían semejantes. Era el posible destino de la humanidad. Fue cuando decidimos ensayar en humanos e iniciar el más osado experimento del que se tuviera noticia en la historia de la humanidad el que denominamos "Columbus 1995".

2

Ahora, después de mi recuperación, puedo expresarles esto con palabras, quizás recordadas o inventadas por mí, pero lo debo hacer así para lograr comunicarles lo que en aquel instante sentía. Antes, sólo recibía la impresión sensorial y no la podía asimilar a nada, puesto que cada objeto me era indiferente. Les hablo de la luna, porque luego supe que esa esfera luminosa era el asteroide, que según los frailes que me protegieron al despertar de ese largo sueño, anda en loca carrera alrededor de la tierra, símbolo cósmico para los nacidos bajo un signo denominado cáncer y que representó para algunas civilizaciones desaparecidas, la creación y recreación permanente del universo. En un comienzo me produjo

pánico a no sabía qué imponderable, a lo ignoto, y cada vez que la miraba, la nostalgia de sus rayos me recordaban algún mensaje, definitivamente guardado, que permanecía indescifrable, pero significaba el descubrimiento de algún misterio oculto en la inmensidad de la bóveda celeste.

Sé que lamí la cal y chupé la humedad de las paredes y sorbí el líquido salobre de mi orina y ese jugo viscoso y sanguinolento que se filtraba gota a gota por varios orificios de mi piel, perforada en los antebrazos y en el pecho. Y cuando las voces de alguna trifulca se hicieron cercanas y se pronunciaron con claridad, ese lenguaje, que debo aceptar se me hizo familiar e incomprensible, continuó, sin embargo, siendo desconocido. Intenté imitarlo, pero los sonidos de mi garganta semejaban el mugido de los toros que más tarde divisé en las campiñas de los dueños de estas tierras. Siento que lloré, aunque no puedo estar seguro. Tenía la corazonada, estimulada por quienes me creían un ser sobrenatural, de haber nacido de un vientre metálico y siempre pensé, pero les confieso que era por mera intuición, que el material que me procreó fue el tungsteno, palabra que además pronuncié en una ocasión sin que nadie me la hubiera enseñado o supiera de qué se trataba. Eso lo decía sin certeza, pues la recuperación de algún vestigio de mi

madre milenaria fue una tarea inútil, ya que los restos de su metálico esqueleto desaparecieron como por encanto, tal vez entre las pertenencias de un vulgar ladrón de los muchos que abundan por estos lares o de un coleccionista de objetos exóticos y baratijas inservibles.

Yo sé que mis ojos estuvieron hinchados por el exceso de agua y las conjuntivas se hicieron tan prominentes que escapaban de mis párpados y luego colgaban por mis mejillas destilando unas gotas que mitigaban la sequedad de mi boca, por donde también debía respirar, pues mis cornetes estaban inundados por unas masas viscosas que asomaban por la nariz y debían reflejar como morcellas el eterno fuego de las estrellas. A pesar de aquello, la primera impresión de luz me hizo clavar la cabeza contra el rincón más oscuro del cuarto y durante muchas horas sus sensaciones se reproducían como relámpagos reiterativos. Eran círculos concéntricos de luces y de sombras que se fundían en un punto del infinito o se ensanchaban hasta desaparecer por fuera de mi vista. Curioso momento en el que por primera vez aparecieron los colores, enseñándome un placer difícil de entender bajo aquellas circunstancias. No es lo mismo captar la sensación luminosa cuando se sabe de la existencia del sol y se imagina uno las

fogatas cálidas en las noches de plenilunio o cuando se ha tenido la experiencia de ver quebrarse los rayos sobre un cristal y mirar como se descomponen en un espectro cuyo colorido nos provoca deleite, a tenerla sin razón, cual si el único contacto con la naturaleza fuera su mancha reluciente que nos penetra con ardor y nos deslumbra como el fuego de san Telmo (no sé por qué me refiero a él como si significara algo o buscara con ello protección).

Tampoco sé si rodé, presa mi alma de algún desafuero o si fui arrojado por alguien hacia el piso inferior a lo largo de unas escaleras, que según he podido observar han resistido las contingencias de los diferentes periodos. Hechas de maderas inagotables han aguantado como barbacanas la guerra de los años. Ese recuerdo de mis primeros días todavía me es oscuro, aunque les confieso que han sido variados los intentos por desentrañarlo, pues como en cualquier investigación es necesario recurrir a las minucias, ya que allí casi siempre se encuentran los elementos claves para el logro de los resultados. Me parece, y lo hago por deducción mas no por disfrutar de prueba alguna, que debí ser arrojado como basura, pues me resulta imposible creer que ese lugar no fuera visitado, a sabiendas de que en otras oportunidades fue saqueado y alguien, de cualquiera de los bandos que aquí existen, debió haber visto mi cuerpo desde el instante

mismo del alumbramiento; un fenómeno de renacimiento, tal vez provocado por ellos y del cual debieron haber sido parteros, abismados del fenómeno.

Tuvieron que haberse aterrado de observar cómo la figura de un anciano (confieso que así parecía), grotesco, desnudo y adherido por un cordón umbilical a una máquina infernal, comenzaba a hincharse a medida que transcurrían las horas, emitiendo sonidos espectrales y tratando de levantar su humanidad, inútilmente. Luego de creer que era un muerto, guardado por alguna razón en un ataúd especial o quizá el cascarón corpóreo empleado para estudio por alguna escuela médica y almacenado en la cava de un desaparecido anfiteatro, verlo levantarse por sus propios medios, desfigurado y convertido en un monstruo de forma indefinible, debió parecerles por supuesto, extraordinario y milagroso. Si hubieran sido mis amigos mendicantes, los descubridores, hablo de unos curiosos frailes que a pesar de su atraso parecen una secta de libertarios, alguna huella de mi equipamiento hubiera encontrado entre la serie de bagatelas guardadas con celo, en su afán de mostrarse como exploradores de una historia, ahora perdida como mi memoria en los laberintos del misterio. Debieron por tanto ser los hijos espurios de este régimen oprobioso, quienes, luego del saqueo, me dejaron por muerto y por su descomposición social e incultura no conservaron como objetos

aprovechables mis escasas pertenencias, sino que las emplearon como chatarra, buena para adornar sus estrafalarias condiciones de vida. No descarto tampoco que hubiera sido víctima de la mendicidad, más en un medio esclavizado y miserable, en el que las condiciones de vida se han tornado deplorables, pues los menesterosos siempre andan dispuestos a buscar algo con lo cual puedan cubrirse, calentarse y saciar por lo menos el hambre.

De todos modos, sea como haya sido, haber llegado al vano de esa escalera, si bien exento de conciencia, permitió que fuera visto y socorrido por esa especie de jinetes del Apocalipsis (me refiero a estos frailes desmirriados), que todavía existen a pesar de la persecución desencadenada sobre ellos por quienes en este instante son dueños de lo que queda de esta ciudad, al parecer la única que sobrevive (según he oído), de las inmensas urbes que otrora existían en la Tierra. Un planeta decadente que se ha convertido en basura espacial, pero sigue girando en la misma órbita alrededor de una estrella que ha franqueado la madurez sin mayores glorias y entra ahora, acompañado por los residuos de una especie en extinción, al sendero inevitable de la decrepitud.

Mis bienhechores no viven en lugares destapados o a la intemperie, pues serían detectados y exterminados, pero suelen hacer frecuentes incursiones, bien sea como actos de espionaje o para obtener leña y restos de algunas mercancías

que les puedan ser útiles. Con estos elementos, casi siempre desperdicios, fabrican instrumentos de defensa como lanzas y espadas de doble filo y hacen unos raros experimentos con los cuales piensan encontrar el camino, que según algunas versiones extraviaron un día, pero que de hallarlo los llevaría de nuevo a un paraíso de prosperidad sin límites. A simple vista son individuos comunes, aunque medianamente altos y un poco gachos. Esta última característica, que en un comienzo creí fuera especial, y al mismo tiempo los diferencia como si correspondieran a una variedad de la especie, luego de algunas conjeturas, tengo la impresión de que se relaciona más con el modo de vida y el estado de ánimo, pues al salir de sus covachas deben permanecer al acecho, esperando algún ataque y escondidos de la vista de los rufianes que los persiguen sólo con el interés de afinar su puntería. Se inclinan para proteger la testa al deambular por los túneles y para esconderla de los bandoleros, quienes, a pesar de lo estúpidos que son, saben diferenciar las hordas de indígenas, de estos militantes silenciosos que de alguna manera les extraen el conocimiento, del cual son dueños por casualidad, pero cuyo significado al parecer desconocen.

Tienen, sin embargo, cabezas grandes cubiertas por un escaso pelo y una tez lampiña y amarillenta. Los hay de diferentes configuraciones, pero en general son flacuchos, de ojos pequeños y escrutadores, de piernas delgadas y bastante ágiles, cosa que les permite escalar los entejados como si fueran micos y camuflarse con facilidad entre los escombros de los edificios abandonados, que permanecen enhiestos como monumentos históricos. Los ojos poseen la particularidad de ser penetrantes y obsesivos, hasta el punto de que creo son capaces de comunicarse entre ellos con la mirada. Los he visto cientos de veces darse órdenes a mucha distancia como si hubiesen aprendido una cualidad especial que les permite poseer una ventaja crucial en esta época, en la cual para sobrevivir se requiere de mucha astucia. Las manos son espigadas y hábiles pero sus palmas están cubiertas de gruesos callos, ya que deben asumir distintas funciones materiales, desde cortar leña, mover peñascos y cavar túneles, hasta defenderse a puño limpio si de salvar la vida se trata. Se cubren con un manto de doble faz, por un lado gris y por el otro negro y usan amplios capiruchos como si fuesen monjes de sectas contemplativas. Calzan unos botines fabricados por ellos mismos, que si bien algo los protegen de las incertidumbres del suelo, más les sirven en sus rápidos desplazamientos nocturnos. Que yo sepa sólo quedan unos

cientos de ellos, dirigidos por un anciano patriarca de nombre Isaías (lo que también me recuerda algo), que se ha declarado en rebeldía contra los culpables de tanta ignominia y a quien veneran los iniciados como si fuera un santo.

Son una comunidad en proceso de extinción; un rezago de algunas razas nómadas, cuyos ancestros se pierden en la antigüedad, empeñados en recuperar su tradición y su cultura y cuyos prosélitos decidieron convertirse en labriegos en las tierras más promisorias, pero que, avasallados por la creciente descomposición que como una plaga recorre lo que queda de las mejores comarcas, intentaron convivir con los facinerosos, aceptando como el resto de la población sus humillantes condiciones; pero muy pronto comprendieron que, si seguían con sus habituales costumbres, serían exterminados. Por eso tomaron la decisión de dividirse para enfrentar la lucha. Uno de los cabecillas y quien fuera el segundo al mando, de nombre Abelardo, enseñado a las labores del campo, quedó con el encargo de controlar las tierras, mientras el otro, el mencionado Isaías, viejo y enfermo pero poseído por la obsesión de defender a ultranza el legado de su pueblo, tomó la determinación de iniciar un éxodo por las regiones

más peligrosas, en busca del añorado secreto sobre un experimento que les otorgaría la última oportunidad a sus diezmadas huestes.

Abelardo logró agrupar sus fuerzas para protegerse de los sediciosos, pero Isaías se metió en el propio corazón del lobo. En su aventura, el sumo patriarca escogió a los jóvenes más fuertes e inteligentes y en aras de proteger a sus súbditos mientras organizaba la manera de defenderse, declaró la guerra a los intrusos, incluso aceptando que los demás ancianos, para disuadir los ataques, sirvieran de distracción a los enemigos, colocándose a la vista de los matones, quienes al verlos iniciaban la cacería, empleando feroces mastines y en una forma similar a las persecuciones organizadas por los nobles, que se dice existieron en remotas épocas. Algunos eran tan ágiles (como el que después supe que se llamaba Wenceslao), y conservaban tantas capacidades, que lograban con las más sutiles artimañas engañarlos durante meses y así los mantenían entretenidos hasta que al fin eran arrinconados, rodeados por cientos de ellos que no vacilaban en descargar su balacera sobre el indefenso, a quien después le cercenaban la cabeza y lo arrojaban a las playas del río, para que sirviera de sustento a los buitres y otras aves de rapiña; animales que aprendieron a vigilar en los

alrededores, sabedores de que allí llegaría tarde o temprano el sustento. Una de las reglas estipuladas para estas especies de héroes, era la de provocarlos, pues luego de aquellas hazañas, los bárbaros organizaban interminables celebraciones y permanecían semanas enteras entretenidos en sus orgías. Eso daba un respiro a los laboriosos en sus afanes por recuperar las huellas de aquella antigua civilización, que los tatarabuelos les enseñaron había existido y que de redescubrirla podría permitir la reconstrucción y por ende la salvación de una comunidad que tuvo en otro periodo una prosperidad sin límites y estaba condenada a desaparecer por un fenómeno natural, tanto o más grave que la devastación sufrida en los siglos precedentes.

Me impresiona, se los digo con franqueza, que estos luchadores que viven más en los entejados y debajo de la tierra que en el campo abierto, hubieran podido desarrollar la memoria a niveles tan fascinantes. Los he visto destapar los más sofisticados equipos, incluso unos robots sofisticados que dicen haberle sustraído a la mafia, y luego hacer diagramas con una fidelidad absoluta, y también he contemplado estupefacto cómo se leen un libro y después lo recitan casi a la perfección. Sin embargo, pocas veces logran concluir sus tareas, pues

andan diezmados y en peligro de fracasar. Se aterrarán ustedes de saber, cómo los indígenas, que incluso son muchos pues se reproducen como animales, a pesar de sufrir también las persecuciones, no colaboren con estos amigos que de todos modos representan una protección para la humanidad, sino que más bien se hayan convertido en soplones y señaladores. Han llegado con los años a ser esclavos al servicio de los poderosos, vedados al progreso y acostumbrados a recibir como premio los desperdicios por los cuales se despedazan como fieras. Viven en las montañas como gatos salvajes sin buscar amparo contra las inclemencias de la naturaleza, ni siquiera en cuevas y en simples ramadas o bajo las ruinas de las viejas edificaciones que aún sobreviven. Conocen del idioma algunos vocablos indispensables y muchos de ellos sólo hablan por señas y con algunos sonidos, cuestión que me sobrecoge a medida que logro desentrañar un poco el pasado personal, el de mi ciudad natal, el de mi país, e incluso el del planeta hoy aniquilado a tal punto, que nada extraño sería que muy pronto se llegara a borrar del mapa espacial, al no encontrarle solución a los graves conflictos, como no la hubo en otras épocas por vías educativas, humanitarias e incluso de poder, pues parece que hasta las guerras, convencionales o no, fueron

en este caso decisiones inútiles. Con estos frailes y sus mujeres, como la bella Eliade y su hija, que me curaron y protegieron, viví largo tiempo recuperando mi memoria, hasta que fui secuestrado por los rufianes de un sujeto llamado Eloy.

3

De haberme encontrado en las ruinas de esta ciudad quinientos años más tarde, no hubiera podido descubrir el hilo de los acontecimientos. De pronto habrían sido los pobladores borrados del territorio o sucumbido bajo el propio peso de su incapacidad, de la cual ha dado la humanidad bastante lujo de merecimientos. Al principio, nada sabía de esta cultura que a pesar de encontrarse en un país aniquilado por la descomposición, logró algún grado de desarrollo en ciertas áreas, como la ingeniería biónica, al parecer no por la injerencia de los gobernantes, casi siempre pícaros o abyectos, como por la tenacidad de algunos científicos, capaces de dedicar su vida a la realización de ciertos proyectos, por lo demás quiméricos. Tampoco tenía capacidad para reconocer, por los vestigios que quedaban, el sitio en el cual me encontraba, pero llegó un momento en el que empecé a presentir que conocía algo más de aquellos lugares que ahora empezaba a visitar forzado

por las circunstancias, incluso los que sólo podía apreciar a cierta distancia, por haberme convertido, como se los voy a relatar, en uno de los personajes más buscados, pues circulaba el rumor entre los verdugos de estos parajes, acerca de la existencia de un ser, al parecer extraterrestre, que había venido a salvar a los mortales de tanta ignorancia. Además de otras especulaciones acerca de mi alta peligrosidad, supongo que no porque así pensarán quienes me protegían, sino por mi afanado intento por extraer conocimientos de sitios peligrosos y bajo condiciones desfavorables.

Voy a empezar a narrarles, día tras día y cada vez que las condiciones me lo permitan, lo que vaya descubriendo; por eso no pretendo elaborar una historia definida, sino una especie de diario, de acuerdo con los hallazgos y las lucubraciones que sobre estos aspectos pueda discernir. Lo hago, no por considerar que con esto voy a colocar punto final a la situación reinante, ni porque me crea capaz de modificar los hechos acaecidos o las condiciones de vida de los habitantes, sino por la mera intuición de que aquí ha ocurrido algo singular y de pronto mis anotaciones le puedan servir a alguien a quien todavía lo sorprenda la vida y esté interesado en escudriñar estas contiendas, para apoyar, entre otras cosas, los ideales de estos monjes que se encuentran a punto de capitular.

Por ahora, quisiera describir el lugar en el cual desperté a la vida al recibir el apoyo y la compañía de los frailes protectores. ¿Qué no diría de las montañas que circundan ese hermoso valle, cuyas cumbres se elevan como fortalezas, arropadas por las nubes de los amaneceres y cuyos vientos mantienen un ambiente de primavera, con cielos azules y noches claras, en los que cada vez, para los que hemos sido adictos a mirar la bóveda celeste, nacen nuevas constelaciones en su firmamento?; ¿cómo olvidar aquel cerro que se levanta en medio de su planicie, recordando que allí existe un embrión de la cordillera, lo que quiebra la monotonía de la llanura; o las quebradas que como serpentinas se precipitan por las cañadas, encajonadas entre los precipicios y los incontables tonos que deja en el aire el abigarrado paisaje, en el que las variedades de verdes y de grises se diluyen entre los picos y las crestas, hasta disolverse en la distancia? Desde lejos, si uno logra llegar a lo alto de las laderas, tiene la oportunidad de contemplar el horizonte que se quiebra en secuencias, y puede respirar el aire fresco dejado por las corrientes que recorren sin tregua de norte a sur, los rincones que se escudriñan con la mirada: los valles eclipsados por la neblina densa de los amaneceres, las selvas inhóspitas donde los árboles de finas maderas han tenido que cederle el paso a las espadañas y sietecueros, las

montañas fatigadas por la inclemente tala de los bosques y los picos de las cumbres que se elevan con agresividad hacia las nubes y cuyos cúmulos parecen copos de nieve depositados en las cimas. Allí puede apreciarse la neblina cuando sube con lentitud desde las hondonadas, cargada con la savia triste de esta tierra empobrecida y tal vez preñada con las ilusiones de los indigentes, quienes, a pesar del oprobio que cargan en sus vidas, continúan cantando al aire sus sueños, acompañando sus nostálgicas tonadas, con unas especies de tambores y en idiomas de un trinar bucólico, para mí incomprensible.

Debió haber sido distinto aquel lugar cuando todavía agreste fue descubierto por bandas de conquistadores provenientes de recónditos parajes y el sitio era habitado por indígenas, quizás similares a los actuales, si bien estos parecen haber degenerado, ya que poseen una configuración diferente que les ha retirado el entusiasmo y los ha dejado sólo habilitados para reclamar un sustento, por el cual merodean como animales rapaces. Tampoco debió tener similitud alguna con aquellas ciudades que existieron en los siglos precedentes. Verla hoy, desfigurada por los nuevos sucesos y conociendo algunas patéticas

descripciones, produce nostalgia y no aquel fervor de las cosas inmensas. La quema de lo que debieron haber sido sus montes, la destrucción de los árboles en las cordilleras que la circundan, la aridez del terruño, el desmoronamiento de sus viviendas, edificios y palacios, la ruina de sus puentes, avenidas y calles, o la podredumbre del río que la atraviesa y sus exiguos afluentes, son muestras de la desolación en que ha caído. Sobre su descubrimiento y sus primeros años se conservan algunos documentos, verdaderos tesoros encontrados bajo los escombros, muchos de ellos carcomidos por la humedad, alimento de polillas y cucarachas, o rescatados de las hogueras que han servido para mantener, a falta de sustento espiritual, el calor en los humildes tabucos, donde tanto pordiosero aún sobrevive a pesar de las pestes y las hambrunas.

Lo llamaron valle de san Bartolomé, en honor a haber sido descubierto el día de aquel apóstol y cuenta la leyenda que sus habitantes se ahorcaron con sus cabellos de las ramas de los árboles, a causa del miedo, al ver ingresar aquellos guerreros vestidos con armaduras, cabalgando curiosos animales que galopaban a increíbles velocidades sobre los caminos que cruzaban las serranías circunvecinas. Cuán similar, se me ocurre, la visión de un segundo descubrimiento; hoy sin aquellos habitantes de color cobrizo, vestidos de abrigada

ropa y no de simple pampanilla como debió ser lo común en otras comarcas y que arrojaban flechas o se defendían con hechizos y maleficios, sino habitados por otros individuos, semidesnudos y sucios, que se comunican por medio de unos sonidos elementales y que miran con terror a los bastardos que han usurpado el poder, cuando montados en máquinas de hierro, circulan a velocidades sin límite frente a los ojos de quienes han tenido que aprender a volverse impávidos, si no quieren morir despedazados y sin percatarse de que tal vez fuera mejor que así ocurriera, a la desdicha de soportar la indignación de ser objeto de humillante esclavitud, un fenómeno que la humanidad creyó extinguido durante siglos.

Lo primero que me advirtieron mis protectores, especies de templarios de los tiempos modernos, o masones, como quise llamarlos para assimilarlos a los caballeros de alguna secta esotérica, pero que quizá reflejen una civilización más atrasada, era que cuando asomara las narices de cualquier escondite de esos en los que es necesario permanecer, ya hubiera olfateado el ambiente y no fuera que me encontrara frente al cañón de un trabuco, convertido en presa inerme de tanto lagarto que busca simplemente afinar su puntería. Tal vez para nada les serviría tenerme vivo, a más que la virtud consistiera en exhibir mi facha de anciano como si fuera un sabio, pero cuya sabiduría he olvidado hasta el punto de no distinguir

mi nombre entre los nombres de usanza, ni recordar padre, ni madre, ni cosa parecida. Me recogieron porque les daba pena apreciar a una persona de piel tan blanca, de barba tan espesa y de ojos tan azules, vagar desnudo, aprendiendo a caminar agarrado a las paredes y mirando los objetos como si en cada uno de ellos se escondiera un enigma indescifrable. De pronto creyeron, atosigados por las creencias que en la incultura se vuelven ciencias, que yo representaba a un ser sobrenatural, venido del más allá para orientar una nueva salvación, como siempre han pensado los hombres cuando buscan hacer más humanas las creencias y que por algunas épocas tanto requiere de salvadores y dirigentes.

Después dedujeron que me había parido una máquina extraña, la cual fue saqueada sabe Dios si por los hambrientos que recorren cada lugar para apropiarse de cualquier valor que les ayude a sobrevivir o por los rufianes que controlan la zona y tienen en sus casas especies de museos con variados cachivaches, casi siempre inservibles y extravagantes. Algo importante debió haber ocurrido, me señalaban, buscando un rayo de luz en esa mente desquiciada que por instantes daba muestras de ser lúcida, habida cuenta de la rapidez con que aprendía (o recordaba). De aquel andamiaje que rodeó mi aparición en esta centuria, sólo pudieron recoger unos cilindros con residuos de un gas con propiedades extraordinarias y unos frascos con medicamentos, para ellos

desconocidos, pero que yo mencionaba con mucha seguridad, como si fueran parte de mi sustento. Había tuberías en ese lugar, con cables y conexiones empotrados en las paredes. Eran los restos de alguna civilización, de la cual yo parecía ser un vestigio. Por eso me protegían como al Mesías de los tiempos de la decadencia.

Fue así como decidieron colocarme compañía. Utilizaron en el empeño por controlarme, a un joven baquiano de temperamento apacible, con unos ojos escrutadores que me recuerdan el tono azul oscuro que suelen tomar las profundidades marinas. De un cuerpo ágil como el de un venado y con una rara capacidad, se podría decir que inhumana, para el arte del raciocinio. Algunas veces, cuando lo veía mirando las hogueras que se levantaban en la distancia y que parecían luciérnagas, no podía dejar de admirarlo al saber que marchitaba su juventud meditando sobre la forma como habría de controlar el poder y debía imponer orden donde no existía sino el caos, lo cual me traía a la conciencia aquella otra vida que solía llevar cuando andaba de aventurero, casi contradictoria, pues con su figurín de niño malcriado, se la pasaba infringiendo derrotas a sus enemigos que lo creían un blanco fácil, una vez en los

enfrentamientos y al mirar su aspecto enclenque, los gahnápiros se burlaban de su capacidad para la defensa. Cuántos de ellos no murieron por confiar en la fuerza bruta y desconocer su sapiencia.

Les confieso que en un principio me estorbaba. Pero la impaciencia por aunar datos me colocaba en peligros sobre los cuales no albergaba sospechas. Sin embargo, él estaba ahí, atento, presto a saltar como una liebre y con la mente lo suficientemente ágil como para indicarme los caminos más propicios. Mucho tuvo que adivinar de mis deseos para volverse amigo y consejero; pero su tarea iba más allá de la simple protección. Después supe que cada palabra que me oía decir o el más sutil interés que en mí despertaba algún hallazgo, era por él conservado y transmitido a unos heraldos, quienes se llevaban los informes hacia un destino desconocido, para que le sirvieran a los jefes de esta abstrusa cofradía. Mucho les ha llamado la atención, que un ser desarraigado y sin habla, como lo fui durante los primeros meses, aprendiera a parlotear con fluidez sobre cosas de las cuales solo oía discutir superficialmente y que tuviera tanta habilidad para empalmar un hallazgo circunstancial con algún descubrimiento conocido. Era esa la recuperación de mi memoria que para algunos hechos regresó con rapidez, pero para otros todavía me tiene sumido en el misterio y la desesperanza.

Se llamaba Wenceslao y yo siempre lo relacionaba con un antiguo monarca asesinado; pero ese era un recuerdo demasiado vago. Hasta le pregunté en una oportunidad si existía en su sangre algún rasgo de nobleza, palabras que lo hacían desternillar de la risa. De todos modos, hasta con esas ridículas apreciaciones se construyeron muchos relatos. Después pude escuchar en sus prédicas, cómo relacionaba mi conocimiento sobre el célebre Wenceslao con el de un hombre instruido, que conocía la historia y por eso evocaba textos desaparecidos que recordaban anécdotas del siglo décimo, época en la cual se adoraba a un joven rey en una ermita enterrada en los recovecos desérticos de un lejano país, hoy inexistente. Por eso, le insistía a sus superiores sobre cómo debían entregarme los manuales con los cuales yo había despertado, que fueron sustraídos por los indígenas que provocaron mi despertar o los libros conocidos sobre aquellos siglos, pues estaba seguro de que con ellos podría lograr rescatar otros recuerdos.

Como les decía, no fue fácil sobrevivir bajo aquella tormenta de acontecimientos. Al principio, fue Wenceslao quien permitió que conservara la

vida. Y si ahora puedo estar aquí escribiendo estas notas, lo que además no sé si tendrá alguna importancia, eso es porque debí aceptar (así fuera a regañadientes), sus recomendaciones, no sólo para salir de las sentinas donde nos ocultábamos, sino para lograr camuflarme cuando los descuidos nos obligaban a un encuentro forzoso, el cual, por mi edad, no lograba evadir; o para protegerme si era del caso, cuestión que aprendió como si fuera el Robin Hood de este siglo trastocado. Salir era un problema, pero regresar era más difícil, ya que además, a quienes debíamos defender, por estar esclavizados y sometidos a vejámenes, eran también enemigos, pues por nuestras cabezas podían conseguir un bocado de comida decente o una botella de ojén.

Esa actitud displicente de mi guía hacia estos sobrevivientes de la miseria que vivían de escarbar en los basureros como ratas, yo no la comprendía. Algún tiempo después, cuando observé como los asesinaba sin conmiseración, caí en la cuenta de que estos frailes, que se creían tan dignos, quizá recordando las épocas de la Inquisición, no los consideraban humanos y más bien los asimilaban a animales inferiores, unas especies de bichos perjudiciales sin posibilidades de adiestrar en labores fructíferas y un verdadero estorbo para la tarea de recuperar

los datos que facilitaran la construcción de una nueva sociedad, así fuera primitiva.

“Son una plaga infestada de males centenarios”, decía con fervorosa convicción y se quedaba sorprendido por mi furia cuando lo reprimía por su crueldad, apenas comparable —como solía decirle— a los peores tiempos de la barbarie. “De eso me tiene que hablar —me contestaba—, parece algo interesante”.

Salíamos antes del amanecer cuando la noche, todavía espesa, nos protegía con sus sombras. Siempre se despedía antes de una mujer y un niño (su familia, pensaba). Evitábamos las épocas de plenilunio y eludíamos los asentamientos de los nativos que se distribuían a lo largo de las estribaciones de las montañas, tanto al oriente como al occidente. Lo hacíamos, no porque a él le diera temor encontrarse con ellos, sino para prevenir el fastidio que me causaba con sus matanzas. Hacia el oriente, habitaban, ellos sí en buenas viviendas, los dueños y capataces que mantenían el control sobre un vasto territorio. Sus mansiones estaban cercadas por alambradas electrizadas y había garitas en las cuales permanecían los vigilantes que hacían turnos para protegerlos. Poseían un verdadero ejército de matones, un decenas de androides que emplean como

servidores, almacenados todos como gusanos en una treintena de edificios aledaños.

Por supuesto, fue más fácil para mí conocer cómo vivía esa población flotante de miserables que dormía entre los escombros y que muchas veces uno se encontraba inesperadamente al atravesar unas ruinas o surcar un matorral. Ellos huían de inmediato y sólo cuando se concentraban, se sentían con capacidad de ser hostiles, pronunciando gruñidos, mostrando las encías y con intenciones de atacar. Pero debíamos cambiar de rumbo si no queríamos que en unos cuantos minutos hicieran su arribo los escuadrones de asesinos, haciendo gala de su vocinglería y su sadismo. Yo tuve que entender aquello de inmediato, pues en la primera salida que me fue autorizada, por haberme encontrado de improviso a un par de harapientos calentándose con un libro que quemaban, mi impaciencia por arrebatárselos aquel tesoro que ellos despreciaban y para mí podría significar un encuentro conmigo mismo, me hizo desobedecer las consabidas reglas y hasta rabiar de la indignación. De inmediato huyeron en el alboroto y yo salí persiguiéndolos en busca de esas páginas que iban quedando desperdigadas. Alguno de ellos debió alertar a los guardias y todavía recuerdo que cuando estos

llegaron, traían en sus manos, agarradas del pelo, las cabezas de los infelices, jactándose de su acción y de lo mucho que disfrutarían si lograban la testa mía.

Cuando menos lo pensé, Wenceslao me arrastraba de un brazo hacia un lugar inaccesible, hacia el cual descargaron los matones infinidad de ráfagas con sus armamentos. Después tuve que convencer a mi dilecto amigo, a quien debí jurar obediencia eterna, de regresar para recoger los restos de aquel libro, del cual pudimos salvar algunas páginas, para mi desgracia, incompletas. Al lado, en una cuneta, yacía la cabeza de uno de aquellos mestizos, con su luenga cabellera derramada hacia los lados y sus ojos abiertos por el espanto final. Del otro individuo no vimos señas en primera instancia, pero después, al tener la impresión de que alguien nos observaba, lo vimos en lo alto de una roca, exhibido como un trofeo.

Esa noche el cansancio me venció por completo, pero tuve un extraño sueño en el cual una mujer velaba mi fatiga. Yo estaba tendido boca arriba y su rostro entraba y salía de mi campo visual, pero se desvanecían sus facciones en medio de las sombras de mi habitación. Intentaba despertar, pero no lo conseguía. Era tanto el esfuerzo por abrir los ojos que ella cerraba mis párpados con los pulpejos

de sus dedos tibios y al final carecía de la capacidad para imponerme a la dulzura que me prodigaba. Entonces me embelesaba en el ensueño de adivinar su rostro y me dejaba llevar por el hallazgo de su piel sobre mi pecho. Soñaba que estaba soñando y en esa ensoñación descubría unas cejas espesas y unos ojos de un brillo incesante, como las oleadas de una hoguera o escuchaba un nombre con el que la llamaban y frente al cual ella giraba la cabeza: "Eliade". Era como si la pasión taladrara los recuerdos que por razones del destino habían desaparecido entre el légamo de mis sustancias, convertidos en barro de tanto estar estancados en los marismas que me otorgaban la suerte de conocer a la mujer de mis sueños.

4

Déjame acariciar tu piel. No, no esquives mi mano. Quédate donde estás; desde aquí puedo adivinarte. Ha pasado mucho tiempo y en ese lapso has cuidado de mí como si fuera un hijo tuyo. Has sabido calmar mis dolores y mitigar mis delirios. Has enjugado mi frente y el calor de tus palmas ha recorrido mis carnes agotadas. Supiste ser firme para contenerme y ser paciente para esperar el regreso de mi propia existencia. Mi pensamiento ha volado como un zepelín a

merced de la ventisca y has devuelto a mis ojos la luz en medio de las tinieblas. Sé que me escuchas y sé también que entiendes mis palabras y he conocido la suavidad de tu voz cuando en medio de la desolación navegabas entre la tempestad de mis propios recuerdos, para hacer tuyos mis sufrimientos. Conozco tu soledad, porque la he sentido en tus manos, ávidas de ternura; sé que en el silencio de las noches sombrías, recorrían un espacio en el que pudieran anidar. Allí se extasiaban, atemperando mis músculos, a la espera de dejar un recuerdo que hoy se hace indispensable. Eran como palomas acurrucadas en un regazo que parecía hacerte falta. Reconozco no haber podido apreciar la majestuosidad de tu belleza pues sólo apareces en las noches y con las sombras te pierdes. Ése es el secreto, ése es el misterio. Pero no es aquello lo que me importa. Acabé por figurarte como debes ser. No puede haber equivocación posible porque el buen catador aprende a reconocer lo añejo del vino por el color o por el aroma desprendido. Te sabré dibujar con el pincel de mis dedos; sólo me hace falta tu permiso para viajar con ellos en esa aventura de la piel, de cada respuesta, de cada centímetro.

Aquí no cabe un rayo de luz; hace ya un buen rato naufragó el atardecer y las tinieblas se posaron sin piedad sobre las cuatro paredes de esta bóveda; bien sabes cómo en estas covachas la luminosidad se va quebrando en cada rincón hasta desaparecer por completo; sin embargo, algo de esa brillantez que tu misma despidas alcanzan a percibir mis ojos en el fondo de los tuyos. He visto tu perfil sobre la sombra gris que permanece en las paredes cual si fuera un cuadro de la naturaleza tallado en los muros por el cincel afilado del viento. Hace tanto que aquí habitas que tu huella se hace imborrable. Eres como una pintura rupestre. Allí, sobre las paredes, se refleja la silueta de tu nariz de filigrana y flotan en el aire los oleajes esquivos de tu pelo. Se insinúa tu pecho y se elevan los pezones, explorados por mi imaginación bajo el velo que te cubre. Casi sé descubrir el azabache de tu cabellera entre los tonos grises que se desvanecen alrededor de ese paisaje nocturno, cual si las penumbras no fueran capaces de ocultarte. Veo descorrer las persianas de tus largas pestañas y a través de ellas siento el fulgor de las lágrimas, como el sutil producto de una emoción solitaria.

¡Cómo quisiera saber de qué color pintas las mañanas con tus ojos!
¿Navegan en el negro como los de aquellas dos mujeres, madre e hija, hermosas ambas, que una vez clavaron en mí sus miradas cuando nos cruzamos en el

empalme de las grutas? He notado el discreto cansancio de tu respirar cuando escuchas en mis murmuraciones los requerimientos de mis sentidos; ¿ves que cualquier insinuación basta? Sabes que ha llegado el momento y ya nada puede a mí detenerme ni a ti espantarte. De tiempo atrás soñábamos el momento en ese silencio del corazón en el que tantas cosas permanecen ocultas. También siento quebrarse tu voz en el mensaje de las palabras y descubro el temblor imperceptible de tus rodillas que se niegan a huir, traicionando la razón. Algo infinito nos atrae desde que te asignaron a mi suerte. Yo muchas veces quise despertar de aquel letargo y tú otras tantas quisiste estar en mis sentidos. Lo sabía por la presión de tus dedos estacionados sobre mi pecho cuando buscaban sanar mis convulsiones y descifrar en los latidos del corazón las claves secretas del sentimiento.

Aprovecha como yo este instante. La eternidad ha decidido desaparecernos. Creo que antes éramos algo más elocuente de lo que hoy alcanzamos a ser. De pronto es mejor no conocer más allá para no aumentar el tormento. Tal vez sea menester dejarnos llevar por la corriente que conduce al olvido. Vano parece cada esfuerzo. Lo que ahora me importa es descubrirte. Quiero saber qué rara delectación percibo bajo el velo que te envuelve. Tal

pareciera que con él ocultas, como una deidad, el milagro de ser bella, la suprema identidad de lo perfecto. Se presiente la inmensidad tras la tersura de la tela. Apenas me atrevo a tocarte y al alcance aparece el calor irradiado por el fuego que circula por tus venas. Tienes un aura tibia. A ella penetré con la emoción de que dispone mi cuerpo. Siento tu olor con mayor intensidad. Posee la esencia de alguna flor discreta, como la pasiflora. Embriaga. Detrás de sus últimos vestigios alcanzo a percibir la mujer que aquí se encuentra. Su embrujo. Escucho el pecho ascender agitado, la respiración entrecortada, el ligero balbucear de las palabras que quieren brotar pero no se atreven; vana espera aquella de contener un ardor que ocultas y termina por quebrarse con un suspiro. ¡Cómo quisiera saber de que ilusión te alimentas!

Pronuncias un no rotundo cuando reitero mis ofertas, pero se enrarece la voz en el torbellino de los caprichos del corazón. Ya te sientes empujada y nada puedes hacer para contenerte. Yo me he dado cuenta y por eso recorro con mis pulpejos el dorso de tus manos que intentan evadirme, pero han perdido la capacidad para escapar. Están frías, todavía tiemblan. No se atreve tu cuerpo a huir porque podría ser la última vez que tienes la posibilidad de permanecer conmigo. El mañana no existe para estas tierras fatigadas de no encontrar el

camino de la supervivencia y tú vives de ellas, de su dolor y su desesperanza.

Quizá ha sido siempre una quimera y sólo hoy nos damos cuenta. Tus dedos se aferran al lecho en el cual, desde antes, durante muchas noches, me contemplabas en silencio, cuando yo dormitaba pero no lograba hacer realidad la verdad de tomarte entre mis dedos, con la certeza de que no fuera otra alucinación de mi cerebro enfermo. Esas manos que aprendieron a ocuparse del lugar para disponer los objetos, para organizar los libros, llenar con tinta el tintero, ordenar los papeles, colocar algunas flores secas y hacer un poco más acogedor el aposento; aquellas que recorrían mi pecho para frotar los zumos de las pencas y aprovechaban para investigar lo que hubiera debajo de esa piel curtida por los siglos; las mismas que yo sentía como una caricia sin tener el poder para retenerlas y que se alejaban de pronto sin que mis sentidos pudieran detectar los caminos que me condujeron a evocarlas.

Al descorrer el velo que te cubre y recorrer el manantial de tus cabellos, volteas a mirar en la oscuridad el rostro que conoces en detalle, porque lo has visto al desnudo en sus diferentes facetas. Las de dolor y las de llanto, las plácidas y las contritas. Sabes de las canas centenarias, de las arrugas en la frente, del pecho de bucanero, de los latidos recios de un corazón acostumbrado a toda pérdida, del olor de mi sudor y las quejas de mis vísceras.

Déjame prender la lumbre, quiero contemplarte, deseo mirar el color de tus ojos, saborear la placidez de tus senos, encontrar tus áreas de reposo y la fuente inagotable de tus convulsiones eróticas; descubrir el infinito solemne de tus grutas de alabastro. Deseo llegar al fondo de tus pupilas y ver los destellos de las lágrimas emocionadas y saborear las miradas cuando se insinúan tímidas o de pronto coquetas y percibir el sofoco sobre las alas de la nariz y ensayar mi color con el color de tu piel, cuando tersa, haga que se extienda sobre el lecho que yo sé que alimentas con las caricias prodigadas por los sentidos, al escondido de mi vista y en ausencia de mi consentimiento.

Pero, de pronto, en ese instante, me retienes con más fuerza de la que pudiera esperar de tus frágiles dedos. No aceptas el descubrimiento. Por nada dejarías que las luces del alba te sorprendieran desnuda. ¿Cuál es el misterio? Deseas permanecer incógnita ante mis ojos y por eso respondes con prontitud a mis caricias acercando tu cara hasta que nuestros rostros se funden con un beso que apenas se ensaya, como si se investigara un recuerdo. Anulada la experiencia. Sabes que sería inútil la espera. Los labios aun tiemblan, pero ya arden con el apetito de dejarse arrastrar a lo desconocido. Por eso se sacuden con los jugos que fabrica intempestiva la emoción de nuestras carnes. Ambos

sabemos que no importa conocerse en el resplandor de las miradas. Uno solo de los sentidos basta y nosotros aprendimos a usar cualquiera de ellos, el primero que apareciera. Como el tacto, ¿acaso no posee los ojos más antiguos?; sabe ver en la oscuridad, se hace inmenso bajo el agua, aprende a detallar las formas y percibir el calor en las más disimuladas contiendas. O el olfato, reconoce la fidelidad del uno en el otro y sabe cuando ha llegado el infortunio. Y el oído, escucha cualquier murmullo que nos aprisione. Incluso el gusto, ¿no se envenena con deleite tomando de aquellos bebedizos que resultan de la pasión y terminan enfermándonos? Somos un par de ciegos descubriendo el infinito, un par de hambrientos ávidos de la carne, un par de mudos deletreando en la lengua los mensajes del idioma, inútilmente inventado, de la pasión.

Aunque tengo la extraña certeza de que has vivido mucho, me sacude el hecho de que apenas si sabes usar el instinto de prodigar el amor. Eres como un cervatillo que no percibe si es sincero el cariño cuando huele el alimento ofrecido en la mano. Vacilas en acercarte sumisa o alejarte de inmediato. No entiendes el riesgo. Te traiciona esa corazonada. Yo también comienzo a recuperar mis deseos. Eres como la virgen de medianoche: pura, pero insomne, inquieta por no saber, abierta al deseo de sentir, como si quisieras embadurnarte de sensaciones

desconocidas, cual si fuese la última y única oportunidad. Quieres vivir las caricias que se desperdician, pero no atinas a tomarlas. Empiezo a reconocer cada fragmento como si lo hubiera vivido antes. Tengo la impresión de haber recorrido este sendero; me es familiar y cercano. No es la primera vez que tengo ese sobrecogimiento. En otras ocasiones ha ocurrido que ante los demás parezco un sabio. Ahora lo soy contigo y te dejas llevar por mis sentidos, aprendiendo con ellos. No te atreves a ofrecer resistencia.

Te he retirado el velo por completo; es terso como tu piel. Por eso comparo las texturas y recorro tus hombros con él, como si fuera un paño con el cual secura el sudor que busca silencioso las zonas más exquisitas de tu cuerpo. Tu también lo sientes delicado pues te sobrecoge la caricia y se elevan tus poros al contacto, abriéndose como flores a la caricia de mis papilas. Es un llamado al ardor. Lo lanzo con prontitud al aire para que ambos lo sintamos volar; de nada vale que te arrepientas. Se que sonríes. Ya está lejos de nuestro alcance, pero queda tu suavidad. La superficie de tus hombros se redondea cada vez más entre el cuenco de mis manos, que los frotan con deleite. Yaces. No existe nada que me detenga. Descubro tu rostro con mis dedos, acostumbrados hace mucho a sentir la inquietud que le provocan las páginas avejentadas de tanto libro extraño, cada

uno elaborado por un escritor desconocido. Estás ahí como las páginas abiertas, sin pastas ni membretes; sin prólogo. Miro sin ver ese fondo oscuro donde deben anidar tus ojos. Descubro tus labios, discretos y tiernos, húmedos y etéreos; saboreo tu cuello elástico; encuentro tus manos en el afán del abrazo; rodeo tu cintura y siento que te ciñes a mí. Tu autor ha sabido moldear con pericia la redondez de tus senos y les ha enseñado a erguirse. Son firmes y delicados como una fruta fresca. Has sembrado entre mis dedos réplicas de ángeles. Se elevan ásperos los pezones para que mi boca busque ser de nuevo un niño. Son almohadas de plumas en cuya suavidad me hundo; fuente de la voluptuosidad el sentirme amamantado. Y cuando acaricias mi pelo y aprisionas mi cara contra tu carne, sé que también me sientes como si fuera el hijo que quisiste tener y quieres que beba de ti para sentirme tuyo; para depender de tu pecho como un frágil cachorro. Chupo con fuerza. Si pudieras enterrarme en tus entrañas, de seguro lo harías.

Tus páginas poseen además el dulce sabor de lo añejo. Como el vino de lágrima, destilando cada gota de esas que embriagan con el olor seductor nacido

de sus vísceras. Pero su contenido está inundado de frases frescas, retoños de la ternura que por primera vez se pronuncian y nunca antes habían sido reveladas a mortal alguno. Yo las escucho con avidez, cual si fueran inéditas, pero las siento escritas en mi cerebro. Son eternas, universales, de las que nunca mueren. Vives cada beso y tus músculos palpitan y piden más estremecimiento, hasta que el fragor cesa y se torna cálida la piel y relajada la carne, cubierta ahora por un velamen tornasolado; como si de pronto esa luz que escondes, saliera de improviso y te envolviera para que mis ojos te descubrieran, con todos los encantos, con todos los hechizos.

De nada sirve que huyas y te arrincones dándome la espalda, pues allí llego con desespero, tanteando en las tinieblas para encontrar tu dorso. Ya no escapas, sólo juegas. Te precipitas al laberinto de volver cada momento eterno; para que nunca se termine, para dominar los espacios, para hacer de las caricias un eco perdurable. Una especie de sueño inveterado nos alimenta. El nácar de la piel llega a la cita. Las huellas de las escápulas, aladas por el acurrucamiento, se contorsionan otra vez; las formas eróticas de tu silueta se desplazan como una serpiente y las huellas de las vértebras terminan al paso de mis dedos en un nuevo deleite.

Ya no tienes un lugar adonde huir; se te han agotado las distancias. Has llegado hasta el final y debes regresar; deshaces la contorsión, desenvuelves la cintura, estiras las piernas que se mueven gráciles entre la tímida búsqueda de mis manos; me entregas la caricia de tu abdomen tibio; el diminuto ojal del ombligo; vuelves a mí tu nido de cerdas tibias, tu fuego, tu efervescencia; el cristalino manantial de tus cascadas de lava. ¡Qué dulce navegar entre las espumas al arrullo de los rumores de crisálida, al vaivén de un melódico desvanecimiento! Como un torbellino que se acrecienta con las horas, vamos a inventar alguna otra forma, hasta ahora desconocida, de construir ese amor de tinieblas que nos pertenece desde siempre.

Eres tan joven como lo pueda imaginar, no tienes ni veinte ni cuarenta años y en tu piel palpita apenas la primera florescencia. Eres como la poetisa del viento que ha llegado hasta aquí para devolverme las utopías, para despertarme a la esperanza y darme el postrer impulso. En mi tiempo, frente a ese eco lejano de la reminiscencia, tu voz sería la de una colegiala soñando un mundo de fantasías, tu boca el capullo de una rosa que se abre, tu piel la de una reina bronceada a la intemperie, tu regazo el alimento de las miradas, tu torso el equilibrio de las formas. Te contemplo como a un invento de la luz para prodigarte las virtudes existentes. Sobre las sábanas blancas, pinto con el pincel de mis dedos y con la

tinta de tus humores, los hechizos que he aprendido a descubrir, ahora que conservo vivo el instante y nos queda cada minuto para revivir. Repaso y repaso para conservar las huellas que quiero dejar impresas, porque sé que después he de beber en esas sábanas el recuerdo, hasta que llegue mi fin con el sabor de haber poseído la eternidad. Y tu esperas, trémula, sabiendo que aún faltan muchas sombras por cruzar y están lejanas las luces de la alborada.

Eres vieja. Tienes la edad del tiempo. Has nacido con toda la experiencia posible; conservas los genes del hechizo de las generaciones de mujeres que se han atrevido a poblar las estrellas. Eres inmensa, como una tempestad en medio de las galaxias; un aluvión del placer, preservado intacto a pesar de la conquista. Anidas el calor como si supieras conservarlo en medio de la lluvia. Has aplacado las iras y elaborado las fantasías de todos los conocimientos y resuelto cada problema con manos suaves y palabras tiernas. En ti se acaba la historia, como lo habrán de hacer los planetas en el sol que les dio la existencia. Por eso no siento hastío, ni carencias. Tu vientre me sirve de morada; allí duermo como un feto en su lecho y me sobresalto al imaginar que fuera un sueño y hubieras desaparecido; pero me refresca sentir tus manos cuando recorren la raíz de mis cabellos y tus

piernas fuertes al entrelazar mi cuerpo, en un abrazo que sabe perdurar, como el cauce de los ríos viejos.

Imposible no rendirse al placer de la inmovilidad, al sueño de tus zalamerías de amante. En tu sol se mitiga la nostalgia, en tu sudor se navega sin rumbo, en tu telar se tejen los hilos de la ternura y mis manos han encontrado tus misterios, los han sabido aplacar para recorrerlos una y otra vez sin el peligro de la nostalgia. Me da lo mismo que seas la mujer madre, la mujer hija o la mujer amante. Hoy carezco de esa virtud que sabe establecer las diferencias; sólo me importa tu permanencia. Tú ya nada dices. Quizás meditas en algún destino y sueñas también con el misterio insobornable de la perpetuidad.

Sé que lloras, pero no quiero perturbarte. Tienes derecho al espanto. He oído el murmullo de la queja oculta; el olor de las lágrimas que se evaporan como fantasmas. He llevado mis dedos a tus mejillas y he sentido que allí ruedan silenciosas las gotas amargas que destila la nostalgia. Aquello me contrista; por eso las tomo con mis labios y las bebo con la avidez de un dromedario en el desierto; las conservo como la esencia que me hará dueño de tu tristeza. Me pertenecerá sin duda para siempre. Nadie podrá decir luego que no he bebido en las canteras del dolor.

Ahora, súbitamente, se desvanece tu imagen, sin que haya logrado siquiera descifrar tu rostro. Pero sigues ahí, aferrada al perfume que remueve mis sentidos. Te busco con desespero en cada rincón, en cada escondrijo, en los anaqueles de mi improvisado escritorio, en el aire que conserva tu recuerdo, en las huellas de tus dedos que permanecen en la losa del aguamanil o en la pasta carcomida de los libros que desempolvos cada día con tu vaho cálido. Desaparece en un instante el calor de aquel sueño irracional que en mi corazón siembra sentimientos inexplicables. Una nueva realidad me avasalla y lo hace por entero, desbordada sobre mi humanidad con el peso de una promesa inquebrantable. Me es imposible renunciar al hechizo que me prodiga tu presencia, la cual creo encontrar por doquier. Ahí sucumbo.

Al no hallarte a mi alrededor, te busco con desespero, obsesionado, olfateando las grutas de aquellos laberintos como un verdadero troglodita, para seguirte la huella, para descubrir los escondrijos donde te dedicas a la siembra de las plantas aromáticas, al cocimiento de los menjurjes, a la crianza de esos hijos que nacen en los socavones y aprenden en la oscuridad de las covachas la manera de sobrevivir a la intemperie; pero todo es inútil. Sólo sé, porque ha ocurrido otras veces, que apareces de pronto, casi siempre mientras me invade la locura y por eso tu imagen es cada vez más indescifrable.

Eres como una visión, una estrella fugaz o un pensamiento. Te has propuesto ser el ángel de la guarda que regula mis acciones y aplaca mis sentimientos o acaso convertirte en el monstruo que incita mis pasiones y corroe mis pensamientos. Eres la mujer madre que aquieta mi locura, la mujer hija que fabrica mi ternura, y la mujer amante que enardece mis sentidos; eres al mismo tiempo aquella mujer lamia que me transporta al reino de las quimeras. Tienes todas las versiones que el hombre puede añorar de una mujer. Hoy ratifiqué tu nombre, Eliade, y te has convertido para mí en la diosa de la paz, de la ternura.

5

Yo sé que durante esta dura etapa de mi recuperación he venido soportando largas crisis de delirio, porque cuando tal exaltación me sobreviene, comienzo a despertar hacia mi estado natural, sumido como un lirón en una especie de letargo, cual si fuera el convaleciente de una grave enfermedad, en la que es penosa la recuperación. En esa situación suelen pasar varios días, periodo que los monjes aceptan con resignación, como si se acostumbraran a tal situación en mi presencia, lo cual facilita el sosiego de mi espíritu. En aquel entonces, a mi nicho de cautivo, a más de las mujeres que me producían sosiego, llegaban

algunos de estos monjes, casi siempre Wenceslao, en ocasiones con un muchacho adolescente y quien fuera su compañera, o alguno de los novicios a quienes él ordenaba, con bandejas de frutas y unos caldos aromáticos hechos con raíces de eléboro y tallos de euforbio que empleaban como lavativas para mi pobre estómago, lugar donde ha radicado, según los augures y uno que otro naturalista de los que aún sobreviven, el extraño mal que me consume. También sé que emplearon esencias de otras plantas, cuyas recetas siempre guardaron con celo, aunque en alguna ocasión logré saber que una de ellas era el Romero, *Rosmarinus officinalis* de los textos de botánica, con propiedades tan especiales como las de tonificar el estómago, limpiar la digestión, depurar la sangre y fortificar el sistema nervioso y cuyos polvos fabricados por la machacadura de sus hojas, solían acompañar mis protectores con una copita de un vino bautizado por ellos como generoso, no porque en realidad lo fuera, sino en honor a creerse buenos catadores y a que lo producen dejándolo fermentar en barriles por un tiempo bastante largo, cuestión que se convierte en algo especial, habida cuenta de que por estas tierras es poco lo que se consume de bebidas exquisitas. Con dicho bebedizo calmaban, según sus explicaciones, mi histeria estomacal.

Este macabro fenómeno de la locura me ha ocurrido a veces, en forma inesperada y sin que pudiera presentirlo. Quizá naciera de un mal sueño, porque era usual que sobreviniera en las noches, tal vez como consecuencia del cansancio de algunas de las jornadas, ya que en muchas ocasiones fue un martirio la incertidumbre de salir con vida de semejante aventura. Alguna orden debieron recibir para perdonar mis desafueros. Y yo creo, o pienso, hoy no sé si es verdad o es mentira o si lo escuché de alguien o si es la respuesta desenfundada de mi imaginación, que al informar a sus jefes de mi presencia y de mi estado (a Isaías y Abelardo), tuvieron que pedir autorización para decidir sobre mi destino y el hecho produjo entre ellos demasiada controversia. Aunque mi recuerdo es impreciso, sospecho una grave crisis y una purga en el proceso o una desavenencia irreconciliable entre los patriarcas. Es posible además, que algunos de mis benefactores hubieran muerto a consecuencia de las contradicciones que surgieron durante esa época.

En una ocasión, entre las brumas misteriosas que envolvían mis tormentos, apareció en la pared de la guarida en la que me acomodaban, una especie de espejo empotrado en la tapia y en él vi como si fuera un espejismo, lo que debió haber sido mi cuerpo cuando regresé a la vida. Me veía como un monstruo,

nafragando en una especie de mar de los sargazos, cubierto por un moco espeso, con la carne babosa y los sonidos espectrales. Mis párpados inferiores colgaban varios centímetros, como si mi humanidad se desparramara a través de la piel y las mucosas, y debía levantar la frente para que por una pequeña hendidura que aparecía entre el abotagamiento, mis ojos, hinchados también puesto que las córneas sobresalían de las órbitas, pudieran descubrir el borrón de unos objetos que aparecían desdibujados y de colores inciertos. La nariz se ensanchaba cubriendo con sus alas la magnitud de la cara y por sus orificios descendían dos bolas de carne que goteaban un material viscoso, las que percibo de nuevo al lubricar mi recuerdo con aquellas imágenes y que reflejaban el brillo desprendido de un candil, cual si se tratara de las aristas de un diamante. La lengua no me cabía en la boca y cual si fuera la de un cretino, se salía un poco más con los sonidos que lograba pronunciar, como si creciera con cada lamento. Y el cuerpo, invadido de manchas violáceas por los moretones que aparecían bajo la piel, se movía con dificultad sometido a la fatiga de cargar con un peso imponderable. Mi pene y mis testículos iban más abajo de las rodillas y se balanceaban cual badajo de campana, al compás de un repiqueteo que azuzaba

en mis oídos como un gemido inenarrable. Mis mejillas se encontraban abombadas, brillando como un par de lunas y las barbas, crecidas por el abandono, salían erizadas cual puerco espín, cada pelo evocando un norte diferente. A mí mismo me sigue espantando esa imagen, que se parece a la de un demente de esos que se encuentran en las sociedades decadentes, aniquilado por la miseria y a merced de la hostilidad proporcionada por el medio que imperceptiblemente los ha creado y ni siquiera alcanza a tolerarlos.

En una oportunidad soñé que me encontraba en una ciudad que no lograba entender si era del futuro o si pertenecía al pasado, arrojado en la esquina de lo que parecía una avenida atragantada de tráfico; lugar donde los vehículos circulaban a velocidades infinitas; el ruido ensordecedor cambiaba de tonos, entre agresivos y tiernos; la música era de estruendo; las luces cruzaban como relámpagos y yo permanecía inmóvil frente al asfalto, adherido al poste de un farol sobre un sardinel construido en medio de dos calzadas, mudo frente a la visión de la muerte, incapaz de dar un paso hacia la eternidad gratificante. El pelo revuelto en espirales que se elevaban sostenidos por las costras de polvo y las pestañas rígidas como bastones. La piel, erosionada como la tierra de una campiña seca, había perdido sus vellos y se observaba agrietada por la rutina del viento. Su color

era cobrizo y en algunas partes llegaba a ser casi negra, cubierta por una pátina que se desmoronaba, dejando en el fondo una especie de lodo prehistórico.

Abría y cerraba los ojos sin dejar de ver lo mismo, como si el instante se hubiera osificado, pues las figuras permanecían ahí, irreverentes, aferradas al fondo de la retina, cual si cargaran un lastre cuyo peso fuera inasible, sin la fuerza suficiente para moverme, pues mis carnes descompuestas acumulaban la postración de muchos años en los que no circuló el tiempo, martirizado por un hambre de varios siglos, sin un lugar donde mis huesos yacieran y sin poder morir, pues cada vez que me decidía a cruzar, me encontraba exento de peligro y resultaba convertido en un zopilote a merced del vendaval, que se elevaba y se agitaba, se retorció y se estremecía, siendo arrojado de nuevo al mismo punto, sitio en el cual debía permanecer inmóvil cargado con la fatiga del intento y condenado a hacer lo mismo por los siglos de los siglos. De ese estado podrá dar cuenta Eliade, y aveces su hija Eliana, quienes cuidaban de mi como si fuera un niño.

Algo pasó entre ellos que hizo que no fuera yo, en aquel momento, objeto de su barbarie. Una barbarie que he empezado a comprender después, ya que

cuando alguna amenaza se cierne en sus alrededores son unas verdaderas fieras, indómitas, preparadas para la guerra y sin que les importe sucumbir en los avatares de las más desfavorables contiendas. En eso han sabido dominar las emociones y entre ellas la del miedo. Mantienen un sexto sentido para definir el riesgo y cuando se ven atacados entran en la lucha, asestando golpes que casi siempre resultan mortales para sus oponentes. Yo he visto a Wenceslao salir de improviso de donde nadie lo espera y dejar atravesado por el cuello a un gigantón de esos, pegado al tablón de una puerta, moviendo patas y manos como si fuera una mariposa en el laboratorio de un coleccionista y también lo he visto escabullirse como un felino, de cualquier clase de ataques, sin que nadie de ellos llegase jamás a propinarle un rasguño. Tienen estos frailucos una extraña capacidad de mimetismo, adoptando el color y la forma de los objetos que los rodean, pues a mí, que al fin de cuentas conocí muchos de sus secretos, fue común que se me escabulleran sin que pudiera seguirles la huella y por eso, tan pronto se perdían como aparecían, adornando una pared como cualquier lámpara de huesos, o convertidos en el paral que sostiene algún muro de estos bohedales labrados en las profundidades por los hijos de sus antepasados, expertos en excavar santuarios en el corazón de la tierra.

Lo cierto fue que alguien diferente tuvo que cuidar de mi suerte inicial, mas ya no he de descubrir quién fue, pues mis primeros guías parece que hubieran sucumbido, tal vez por defenderme. Los que después me protegieron fueron otros de sus amigos, como Wenceslao, al parecer mejor preparados y de características diferentes. Sin embargo, yo sé que no hubiera sobrevivido de no recibir el afecto y la constancia empleada por ellos para obligarme a disfrutar los placeres que mantienen alguna esperanza en la vida del hombre, como ese sonido que del mundo exterior se escapaba hacia el interior de mi cuarto a través de los pasillos subterráneos de esas canorcas, el rumor del agua que se precipitaba por los sumideros desde las colinas, el aire dulce que se colaba por los sopladeros hacia los socavones y me permitía respirar las fragancias de la naturaleza, el cálido afecto de unas manos que me acariciaban dejando un vago sentimiento parecido a la pasión, el sabor de algunos alimentos casi siempre frugales y el que alguien se hubiera atrevido a lavar y cuidar de mi piel que se encontraba deshecha en diferentes lugares del cuerpo y a someterme a todo tipo de esmeros, que tardé demasiado en descubrir cómo fueron y qué manos sabias los prodigaron. Yo no me imagino cuál pudiera ser el misterio que este hecho encierra, pues al intentar llegar a sus raíces o al buscar sonsacarles un simple dato, siempre acuciosos

contestaron no saber nada de aquello, pues según aseguraban, ellos no tuvieron la suerte de encontrarme y aducían ser personas distintas, señalando que quienes me descubrieron se encontraban muertos o desaparecidos, cuestión que para ellos siempre ha significado lo mismo, pues una vez los monjes son asesinados, sus cuerpos pasan a ser alimento de las bandas de indigentes que pululan por doquier y que se acostumbraron como los gallinazos y otras aves de rapiña a husmear por los sucuchos en busca de carroña.

Tal parece que hubieran querido borrar aquella huella de mis primeros años en su compañía. Yo pensé que algún día tendrían un desliz, pues a mí se me hacía imposible que no hubiera existido algún contacto en la entrega o una alusión a lo que debían hacer conmigo; simplemente cuidarme no fue nunca una razón valedera. Y los jefes de todo esto, ¿dónde están? Les pregunté varias veces; pero no hubo respuestas concluyentes, sólo evasivas que apenas si llegaban a mencionar un Consejo de Estado presidido por el Patriarca Isaías. Era algo así como un gran misterio, parecido al que se descubriera en el Templo de Salomón y salvara el Marqués de Carabás para lograr trasmitirlo de generación en

generación. Por eso las contestaciones siempre fueron vagas y en un lenguaje inusual, en el que mezclaban palabras castizas del idioma con otras que no me sonaban antiguas, ni de ningún dialecto, sino que por el contrario se me hacían bastante modernas y con un sentido fonético muy particular; con ellas elaboraban unos discursos largos y entonados. Esa fue siempre una barrera inexpugnable que los mantuvo extraños, ajenos a cualquier relación conmigo o con los demás habitantes de lo que queda de este región, como si representaran otro sueño, diferente del mío. Por eso creo que de veras no tenían la menor intención de presentarme con sus superiores, pues al parecer sólo les interesaba como posible informante, la mayoría de las veces no sabía de qué clase de confidencias.

Miren por ejemplo. No todos los que estaban al amanecer los encontraba uno a la hora de la cena. Siempre iban y venían, manteniéndose, eso sí, una cierta constancia en el número. Alrededor de un ciento. Al salir parecían seres meditabundos, enterrados en el mar de la tristeza y al regresar, lo hacían con cierta euforia, con una especie de brillo en los ojos, como si la conquista del regreso resultase meritoria. Tal vez lo era el hecho de encontrar el reposo, así fuera por una noche, solitarios bajo las mantas, entre aquella humedad que

escurría todo el tiempo. Pero de ello no hablaban o lo hacían en su lenguaje incomprendible. Las mujeres, en cambio, andaban enterradas en una especie de nostalgia. Parecían flores a las que les faltara la rutina del aire. Al salir los hombres, se les notaba el desaliento. Cuando los despedían, con los ojos opacos por la lluvia de la soledad, exhalaban un suspiro que se notaba en el ambiente del encierro, cual si existiera una inquietud amenazante y quedaran cada día que pasaba, a merced del desamparo. Al regresar, cuando establecían las ausencias, volvían a sentir ese dolor que se transparentaba al unísono, cual si vivieran en una comunidad solemne en la que todos los hombres eran hermanos, todos eran padres, todos eran hijos y ellas sólo tuvieran que preservar el destino de la crianza. Eran vidas efímeras, sin los ruegos de la intimidad y que vivían de la proeza de intercambiar experiencias; esas que quedaban consignadas en la memoria de los más capaces y que debían ser sagradas por el modo como las conservaban, tesoros entre tesoros y con un fin bastante incierto.

Únicamente esos esporádicos sueños, acompañados de alucinaciones, me han proporcionado un método para descubrir viejos recuerdos, los que, sin embargo, no estoy seguro de ser capaz de soportar, pues mi edad no me permite sobrellevar los contratiempos, que me dejan cada vez al borde del agotamiento.

Las primeras crisis fueron violentas, quizás originadas por la distorsión que en mi mente existía, al encontrarme en un mundo hostil, sin saber ni siquiera quién era.

Pero una de ellas, debió versar sobre la inutilidad de este sueño de la eternidad, pues algo al respecto me dejó entrever Wenceslao. Tenía que ver con el futuro de la especie, pero ahora en sano juicio y haciendo uso de mis sentidos, no alcanzo a percibir sus alcances. Me hace sentir como si hubiera configurado dos modos de vida, dos formas de pensamiento. Creo además, que hasta no lograr compaginar una y otra, no seré capaz de descifrar los misterios que me atormentan. Pero no todo me lo contaba quien fuera mi amigo y compañero. A veces pienso que también me engañaba y de pronto me administraba pócimas para obligarme a decir la verdad sobre lo que ahora no recuerdo. ¿Cómo puedo saber si no son mis delirios el resultado de siniestros experimentos que efectuaba acompañado de esa bella dama que aparecía durante mis estados de locura y que logró despertar en mí, los más profundos sentimientos? Sé que en sus huertos subterráneos cultivaban el arándano, el árnica, el sicomoro y la belladona; sé que manejaban con deleite la ruda, el espliego y la valeriana y se esforzaban en sacarle variedades a la adormidera, la cicuta y el estramonio.

6

Recuerdo, a pesar de las prohibiciones, haber visitado en alguna oportunidad una gruta en medio del bosque que me llevaba, monte arriba, al sitio desde el cual podía divisar el valle encajonado con solemnidad entre las montañas. En el medio, sobre la planicie, se concentraban las ruinas y más allá, en lontananza, las hogueras, como puntos vibrantes, se diseminaban por entre las colinas, desdibujadas un poco por las sombras del anochecer. Titilaban. El humo no se veía pero se alcanzaba a percibir un aire denso y bajo el velo de la neblina, desaparecían las siluetas de los edificios y otras construcciones y monumentos, que semidestruidos, también se elevaban como indicando que algo hubo de majestuoso y cuyos restos se perpetuaban como un castigo para motivar la desazón que a esa hora invadía mi estado de ánimo. El camino que hasta allí conducía, era muy transitado durante el día y uno podía sentir la pestilencia que dejaban los desechos que a lado y lado eran arrojados. Pero en las noches, permanecía íngrimo. Cada quien le teme a sus propios demonios. Hasta mis protectores, excepción hecha de Wenceslao, sentían pánico cuando los invitaba a acompañarme. Eran capaces de recibir órdenes con una obsecuencia ilimitada,

pero no las invitaciones de un alucinado, buscando cual basuriego, tesoros en medio de los desperdicios.

Ese atardecer aproveché el descuido de los vigilantes, para escaparme por entre las grutas que le había visto usar a Wenceslao. Luego de estudiar sus hábitos aprendí a eludir a los guardianes. Yo solía deslizarme hasta la cima de las montañas, pues el viento fresco que allí suele transitar me ayudaba a reflexionar sobre el pasado y me facilitaba engranar ciertos datos que me daban luces acerca de lo que debió acontecer en esta tierra, al parecer arrasada por un fenómeno espantoso, de pronto sobrenatural. No deambulaba por esas comarcas exento de riesgos, pero ellos no eran demasiados si me esforzaba en adoptar las recomendaciones de mi guía. Guardadas mis desconfianzas, que nacieron por otras razones y dependían más de sus secretos que de sus capacidades, fue este hombre un compañero excelente. “Nada de rutas amplias —acostumbraba a decir—, sólo las desechas; evitar la luz de las fogatas, alejarse de las ruinas, buscar el terreno boscoso y sin marañas, sobre todo el que dejan los sembrados de pinos, donde ningún hierbajo debajo de ellos crece; evitar las noches de luna llena y no hacer ruidos fuertes que los despierten, pues hasta carne humana, en estas épocas de miseria, a comer están dispuestos”.

En esa ocasión, la maleza se encontraba húmeda. Me había desnudado y había colocado el sayo para sentarme en él. Recibía de frente la suavidad de una brizna que descendía con rapidez desde el occidente; la veía pasar como si fuera el espíritu nocturno empeñado en cobijar los restos de aquella ciudad, cual si quisiera hacerla inmune a los destellos de las estrellas. La vaharada de mi respiración se disolvía con el viento que atravesaba mis carnes como si el cuerpo no existiera y me sobrecogía su frío sobre la piel, la cual se erizaba con su contacto. Los poros salían a gozar el placer que imponía con su presencia. Sentía que se exaltaban esos ojos millonarios. Estuve observando, entre las brumas, a Rigel y a Betelgeuse e imaginaba la posición del guerrero entre las demás constelaciones. La más brillante estrella de Orión nacía y moría entre la densa neblina que había invadido esas colinas. Ya había desaparecido y parecía inútil esperar a que apareciera nuevamente. Unas aves noctámbulas, cruzaban raudas olfateando; se arrimaban, se alejaban, se cansaban de buscar algo que yo no sabía brindarles. La tufarada me sobrecogía. Quizá mi olor les gustara; al fin de cuentas, siempre quedaba impregnado con las esencias que esa etérea mujer dejaba en mi aposento. Debían ser los aromas misteriosos del heliantemo, la

cerasífera, la manzanilla y el nomeolvides, con las cuales buscaba apaciguar el pánico y recuperar la virtud de la memoria.

No supe los nombres de tan siniestros pajarracos y creo que jamás podré saberlo. Tal vez si les hubiera colocado alguno, ése hubiera sido como un bautismo, ya que no creo que permanezca constancia sobre esos vuelos vespertinos, acerca de lo que hacen, o cómo viven y de qué se alimentan. Por eso tomaba apuntes y los consignaba en mi agenda, como garabatos que apenas si presentía en esa noche atiborrada de sombras. Los llamé guardianes del crepúsculo. Eran pájaros grandes de alas transparentes; parecían gorriones y giraban con tanta presteza que apenas si lograba uno levantar el brazo, cuando ya habían huido en dirección opuesta. Pero les gustaba el silencio y siempre venían a visitarme y a cruzar cerca de mi rostro. Les agradaba que me pusiera alerta; creo que intentaban tocarme. Casi sentía sus alas contra mis barbas y su vientecillo con tufo de almendras avinagradas. Eran grises, de un gris subido, casi negro; lo sabía porque aprendí a diferenciar las tonalidades de los colores en la noche. Vivían de chuparle el jugo a algunas frutas, pero creo que preferían a los insectos, a los que perseguían entre las sombras de los arbustos y engullían con presteza, pronunciando al hacerlo, un discreto gemido. Tal vez lloraban. De sus nidos

ninguna información obtuve en mis pesquisas, aunque presumo que disponen de cuevas entre las piedras, que gigantes y colocadas en bloques, se extienden por estas regiones, de trecho en trecho, como si fueran los recuerdos de una gran batalla cósmica. Pájaros que viven en cuevas, como los cristianos de antiguas épocas, como los seguidores de Molay, o como esta raza de prófugos de los nuevos tiempos de la barbarie. Algún día, si tengo la oportunidad, buscaré sus escondrijos y colocada la añagaza que he de fabricar con los frutos frescos de los almendros, me reiré de sus secretos.

Yo quisiera saber cual es la razón para que los nativos que permanecen en estos lugares no tengan viviendas, así sean simples barracas, ni duerman en lechos, ni empleen utensilios o algunas comodidades que bien pudieran tener, de entre los objetos que se encuentran desperdigados y que resultan de las orgías tumultuosas que organizan los truhanes, quienes no se preocupan por recoger los estropicios de sus juergas. Prefieren acomodarse entre los escombros que dejan las ruinas y allí conviven con las alimañas y con la pestilencia de sus excrementos. No buscan protegerse del agua, del viento o del sol del mediodía, más allá del simple hecho de arrimarse a un árbol frondoso o guarecerse tras una tapia de

esas ruinas centenarias. Han logrado del fuego su protección y con él se calientan, chamuscan los alimentos y usan su poder curativo para cauterizar las llagas y ahuyentar las pasiones que también he visto que los consumen como a cualquier mortal. Duermen en círculos alrededor de las hogueras y no tienen vigilantes, ni jefes; sólo unas especies de guías como los de las manadas de zorros. Son recuas de pordioseros sin dios ni ley, ni ambición mayor que la de engullir algún bocado. Se comunican por medio de unos vocablos rudimentarios que a mí al principio me sonaban iguales pero que ahora sé que tienen tonalidades diferentes. No se ríen a carcajadas pero he notado en el extremo de sus labios el sentido de la burla y en sus ojos la expresión efímera de la tristeza y el dolor. Andan desnudos la mayoría de ellos y los he visto quemar frazadas para conseguir con las llamas espantar el frío de sus cuerpos. La mayoría carece de dientes y poco usan el baño, aunque en ocasiones se meten en las quebradas, no con el ánimo de estregarse las costras de mugre, sino acaso para lamer, con cierto encanto, el moho de las piedras humedecidas por el rocío que despiertan las cascadas, nacidas por entre los riscos.

En esa ocasión, desatendí las reglas de Wenceslao. Necesitaba despejar mi mente. Valiente vida se tiene sin el espectáculo de una aventura, máxime si ni siquiera puedo saber el sentido de mi existencia. Yo no creo ser de aquí, no pertenezco a estas razas, ni me siento partícipe de sus intereses. Tal vez el desespero me obligó a hacer semejante locura o la certeza, más bien intuitiva, de considerar que estas fieras son de nuestra especie, atrofiado el cerebro por las malditas costumbres, por la peste que los corroe y por el estado de degradación en que se encuentran. Entrada la noche, subí por el sendero, esquivé las fumarolas hasta llegar muy cerca del último grupo comunal que acostumbra vivir en el descampado alrededor de un bosque de acacias, al pie de las estribaciones de la cordillera. Allí dormían muchos de ellos o creí que lo hacían. Las hogueras lanzaban ocasionales estallidos por la humedad de los leños o por lo verdes, pues estos salvajes no discriminan acerca de la madera que utilizan para atizar el fuego. En la base de la fogata, permanecían dos grandes troncos que mantenían el aliento de las llamas, las cuales crecían y se desvanecían por los efectos del viento que se colaba por la hondonada. Las flamas azuleaban y las chispas desaparecían hacia el cielo. Muy cerca del hogar, dormían dos o tres

menesterosos y las sombras me impedían definir con certeza cuántas piernas se entrecruzaban. Hasta que alguien me vio y gritó.

Yo sé que corrí al verme envuelto en aquel enjambre que de pronto se abalanzaba sobre mi y en la huida intempestiva no me protegí de las contingencias, ni observé las indicaciones más triviales. Cuando descendí del lugar, traté de buscar un sendero diferente, lo cual resultaba aventurado, pues eran rutas que desconocía. Me introduje por desechas y rastrojos hasta que divisé los rescoldos humeantes. Se me heló la sangre y permanecí silente, conteniendo la respiración. Nada se movía. Demoré mucho en distinguir cada uno de los ruidos; cuáles correspondían a las cigarras, cuáles al viento, cuáles a los pájaros que se acomodaban entre las ramas y los que podían significar las respiraciones de aquellos seres. Al llegar a la boca de las cuevas que me conducirían de regreso a las catacumbas, me encontré a Wenceslao en actitud ofensiva. Él mismo me ocultó de los centinelas y me condujo por una senda desconocida que llevaba a algunos laboratorios en donde unos frailes con hábito blanco, lo saludaban y seguían en sus oficios. “Algunos descifran textos y otros trabajaban la

electrónica”, me decía. Un candil alumbraba discretamente la profundidad de los socavones. Sobre los muros de aquellos túneles existían múltiples inscripciones hieráticas, como aquellos símbolos cátaros descubiertos en Champagne, con cenotes llenos de agua y sibiles para el almacenamiento de armas y utensilios. Descendimos más de treinta metros a niveles increíbles; las paredes se encontraban forradas en piedra y cada uno de los pasadizos conservaba las huellas del anterior; era como si estuviéramos dando círculos por un laberinto. Al llegar a una encrucijada, alzó la luz y me obligó a mirar un pozo, cuya profundidad no parecía tener fondo. Sonrió con petulancia al mostrarme el peligro y su capacidad para eludirlo. Dejó caer una piedra y contó hasta veinte, antes de sentir el chapoteo del agua. Desde el interior se desprendía una corriente helada que parecía comunicar con mundos desconocidos, pues traía sonidos de hojas secas que se deslizaban, de cascadas enterradas en los abismos, de gorjeos de pájaros antediluvianos y de voces de habitantes de las profundidades insondables. De pronto, tomó otro camino con inusitada rapidez y desembocamos a un pasadizo que nos condujo a las letrinas. Por los corredores que se dirigen al templo transitaban a esa hora muchos de aquellos monjes en estado de meditación.

Apenas si notaron nuestra presencia, pues se habían acostumbrado a vernos juntos. Él no concluyó con ninguna advertencia, pero días más tarde, cuando intenté salir de nuevo, encontré cómo los guardianes se daban fácil cuenta de mis intenciones. Sin embargo, nada podía detenerme, lo cual significó que, días más tarde, los rufianes me emboscaran y me hicieran preso.

7

Lucas, uno de los matones al servicio de Eloy, quien fuera el promotor de mi secuestro, prendía su motocicleta de dos mil quinientos centímetros y salía disparado por entre la humareda que quedaba estancada en el aire, al acelerar el motor. Las ruedas delanteras se elevaban, su cuerpo comenzaba a volar y, una vez el ambiente se bañaba con la polvareda que ayudaba a levantar con las ruedas traseras, un sonido ensordecedor me hacía perder el equilibrio. Mis muñecas, amarradas, me temblaban al soportar el peso del cuerpo, incapaces de sostenerlo. En menos de ciento cincuenta metros, Lucas ya había sobrepasado los doscientos kilómetros por hora. Al pasar a mi lado, casi no se veía. Una inmensa nube amarillenta cubría el espacio e inundaba con su opacidad a quienes se complacían en torturarme. El ruido iba perdiendo intensidad, hasta que

desaparecía por completo. Mis párpados casi no se sostenían, los ojos lloraban de la irritación y las piernas temblaban como si estuviera sufriendo los escalofríos de las fiebres terciarias.

Él estaba haciendo alarde de su poderío y lo hacía demostrando la velocidad a la cual era capaz de llegar con su vehículo. Sobre la tercera vuelta, mis oídos únicamente escuchaban el ruido ensordecedor del aparato que cuando comenzaba a desaparecer, volvía con rapidez a incrementarse. Hizo aquello cuantas veces quiso, hasta pasar en repetidas ocasiones tan cerca de mí, que sentía como un huracán su cruce por mis costados. Yo perdí el sentido de la realidad al poco tiempo; sólo percibía el polvo que inundaba mis pulmones y dejaba reseca mi garganta y las risas de los lacayos de aquel sujeto, quienes parecían orgullosos de las machincuepas que debería, más bien, estar haciendo cual malabarista sobre la arena de algún circo.

Desde que me atraparon, mientras estaba entretenido en medio del bosque, leyendo un libro que mis protectores me prestaron acerca de la formación de las estrellas, no dejaron los bastardos de golpearme. Primero lo hicieron sobre mis piernas y desde eso no fui capaz de pararme con firmeza. No sé si los huesos

estuvieron rotos o el dolor y la inestabilidad dependían del magullamiento. Había una sola posición en la cual soportaba estar de pie y fue la que descubrieron los canallas cuando me amarraron a un poste, de los que en otra época debieron servir para las redes del alumbrado. Lo cierto era que con cada trastazo debía hacer ingentes esfuerzos por recuperar el equilibrio y evitar el dolor, concentrado alrededor de mis rodillas. Mis sandalias estaban encharcadas de lo que debía ser sangre que manaba por alguna de las heridas. Mis ojos ya no veían, aunque me obligaran a abrirlos, nublados como estaban por las oleadas de polvo y mi pecho se encontraba cubierto de cardenales producidos por los látigos de cuero con los que me fustigaban. Aún oía sus risas, sobre todo cuando para establecer si todavía conservaba la vida, me levantaban la cabeza del pelo y me escupían en la cara. Hablaban mi idioma, pero con otro acento y usaban sin interrupción un sinnúmero de vocablos que estoy seguro jamás había escuchado. Creí que iba a morir y, no sé por qué, lo único que me apenaba era no haber podido leer sino el primer capítulo de aquel libro arrojado por ellos al fuego y que me podría haber sacado de esta amnesia de tantos años o me hubiera ayudado a salir del estado

de confusión en el que me encontraba. Lo sucedido de ahí en adelante lo desconozco y no sé si continuaron vejando mi humanidad o se cansaron de asestar puñetazos al contemplar el estado de postración en que había caído. A los verdugos no les importa la agresión a menos que el cautivo se dé cuenta del padecimiento.

Tuve que haber perdido la conciencia, porque al despertar me encontré en una fosa húmeda. Semejaba una sentina, la que debió servir en otro tiempo para el desagüe de las aguas negras. En un comienzo sospeché el sitio porque al palpar las paredes noté su forma circular y la dureza y el frío de lo que parecía ser una bóveda. Al extender mis manos, apenas si lograba rozar con mis pulpejos ambas paredes, lo que me indicaba que el diámetro podía estar cercano a los dos metros. No escuchaba ningún ruido especial, a no ser el del viento que silbaba en algún socavón cercano y el de las gotas de agua que de pronto se desprendían y chocaban contra el piso en algún rincón. Estos golpes del agua no eran constantes, sino producidos en secuencias anárquicas como si obedecieran al flujo de alguna corriente intermitente. En esa espera sin sentido, gozaba al

escuchar el tintineo que desencadenaban sus golpes contra la losa e imaginaba que las gotas se rompían en mil pedazos, chisporroteando hacia los alrededores con sus visos de arco iris. Había dormido bastante, pero el sueño era superficial pues la dureza del lecho me obligaba a cambiar de posición. Los calambres eran martirios permanentes y muchas veces tuve que sobar durante varios minutos alguna de mis extremidades al percibir que habían perdido la capacidad de sentir, como si estuvieran muertas. Qué raro es palpar un miembro que se encuentra ausente; algo así como si la vida pudiera desaparecer por fragmentos, que van quedando amputados, pero permanecen como fantasmas en nuestra imaginación.

A través de la parte superior por donde circulaba el aire, entraba una discreta luz. Parecía la lumbre desprendida de algún mechero o el reflejo de una hoguera distante. Sobre la entrada había una reja de hierro y unos tres metros abajo se encontraba el piso frío de cemento, el cual era recorrido por un hilo de agua que provenía de las paredes circulares. Muchas veces entraba un viento refrescante que sabía producir en mí una dicha infinita. Qué privilegio — pensaba—, poder tener en medio de tanta orfandad ese placer que acariciaba mi

piel, haciéndola recordar los exquisitos pasajes de una existencia menos vana. La sequedad de mi boca era intensa, mas la mitigaba un poco al ajustar mis labios contra la humedad. Chupaba de aquella savia milagrosa. Las rodillas me dolían con los movimientos y no obedecían las piernas a la voluntad de ponerme en pie. Había perdido la noción del tiempo. Pasaba la horas tratando de recordar, a pesar de todo y como si fuera una obsesión, cada detalle de aquel capítulo acerca de la formación de las estrellas. Como si de ello dependiera mi vida. La soledad, en ese momento mi aliada, me permitió llegar a esa explosión inicial y sucesiva, de la cual parecen haber surgido los fenómenos que hoy nos resultan incomprensibles. Ese nacer y morir reiterativos, origen de la vida y de la muerte, que nos convierte en el círculo de la absurdidad. Y nosotros allí contemplando, impávidos frente a la inmensidad, casi siempre sin entender y la mayoría de las veces prestos a inventar fantasías para ocultar la realidad.

En ocasiones creía escuchar voces, pero más bien parecían alucinaciones, un poco plagadas de ciertos encantos que me traían renovadas satisfacciones. Pensaba en la manera de escapar de ese cepo y mi ingenio crecía a veces a

raudas velocidades. Primero, había que descubrir el lugar en donde me encontraba y luego conocer sus salidas y escondrijos. Parecía como si estuviese resguardado bajo la mole de algún edificio derruido o en el sótano de esas construcciones que atraviesan la ciudad como remedos de una antigua muralla, que ya no se sabe para que diablos fue levantada. Todavía me quedaban algunas fuerzas que buscaba mantener incólumes y creía poseer una inteligencia más trajinada que la de los individuos que me tenían preso, a quienes consideraba burdos y de reacciones instintivas, cual si fueran animales. No sabía si era de día o de noche, si había pasado un año o si eran estos ya demasiados y no podía confiarme al reloj biológico, pues la fatiga de tanta vigilia me tenía trastornado y a punto de perecer.

Cuando aparecieron sus rostros a través de la reja, simulé estar muerto buscando engañarlos y sacar de ese modo alguna información acerca de los fines que perseguían o el destino que me tenían reservado. La inconsciencia había generado en mí nuevos bríos. Frente a un descuido, tomaría una de sus armas y me haría cargo de ellos. Harto había aprendido haciendo incursiones entre los

enemigos al lado de Wenceslao, aquel frailuco que mis protectores me pusieron de compañía. Pero divagaba, pues me traicionarían las piernas. Sabía que debía curarlas y entonces buscaba, en medio de las sombras, percatarme de la profundidad de las heridas y detectar si estaban desencajados los huesos. En ese momento no logré determinar la gravedad de las lesiones pues el dolor y la hinchazón me lo impedían. El reposo obligado producía, sin embargo, sus efectos terapéuticos. Con el tiempo fueron desapareciendo la inflamación y las hemorragias. Las articulaciones comenzaron a ceder y logré algunos movimientos.

Unas carcajadas, sonoras, que se repetían en ecos, me sacaron de las disquisiciones mentales y me regresaron a la realidad del confinamiento. Estaba pensando en destripar sus cabezas contra el cemento. Primero, si eran varios, las golpearía entre sí y luego, aprovechando el aturdimiento, las destrozaría contra el muro. Me sentía una especie de superhombre, sin la habilidad de Wenceslao y de pronto menos astuto, pero más soñador. Eso me bastaba. Por eso estiré mi cuerpo y lo coloqué boca arriba, para, a través de los párpados entrecerrados, conocer las intenciones de mis captores. No sentía las piernas. Escuché en ese momento el tintineo producido por los movimientos de una cadena que era halada con rapidez y el sonido agudo de una reja que crujía al deslizarse sobre sus

goznes. También oía las risotadas que se repetían mezclándose con los ruidos de sus pisadas y entre charlas y tarantaneos se orquestaba la llegada inminente de aquellas bestias.

Al asomarse ellos al borde de la fosa, me deslumbraron con sus faroles. Allí descubrieron mi cuerpo, cuyas facciones simulaban el desfallecimiento. Afortunadamente no notaron la reacción refleja que produjeron en mis músculos, heridos por el rayo de la luz. Debió haber un candado, pues sentí saltar la barra de las armellas. Levantaron la reja con lentitud y cayeron sobre mi cara las limaduras del hierro oxidado; aquellos cascarones desprendidos por el forcejeo de las manos rudas. La pátina de los años había dejado sus huellas en las palmas de los rufianes. Yo entreabría mis párpados para percibir las líneas de sus rostros. Eran ellos, los mismos que me habían atacado. Esas caras cubiertas de barbas frondosas, rechonchas y de aliento hediondo. Habían renunciado a tener dientes. Nada tenían que contuviera las emanaciones de sus pulmones cargados de pestilencia. Estaban descompuestos por fuera y por dentro.

Yo creí que me llegaba el fin. Hasta pensé que habían sido escasos los apuntes que logré dejar al cuidado de mis amigos; llenos incluso de conceptos dispersos. Listos para que algún fisgón se atreviera a la osadía de desentrañar

con su ingenio las ideas que allí se esbozaban y lograra, colocando un poco de orden, construir una imagen parecida a lo que éramos o pudiéramos haber sido. Quizá, si nos esforzamos, no perdamos las huellas de la vieja Antártida y podamos desentrañar las causas de la debacle. De pronto nos quede todavía un poco de tiempo. En el espacio infinito parecen estar las razones de la tragedia. Del pasado se descubrirá la leyenda. Sin embargo, no sé si estoy en medio de una crisis de delirio o si es verdad que me encuentro a merced de las trapisondas de estos tunantes que no han cesado de perseguirme.

Luego de mirar durante un buen rato, lanzaron una escalera y por ella descendió uno de ellos. La inmensa mole de su cuerpo cubrió la entrada y pude, por tal razón, observarlo sin descubrir mi estado de conciencia. Vestía una zamarra que cubría su cuerpo hasta las rodillas, calzaba sandalias y ajustaba su luenga cabellera con una cinta. La catinga invadió mi aposento y debí soportarla sin aspavientos. Llegó al piso justo entre mis piernas. No era tan alto como yo, pero sí más grueso. Pensé abarcarlo con mis manos, pero su cuello de toro parecía presa difícil para mis dedos que, aunque grandes, se han usado más para labores delicadas. Gruñía cual animal montuno, mientras palmoteaba mi cara

buscando alguna huella de vida. Volvió a gruñir. Creo que no alcanzó a saber si yo todavía pertenecía al reino de los vivos. Clavó su puño sobre mis costillas y resintió mis fracturas. Tocó la piel de mi cuello con la rudeza incontrolable de quien ha vivido de repartir golpizas. El rufián de arriba le preguntó si yo respiraba y él contestó no saberlo. “Si está muerto, déjalo ahí para que se pudra; diremos que quiso escapar”, dijo el mandamás. “Nos matarán a nosotros”, replicó quien me acompañaba. Era sorprendente que esos gorilas obedecieran con temor y además quisieran ocultar las causas de mi fallecimiento. Tal situación me obligó a darles una muestra de vida. Fue sutil. Al oírla, él hombre suspendió su ascenso y comenzó a regresar por la escalera. Pronuncié un nuevo quejido. “Está vivo idiota”, le dijo el de arriba y el otro bajó de nuevo con precipitud maltratando mis piernas, al caer sobre las rodillas destrozadas. Mi quejido fue esa vez involuntario. El hombre rió de satisfacción. Yo no podía creer que estuviera contento con mi suerte.

Si me hubiera levantado por mis propios medios hubiera sentido menos dolores que los que ese monstruo me proporcionó, tomándome cual pasmarote y lanzándome sobre su hombro. Allí perdí de nuevo el conocimiento. No podía saber

que me dolía más, si las piernas que oscilaban como badajo de campanas, las costillas que crujían con cada movimiento impidiéndome respirar o el cerebro que crecía velozmente encerrado entre mi cráneo. Al salir del foso me arrojó a un lado. Ni siquiera lograba saber si los dolores eran nuevos o eran los mismos que permanecían. Allí, sobre el piso, el otro me examinaba acercando la luz de una lámpara hasta mi cara. Si no fuera por su aspecto hubiera creído que era un médico. Abrió mis párpados y me cegó con su luz. Dio su parte de victoria cuando mi pupila se contrajo por el fogonazo. Entre los dos me montaron en una litera y me condujeron a lo largo de un sótano. En un extremo, al lado de una reja abierta, danzaban movidas por la brisa las ondas de fuego de una tea encendida.

En el lento recorrido de ese viacrucis tomaron unas escaleras y por ellas subimos varios pisos. Luego desembocamos en unos salones abandonados, hasta encontrar una puerta que empujó el que iba adelante, haciendo uso de la punta del pie. Allí, en una especie de sala de espera, departían varios hombres armados, algunos de ellos sentados en actitud contemplativa. Yo volví a cerrar mis ojos y no pude saber cuántos eran, ni descifrar sus facciones. Cuando ingresamos, se acercaron a husmear, pero lo hacían como los perros, oliscando el

muerto. Muy pronto, alguien ordenó relevar los camilleros, se escucharon risas y cundió una cierta satisfacción entre los sayones, anteriormente preocupados. Se saludaron y se dieron palmadas en las espaldas. Por lo que alcancé a entender, se alegraban de que aún estuviera con vida. Sentí que me reservaban para nuevos escarnios.

El lugar era una especie de guarnición militar. Había centinelas en las esquinas, grupos de estafermos por doquier y borrachos que se distraían jugando cartas y bebiendo chicha en unas especies de tinajuelas. Algunos, cucarros que los asistían como esclavos, se desplomaban contra el piso o se recuperaban en algún rincón, sin que nadie se molestara en apartarlos. Otros, fumaban largos tabacos que enrarecían el ambiente y lo tornaban lóbrego. El olor era un poco dulzón y penetrante. A los lados, en los sucuchos, se acumulaban esteras y se amontonaban en el piso cualquier cantidad de guijarros. A través de una puerta abierta que se encontraba al fondo, creí ver como unas mujeres les prodigaban servicios sexuales a los rufianes. Ellas permanecían desnudas, pero lucían activas, como si trabajaran con gusto. También correteaba por los alrededores una

especie de monje mayor, vestido como mis amigos los frailes, pero se dedicaba a limosnear. Parecía un bufón. Era una mezcla extraña de rufianes y monjes

Al salir del lugar, la brisa fresca me devolvió el afecto por la vida. De buscar huir ése hubiera sido el momento; sin embargo, si lo hubiera intentado no habría sido capaz de dar dos pasos. Resolví entonces sacar provecho de mi condición de cautivo. Aquellos bandidos salían como abejas de sus panales y muchos de ellos se ofrecieron de guardaespaldas de quienes me condujeron un largo trecho por los caminos escarpados. Antes, cubrieron mi cuerpo con un paño oscuro, razón por la cual no logré orientarme en el recorrido. Hacía un calor insoportable y el sol dejaba pasar su fuego por entre los orificios de la tela. Sudaba a mares. No existieron contrariedades en el viaje. Nadie, sin ventajas, intentaría asaltar una caravana de asesinos armados. Durante la travesía pensé en Wenceslao. Quizá andaba por ahí en alguna grieta de los riscos, observando el despliegue que le dedicaban a mi cautiverio. Sufrí por un posible intento de rescate, pues sería para los dos una muerte segura. Ahora le reconozco todo mi aprecio. En nada hubiera podido ayudarle, ya que mis heridas no me permitían movimiento alguno y él, a

cuenta de mi impotencia, poca opción tendría, así lograra por su habilidad deshacerse de la mayoría.

Debí haberme quedado dormido. Quizá el cansancio volvió a desgastar mi organismo. Desperté en un colchón en un cuarto oscuro, en el que una anciana, aferrada con sus dedos engarrotados de las eternas sombras que la acompañaban, me daba sorbos de agua y comenzaba a imponer sus manos sobre mis heridas. Por suerte me necesitaban vivo. Primero, mantuve mis desconfianzas y continué con la intención de parecer inconsciente. Sólo miraba a la vieja de soslayo y cuando estaba convencido de que no se percataba de mis movimientos. Vestía una túnica blanca con una mantilla negra que le escondía el pelo y sus pies descalzos mostraban las huellas de un andar acostumbrado a los terrenos pedregosos. Había grandes arrugas cubriéndole la frente y otras diminutas que le invadían el resto de la cara. Su rostro había transitado los sufrimientos. Miraba al vacío como si estuviera ciega y en los lobulillos de sus orejas se abrían dos grandes orificios, recuerdo de los aretes que como argollas debió lucir cuando joven. Las facciones eran pulidas y la nariz recta, un poco aguileña por la ausencia de grasa. La falta de los dientes la hacía aparecer prognata, con los labios

embutidos en la boca. Caminaba dando pequeños brincos como si las articulaciones estuvieran frenadas y no pronunciaba ningún sonido, ni tarareaba ninguna tonada, como suelen hacer los viejos para tratar de mantener su espíritu en los mejores tiempos y así eludir, momentáneamente, la proximidad de la muerte.

Después de mucho rato supe que era inofensiva. Lavaba mis llagas con cariño, evitando el dolor. Las buscaba al tantear con los pulpejos. Entendía mi penalidad y colocaba emplastos o hacía infusiones con destreza inigualable. Al abrir mis ojos frente a los suyos, veía sus cuencas cubiertas por un par de bolas blanquecinas; sonreía como si tuviera la certeza de haber logrado revivir mi espíritu con sus pócimas y sus menjurjes; colocaba paños tibios sobre mi frente y hacía masajes en mis pantorrillas cual si estuviera preparando mi recuperación. Ella creía en sus manos de hechicera, en las oraciones de iniciada, en sus plantas ignotas, en las huellas imborrables de la predestinación, en sus artes de pitonisa. No pronunciaba, sin embargo, ninguna palabra, ni tierna, ni dura. Pero reía cuando el progreso de mis fuerzas se hacía evidente. Qué raro, no lo hacía como las

demás personas sino con una gran mueca, con un rictus vacío, sin las huellas de la palabra.

Aquí, en medio de la tranquilidad del lugar, sueño mucho y a veces tengo pesadillas. Es como si la imaginación se explayara incontenible. En algunas oportunidades estoy a punto de despertar, pero no logro hacerlo por completo e incluso lucho para no retirarme de esos ensueños que me enseñan a comprender algunos aspectos del pasado; por eso hago esfuerzos para continuar en medio de aquellos hechos en los que soy un mero espectador. Lo más confuso es que sueño cosas que después ni siquiera reconozco y no me recuerdan nada parecido a lo que aquí existe. Creo estar en un laboratorio en el cual trabajo sin saber por qué, ni al servicio de quién. Hay en él un cierto hechizo; siempre cubierto por una bruma que mantiene borrosos los objetos. A lo lejos, sentada y dando la espalda, existe una mujer. Es rubia y cuando gira su cabeza, aparece el borde de sus anteojos. Inútilmente la llamo para verle el rostro. El nombre que empleo me es desconocido, sé que lo pronuncio, pero no alcanzo a saber cuál es. Me recuerda una flor, el topacio. Jacinta. Parece joven. A su lado, se congregan infinidad de aparatos que me resultan familiares. Algo me evocan. Al fondo, como adornos, hay mapas de las estrellas, con constelaciones diferentes a las que contemplo en

mis noches de fugitivo. Trato de acercarme para tocarle el hombro pero una barrera me lo impide. Al frente hay una puerta que ocasionalmente se abre. A veces ingresa un hombre cuyo aspecto me es conocido. Algunas veces, ella le habla al oído. De tanto gritarles para que me escuchen, termino despertando en una pesadilla, en la que soy arrojado por alguien al espacio infinito, al fondo del mar o al centro de un volcán incandescente.

La vieja, al contrario de los personajes de mis sueños, está siempre cerca. Desde mi lecho la veo rondar por la cocina. El fuego está encendido y en el fogón siempre hierven pócimas en los calderos. Un olor a plantas: arándanos y pimpinelas. Algunos de ellos son los brebajes que me da a probar con cierta frecuencia. Flores azules de hepática y hojas de manzanilla. Esencias de muérdago. No sé si sirvan, pero lo cierto es que me recupero con rapidez. En definitiva me quieren vivo. Por eso me atrevo a hablarle y eso la hace sonreír y contestar con sus grotescos sonidos deslenguados. He aprendido a leer el ideograma de sus muecas. Por eso utilizo las preguntas directas. Al principio se confunde, pero luego se deja engañar y me responde con las arrugas de su cara. Tiene muchas manías: lava sus manos con insistencia y luego las seca en la faltriquera; se sienta en una silla después de comer y allí dormita, rumiando

recuerdos confusos que la hacen gritar, cual lobo estepario; come con avidez las viandas que diariamente le trae algún correo y por las noches fabrica un lecho con hojas tiernas y se acurruca al calor del fogón. “Debió haber sido usted muy bella”, le digo un día y ella baja la cabeza. Siente vergüenza, pero luego sonrío escondiendo un poco la cara sembrada de surcos, soñando sus carnes frescas y tersas, el brillo de sus ojos, la sonrisa de sus labios carnosos. Trata de pronunciar algunas palabras que no alcanzan a salir y se convierten en un rumor ahogado; luego llora y una lágrima rueda hasta la mejilla y se pierde en una de las cuevas de su piel. La alcanzo a tocar con la punta de los dedos y se deja, como si necesitara de aquella caricia. Comprende el sentido de ser prisionero. Ella también lo está y por curarme recibe un bocado de comida y la dejan dormir al abrigo del viento, cerca de la lumbre.

Han pasado varias semanas y ya puedo pensar con tranquilidad e incluso dar algunos pasos sin ayuda. He podido acercarme a una ventana que da contra la montaña. Desde ahí contemplo las acacias que crecen silvestres sobre las vertientes y los prados que se extienden hacia las colinas distantes. Hay flores dispersas sobre los matorrales, lilas y pasionarias, y dátiles en el borde de la selva. En la distancia, sobre el valle, se aprecian varios bloques de edificios bien conservados. Alrededor de ellos hay mallas y en una serie de garitas que se

extienden a lo largo, están apostados los vigilantes. Se ve que no todos tienen acceso a determinadas zonas. A lo lejos, parece existir una carretera por la cual circulan vehículos que antes no había visto. El lugar de mi residencia, está aislado en un pequeño bosque de pinos y acacias, y desde él se divisan los barrios más elegantes, situados hacia el oriente. Estoy en el medio, entre la opulencia y la miseria.

Los heraldos han venido dos veces a preguntar por mí. Los escucho conversar y los oigo rezongar en el patio. Ella se ve feliz cuando vienen. Come con ímpetu, recibe su paga. Ellos hablan desde la puerta sin cruzar el umbral. Alguien tiene afán de verme y envía disculpas por haber sido golpeado en forma tan inclemente. “Eso ya le costó la vida a Lucas”, expresan los mensajeros mientras sorben algún bebedizo que les proporciona la vieja. Ella ofrece canela y manzanilla. Ellos prefieren la tisana de hinojo. Su aroma penetra. “Pese a ser de los grandes”, dicen resignados. “No tuvieron consideración con él; lo ahorcaron”, repite uno de los sobrestantes. “Y todavía lo tienen colgado de un poste, a la vista, para que sirva de escarnio”. Yo también alcanzo a imaginarlo, bamboleando en lo alto, con su figura corpulenta picoteada por los gallinazos que desde el aire hacen

cabriolas para asestarle golpes a sus carnes putrefactas. Pronto será un esqueleto al viento y sus huesos irán cayendo uno a uno, cuando ya nada los sostenga.

8

Mi despedida de aquella anciana deslenguada, en el lugar adonde me llevaron después de ser secuestrado y torturado, fue bastante dramática. Nos habíamos tomado cariño. Ella llegó incluso a quererme enseñar algunos de sus secretos. Era bruja, frecuentadora de aquelarres que asombraban a los bárbaros; hechicera, practicando sus artes en las vísceras calientes de las fieras destripadas; ejerciendo el oficio del miedo; adivinando en las huellas de las palmas los mensajes de los astros; presagiando la fatalidad en las cenizas de los cigarrillos; adicta a las cábalas y a los acertijos. Se había vuelto curandera por obligación, para lograr el sustento. Sin embargo, sus sonidos, guturales, eran quejidos que apenas si lograban hacerse comprensibles cuando uno sabía escudriñar las huellas de su rostro. La suerte no nos permitió disfrutar del tiempo indispensable. Fueron alrededor de seis semanas y de las dos primeras apenas si conservo el chispazo de algún recuerdo, por lo demás esquivo. Sé muy bien que durante ese lapso recuperé el privilegio de dormir en un lecho y que mi sed era

mitigada con frecuencia y además, cómo los dolores fueron desapareciendo bajo el efecto de los brebajes que me preparaba, haciendo hervir durante horas las raíces de la achicoria, los tallos del ruibarbo, las hojas de la ruda, las flores del árnica o al aplicar las infusiones, bien fueran las del espliego o las de tantas otras variedades de plantas medicinales que por aquí se cultivan con esmero, pues no parece existir forma diferente para mitigar los males.

En aquellos días iniciales el sopor prevalecía y eran pocos los momentos de lucidez. Luego tuve muchas oportunidades de dialogar, pues en su compañía permanecía los días con sus noches; pero el recelo y los resentimientos, nacidos del rencor que ella había cocinado paralelo a sus menjurjes, durante el fuego de tantos años, me impedían establecer una comunicación sincera. Sin embargo, poco a poco las distancias se fueron acortando, sobre todo cuando ella comprendió que yo era un ser inofensivo, a quien sólo le importaba conocer acerca de lo que en este mundo estaba sucediendo. Sus ojos conservaban el fulgor de una astucia incomparable. Debieron hechizar con lo insondable de sus profundidades. La piel de las manos todavía albergaba, en un recóndito lugar, los signos de la ternura. En los pulpejos de los dedos se mantenía ávido el recuerdo

de las viejas caricias y su porte al caminar, levantando la cabeza como un pavo, denotaban la altivez que se despierta en la adolescencia en toda mujer hermosa. Ahora su figura pertenece a mi pasado.

Por lo menos logré entender su obligada esclavitud. Un oficio de curandera aprovechado por los déspotas para sanar a unos y otros. Harta habilidad mantenía al elaborar los emplastos, preparar los cocimientos y aplicar con delicadeza las unturas o frotar y desentumecer los músculos. Eran fórmulas dosificadas con paciencia, complejas y precisas: primero, depurar la toxicidad intestinal con un cocimiento de acederas; luego una infusión de malva para fortalecer el estómago estropeado por la mala alimentación; más tarde, seguir con el eneldo para estimular el movimiento de las vísceras y terminar con las raíces del apio para frenar la hidropesía hepática. Después, habría que barrer los cálculos que se formaban en la bilis con las hojas del diente de león, limpiar los bronquios con tres tacitas diarias de eufrasia y sacar el exceso de agua con las raíces del perejil. Sus tratamientos con valeriana provocaban una especie de relajamiento que invitaba al placer de meditar. Después de sentir sus dedos recorrer mis carnes, entraba en un sueño profundo que resultaba estimulante, reparador. Era en ese momento cuando disfrutaba tratando de entender, entre sus enredijos y el empeño de su

mímica o las facciones de su rostro, las respuestas a mis preguntas. No vivía en el lugar, sólo acudía a él cuando era requerida; pero allí se sentía feliz. Tenía un lecho tibio, alimentos de sobra como no los disfrutó jamás y ropa limpia como la gente ricacha. El sitio era fresco, rodeado por una arboleda espesa y con agua abundante, comodidades que en su guarida no existían.

Una vez me hube recuperado y sin que los emisarios tuvieran a bien consultarlo con ella, ya que alcancé a entender la contrariedad en el murmullo de sus rezongos, fui conducido de ese lugar a una casa campestre, en la cima de una de aquellas montañas. Hacía mucho no sentía en un rostro las huellas de la desolación. La vieja se quedó en el portón, mirándome con una nostalgia que como una moharra me atravesaba el pecho. Hasta me pareció ver que sus ojos, acerados por la desdicha, se humedecían con la ráfaga sutil de alguna esperanza. Imploré me permitieran llevarla, alegando necesitarla para poner fin a mis dolencias, pero los fanfarrones se enfoscaron y maldijeron a la bruja. Ella no se movió del lugar, ni apartó la vista de mi rostro un solo instante. Cuestión extraña, como si de mi permanencia dependiera su suerte y ahora quedara a merced de las vicisitudes de siempre.

Cuando el vehículo en el que me conducían se alejaba y por efecto de la lejanía la figura de la vieja se convertía apenas en una pequeña mancha frente a mis ojos, observé como algunos de aquellos verdugos la empujaban, incitándola con empellones a abandonar el lugar. Nada le dejaban llevar, nada conservaba; ni siquiera una frazada o un mendrugo de pan. Pero se mantenía enhiesta, con su figura desgastada, alzando los puños en señal de rebeldía, maldiciendo a los bastardos con su lenguaje de símbolos.

Ahora que ha regresado a mi mente el recuerdo de tantas cosas del pasado, he podido concluir cómo la ostentación que esta clase disfruta, no es más que la escuálida representación de los vestigios de alguna civilización desaparecida por un cataclismo inexorable. Han concentrado el poder y la riqueza en una forma tal, que la diminuta república creada, es un oasis cercado por mallas electrizadas y rodeado por desiertos, en los que se acumula la pobreza y frente al cual existe como colchón amortiguador un ejército de vándalos, esbirros de un régimen de terror, contra quien conspira un exiguo grupo de insurgentes, cada vez más diezmados y propensos al fracaso. En todo piensa el hombre

menos en la posibilidad de destruirse cuando es avasallado por el germen de la descomposición.

No sólo traté de indagar por intermedio de las doncellas asignadas a mi servicio y cuyos nombres idílicos me recordaban las leyendas de los dioses griegos, acerca de aquellos harapientos dispuestos sobre las ruinas, sino sobre mis amigos y compañeros, los incansables luchadores que buscaban eliminar esa opresión intentando restaurar los valores perdidos y esperanzados en recuperar el cauce de la historia. Pero aquello era en vano, pues las mujeres, demasiado elementales, apenas si se limitaban a sonreír con fingida simpatía, alzar los hombros con indiferencia y hacer muecas de desconocimiento. Además, prefería evitarme la molestia de hablarles y me gustaba más pasar los días en la biblioteca y las noches contemplando las estrellas, analizando los recuerdos que acudían a mi mente en carrera atropellada.

Gané fuerzas y recuperé mi salud antes de tener la visita de algún personaje de cierta alcurnia. Al principio, sólo guardias hostiles que no se atrevían a dirigirme la palabra y las dos criadas gemelas, Hécate y Selene, bastante solícitas y al parecer entrenadas sólo para complacerme. Eran ambas de una

belleza incomparable. Usaban faldas cortas que resaltaban la armonía de las piernas y blusas escotadas que dejaban traslucir toda la belleza que ostentaban. Hablaban el día entero sobre dos o tres cosas insulsas y pasaban la mayor parte del tiempo juntas, casi siempre en un estado de contemplación mutua. Entraban a mi aposento cada vez que se les ocurría, lo cual me impacientaba; aunque debo reconocer que con sus rostros de porcelana y sus figuras sensuales, le daban cierto aire de alegría a mi soledad. Intenté hablar alguna vez con una de ellas, pero sus respuestas eran demasiado triviales como si estuvieran programadas para contestar tonterías.

Una de ellas, abrió un día las persianas de mi alcoba para que la luz matinal entrara de lleno sobre mis ojos. Me desperté sobrecogido y entré de inmediato en un estado de zozobra, más la mujer me calmó con sus palabras tiernas, las caricias de sus manos y su actitud melodramática. Me advirtió de la inesperada visita de Luigi y me recomendó que actuara con rapidez. Era tal la imposición en el tono de su voz y la delicadeza que inspiraban sus ojos grises, que obedecí como un niño y aunque pensé no estar dispuesto a atender con prontitud los

requerimientos de mis captores, decidí esa vez hacerlo, para conocer por lo menos la explicación que le darían a mi cautiverio.

A las ocho de la mañana entró un sujeto que vestía peculiarmente. Usaba un sombrero negro de gamuza, un chaleco de color crema sobre el que caía un saco blanco, una camisa de flores rojas con botones brillantes, un pantalón también blanco y de botas anchas y unos zapatos de cabritilla de color rosado, con hebillas doradas a los lados. Caminaba con donaire, fumando un tabaco oloroso y el ambiente se colmó de pronto con la fragancia de una loción perfumada. Venía sonriendo. Despidió a dos guardaespaldas que lo acompañaban, saludó con un beso en la mejilla a cada una de las criadas y les dirigió algunas frases en un lenguaje incomprensible. Luego se precipitó hacia mí, hablando con melosidad acerca de lo bien que me encontraba. Tomó asiento en un diván y me señaló un sillón situado a su lado. Yo no contesté el saludo pero procedí a sentarme. Luego, el hombre le dijo algo a las mujeres que permanecían ahí como estafermos y ellas se retiraron de inmediato. Al salir, se tomaron de la cintura y parecían con sus pasos ensayar algún juego de adolescentes. Afuera, a

través de los ventanales de la sala, pude observar como se sentaban a tomar el sol en las sillas que se encontraban dispuestas alrededor de la piscina, mirándose la una a la otra sin espabilar. Lo hacían con fervor, como transportadas por un sentimiento.

Durante unos minutos mi acompañante se dedicó a disfrutar de cada uno de sus propios movimientos, como si encontrara un refinado placer al ejecutarlos. Cruzaba y descruzaba las piernas con extrema delicadeza y acercaba un cenicero hasta colocarlo al alcance de su mano, empleando ademanes finos y elegantes. No pronunció durante ese tiempo palabra alguna y a mí, les juro, me intrigaba más el espectáculo de las mujeres afuera que el de aquel fanfarrón adentro. Éste, sin inmutarse, fumaba su tabaco a grandes bocanadas y lanzaba al aire las volutas de humo que se esparcían con rapidez por la habitación. Reía con cinismo y parecía disfrutar de ser el dueño de cada una de las cosas con las cuales yo, desde que vine, había también disfrutado. Sentí que me lo recordaba y sufrí una especie de vergüenza. Estaba dichoso y su placer consistía en estar al frente mío, enseñándome, según creo, un sentimiento muy parecido al de la felicidad.

Afuera, las dos mujeres entrelazaban sus manos, se miraban con ternura, inhalaban y exhalaban acompasadamente y sonreían con sus caras de fantasía

como si estuvieran ejercitando una práctica usual. Yo no lograba evadirlas pues se encontraban en mi campo visual, ya que sus figuras se observaban exactamente por encima de uno de los hombros de mi interlocutor. Los rostros de las damas casi se juntaban, los cabellos se elevaban con la brisa y parecían embelesadas la una con la otra. Al fondo, el agua de la piscina, azul como el cielo, se mecía con los escarceos de los oleajes que golpeaban contra los baldosines de los muros.

Yo no rompí el silencio. Seguí examinándolo de vez en cuando, adivinando las propuestas. Pero él sólo quería mostrarme la magnificencia del boato, para después, cuando estuviera maravillado, hacerme algún ofrecimiento. Se levantó y me pidió que lo acompañara. Yo lo seguí automáticamente. Fuimos al balcón y allí, creo que en una forma involuntaria, miró por un catalejo dispuesto en ese sitio. Como éste estaba colocado en dirección a las estrellas, sufrió con el impacto del resplandor del firmamento y con rapidez lo dirigió hacia el valle donde estaban las ruinas de la antigua ciudad, y sin dejar de mirar, dijo: “los sabios suelen inquietarse siempre con las estrellas”. Al decirlo, su rostro esbozó una sonrisa que me pareció burlesca. Luego, localizó un punto lejano, cerca del río, buscó algo entre las ruinas y dijo con desprecio: “son ratas”. Se refería a los mendigos que se

esparcían por los resayos y las orillas de las quebradas lejanas, o a sus lacayos acumulados en los viejos edificios alrededor de las ruinas, o tal vez a mis amigos, los frailucos, ocultos en los socavones bajo aquel terreno inexpugnable. De todos modos no me interesaba su opinión sobre unos u otros y me limité a desestimar su comentario.

Luego de depositar la ceniza de su tabaco en una de las cestas con flores que adornaban el balcón, entró de nuevo en la sala, a paso lento como si estuviera reflexionando con probidad sobre algo de importancia y me invitó a salir al jardín. Las flores de las jacarandas se sentían perfumadas y adornaban el camino que conducía a un bosquecillo de eucaliptos, al fondo del cual había una gran malla electrizada con mensajes de alto voltaje y gruesos candados que mantenían cerrados los accesos. Al pasar por el lado de las mujeres, estas se besaban en los labios con dulzura. Ni ellas ni el patrón se sintieron incómodos, pero yo casi caigo al agua al tropezar en un sardinel; sin embargo, el hombre me tomó del brazo y evitó mi caída. Después, dirigiéndome una mirada maliciosa, mencionó algo así como si eso fuera una forma natural de entretenimiento. “Pasan casi todo el tiempo solas”, dijo, “es una manera de practicar”. Pero yo no entendí en ese momento el mensaje de sus palabras.

Al final del camino, subimos por unas escaleras y desembocamos a un gimnasio. Al atravesarlo nos encontramos con un auditorio emperifollado de lámparas y amueblado con sillas forradas en terciopelo. El hombre recorrió con sus dedos los espaldares de los muebles como si lo embargara con el roce un exquisito placer; se sentó en uno de ellos, aspiró con fruición el humo de su tabaco, luego se levantó y caminó hacia un podio colocado en el escenario, se puso en actitud de conferencista y miró hacia el techo. Desde lo alto pendían varias arañas que iluminaban el cuarto con melancólica discreción. Suspiró con fuerza como si necesitara sacar un peso de encima y habló en un tono pausado y firme acerca de las tremendas equivocaciones cometidas conmigo, las que estaban dispuestos a remediar. Querían que me sintiera cómodo, que fuera feliz. “Usted es un sabio”, dijo con cierta elegancia que lo hacía parecer un hombre de mundo, “y los sabios son escasos”, continuó. “Estamos rodeados de basura y la protección de las gentes de bien está en manos de bravucones que no saben diferenciar entre la plebe y las personas decentes; por más que intentamos educarlos un poco, no aprenden. Hemos conocido sus antecedentes, por eso apreciamos su recuperación”, decía el imbécil. Yo escuchaba con sorpresa

intentando descifrar el mensaje que se escondía detrás de aquellas palabras que terminaron con la invitación a que aceptara las disculpas del Sumo Pontífice.

No hubo en esa oportunidad ninguna pregunta que yo debiera contestar. Él habló solo y en ocasiones se dirigía a sirvientes imaginarios, para reafirmar la orden impartida de estar todos a mi servicio. Nada dijo sobre mi confinamiento, ni explicó las razones por las cuales me tenían privado de la libertad. Cuando se levantó para salir, miró su reloj, que pendía de una leontina de oro en el bolsillo de su chaleco y pareció preocuparse por la hora. Yo, al notar en sus ademanes la intención de retirarse, pregunté con rapidez quién era y qué buscaba o quién era ese tal Pontífice que me enviaba disculpas, pero no hubo respuestas, sólo sonrisas. El sujeto se creía con el derecho a escoger las contestaciones. Entonces, sólo acaté a preguntar cuándo me permitirían salir del lugar. El hombre dio media vuelta, sacó el tabaco de su boca, golpeó con el índice sobre el dorso del cigarro para eliminar la ceniza acumulada, la cual cayó sobre uno de los muebles de terciopelo, esbozó una sonrisa ordinaria que terminó siendo amable y replicó mientras se retiraba, acelerando el paso: “no es conveniente, las bandas de

insurgentes podrían acabar con su preciada vida y el Sumo tiene destinado para usted un mejor futuro. Ésta podría ser, si así lo desea, su casa campestre. Podríamos lograr que tuviera un automóvil y que pudiera visitar sitios exóticos. Le aseguro que los disfrutaría”. Las últimas palabras sonaron lejos; en retirada.

Me quedé solo. Al salir al jardín, vi su paso apresurado, las grandes zancadas, las volutas de aquel tabaco que seguían formando parte de su indumentaria, el sombrero ladeado y un pequeño diálogo que sostuvo con las chicas, antes de despedirse de ellas con un beso en sus mejillas. Me senté en la primera butaca que encontré. Estaba embargado de hastío. Allí permanecí mirando sin mirar, pensando sin pensar, sintiendo sin sentir. Volví en mí cuando una de aquellas figuritas de porcelana, con su voz aflautada, puso su mano en mi hombro y me ofreció un té. “Es importado de China”, dijo, mientras la otra, colocada a mis espaldas, hacía presiones sobre mis músculos. Parecían entender mi desazón. Quise preguntar dónde era China, pero me arrepentí. Algo en mi interior me indicaba que sabía más que ellas. No sé por qué, pero aquella presión sobre los músculos de mis hombros me relajó por completo. Al final, ya no

pensaba en nada, únicamente sentía los dedos penetrando en mis carnes en una forma metódica y suave. Creo que me quedé dormido. De pronto, me vi extendido boca abajo sobre una silla, medio desnudo, recibiendo masajes por aquellas dos damitas que frotaban mi cuerpo con excesiva ternura.

Hasta que no me incorporé no cesaron en su continuo frotar sobre mis espaldas, mis piernas, mis caderas. Las manos firmes y hábiles, los dedos embadurnados en ungüentos que se desvanecían sobre mi piel dejándola tersa y olorosa. Disfrutaban con ello sin mostrar cansancio; seductoras. Una simple orden, un ¡basta ya! y procedieron de inmediato a retirarse, sin inmutarse, sin protestar, sin insinuar otra opción. No son de la misma estirpe del común de las mujeres, pensé; ellas nunca se doblegan tan fácil, no saben desistir de la seducción. Ese instinto les es connatural. Estaban allí, simplemente, como robots, a la espera de lo que tuvieran que hacer, casi como estatuas, la piel un poco diferente, artificial; el porte estereotipado, las palabras agotadas.

No fue sino tocar a una de ellas en la mejilla para que acercara su rostro hasta mi cara y se quedara ahí esperando alguna caricia. Mas, me sentía incómodo, sin saber qué hacer. Por eso decidí recostarme de nuevo, cerrar los ojos y tratar de no preocuparme por nada. Ellas, permanecieron ahí, en silencio,

muy cerca de mí, como guardianas y yo dediqué mi tiempo a pensar sobre el futuro que me esperaba. Por mi cerebro cruzaron una y mil veces los intentos de Wenceslao por lograr mi libertad y hasta soñé o pensé que mi amigo había sido asesinado y yo estaba ahora a merced de los tiranos. La nostalgia me embargó, cuestión que ellas parecían comprender.

Cuando volví a abrir los ojos, las mujeres dormían (o parecían dormir). Estaban tan cerca que pude contemplar el esplendor de sus facciones: la frente amplia, la piel sin una sola imperfección, los poros diminutos y los vellos que las cubrían, delicados como los que adornan el rostro de los niños recién nacidos; el pelo sedoso, las pestañas largas, la nariz recta, los labios gruesos y sensuales, el cuello largo, los senos firmes de pezones levantados, el abdomen delicado, cubierto por un tapiz caoba, el ombligo escondido como una pequeña cueva; las caderas de contornos suaves e insinuantes, los muslos espigados y los pies delicados, bellamente delineados como si hubieran sido tallados por un artista. Eran idénticas, sólo las diferenciaban el color de los ojos y el de la piel. Una de ellas, Hécate, tenía los ojos grises como el cielo del atardecer y la piel era blanca. La otra, Selene, combinaba el color verde de los ojos con el trigueño de su cuerpo.

Con cierto temor toqué el hombro de Hécate. De inmediato abrió sus ojos y clavó en mí su gris apacible, sonrió y acercó hacia mí su cuerpo bronceado. Nuestros rostros quedaron a pocos centímetros el uno del otro. La miré escudriñando el fondo de sus pupilas y me sobrecogió su transparencia. Sin embargo, la empujé con delicadeza para que regresara a su lugar. Yo dejé mis dedos en su piel y no pude evitar la tentación de investigar su suavidad. Recorrí entonces los contornos de sus hombros y la tibieza de su pecho. Aprendí de ese modo a reconocer aquellos espacios olvidados; a esclarecer el sentido de la ternura, a distinguirla de la pasión, a olvidar que me unían al mundo otros sentimientos, a consolidar los apetitos que mueven los afanes de la humanidad y a entender el significado de aquella felicidad que el hombre del tabaco quería que comprendiera.

9

Una tarde, de un cálido azul, cuando no provocaba sino disfrutar del paisaje y mientras yo me entretenía enseñándole a Selene los nombres de los árboles y de algunas flores de la región, cosas que no atino a saber por qué diablos conozco, entró al lugar sin que lo sospecháramos, precedido de dos vigilantes

armados, uno de esos filibusteros que tantas veces había visto, cuando, dedicados a las persecuciones, se entretenían matando pordioseros, apostándole al tiro al blanco. Su porte era similar al de uno de aquellos que logró mi captura y empleó su barbarie contra mi cuerpo. No logré sofrenar mis sentimientos hacia el villano a quien miré con odio y con intenciones de atacar, mientras un escalofrío recorría mi cuerpo, al revivir involuntariamente el dolor de aquellas torturas. Todo en él me fastidiaba, desde su andar chueco pisoteando el jardín, hasta el olor penetrante de su sudor, trastrocando mis sentidos. Fue tan notable mi descomposición ante los ojos de las dos mujeres, que Hécate procedió a acariciar mi piel con las palmas cálidas de sus manos, aplacando, cual si fuera Higea, la diosa de la medicina y no la maléfica diosa tutelar de Medea, de quien había tomado el nombre, la reacción de pánico, que de no ser por sus dedos mágicos me hubiera sumido en una impotencia humillante. El malandrín, a pesar del despliegue de ostentación diabólica, sólo traía un mensaje que debía entregar personalmente. Llegó frente a nosotros bamboleando su corpachón de oso, aprovechó la presencia de las damas para dirigirles vulgares insinuaciones y trató

de acercarse, ansioso por pasar sus manos peludas por la fina piel de sus caderas; pero los guardias, embocando las armas sobre su rostro, se lo impidieron. Él profirió entonces una sarta de insultos y de sandeces y luego me miró con suspicacia, como queriendo expresar la envidia que lo minaba. Sus ojos oscuros acentuaron el resentimiento al arrojar la esquila sobre mis rodillas.

Yo desdoblé el mensaje con ansiedad; estaba escrito en caracteres que no alcancé a comprender. Ellas miraron el papel y sonrieron. Leyeron cada una por encima de mis respectivos hombros y siguieron sonriendo. Entonces me limité a contemplar aquella escritura, de rasgos arcaicos y luego a descifrar su contenido en cada uno de los rostros de las doncellas, pero sin llegar a comprender el significado de lo que acontecía. “No es para usted —dijeron al unísono—, es para nosotras”. Primero me aturdí, pero luego les entregué la carta y Hécate la guardó en su corpiño sin hacer ninguna alusión a lo que allí decía. Seguían sonriendo, con aire infantil, inocente.

Hasta ahora no he logrado saber qué papel juegan las dos chicas en todo esto. Frente a mí suelen ser acuciosas, esmeradas en el servicio; bien sea para proporcionarme comodidades, entretenerme, hacerme fácil la vida, complacerme hasta en las más ridículas órdenes o excitarme si ése fuera mi deseo. Tienen ellas

ciertos secretos que no pueden confiarme y cuando les menciono estos aspectos, no pronuncian una sola palabra. Únicamente sonrían: candorosas, sensuales, cual si se tratara de cosas demasiado personales. Son, para mi espanto, programadas como los androides y obedecen a códigos específicos, cuestión que ellas mismas admiten cuando aseveran haber sido creadas sólo para mi servicio. Al hacer alguna pregunta cuya respuesta ignoran, permanecen quietas y mudas; si deben evadirla, su contestación es vana, muchas veces sin sentido; cualquier caricia o palabra dulce despierta en ellas la ternura y si el lenguaje es brusco y ofensivo, se alejan hasta que una nueva orden les sea impartida. En ocasiones se han convertido en la fuente de mis pesquisas; así por ejemplo, no las he visto llorar, pero a veces intento que lo hagan, pues se me hace imposible que rían o se muestren eufóricas y apasionadas y entre las emociones que las adornan, no aparezca el despliegue de la melancolía. Por eso me paso las horas hablándoles sobre cualquier anécdota que se me venga a la mente y he notado que cada vez son más atentas, como si quisieran aprender todo aquello que en cierta forma configura mi existencia.

Horas después de haber recibido el mensaje, dibujaba con la ayuda de ellas un mapa que había decidido pintar sobre la región. El cielo comenzaba a cubrirse

de nubes espesas que presagiaban un aguacero, cuando en el reloj de Hécate sonó una campanilla que indicaba que eran las seis de la tarde. De inmediato se levantaron y sin pronunciar palabra se retiraron del lugar. Atravesaron con rapidez el patio alrededor de la piscina y penetraron en la residencia. Yo imaginé que volverían, como en otras oportunidades, con bandejas de frutas y una carne exquisita hecha en mi honor. Pero no regresaron. Las luces del atardecer se fueron disipando y los postreros rayos del sol se dispersaron, manchando con sus naranjas las nubes que permanecían sobre los picos de la serranía. Por primera vez en muchos días las sentía ausentes, así que decidí ir a buscarlas. Pero no las hallé.

Al día siguiente, después de una noche fatigosa en la cual llovió a cántaros y me fue imposible conciliar el sueño, decidí contemplar los misterios de un amanecer que empezaba a descorrer su velo nuboso y presagiaba un día radiante. Cuando salí al balcón, las vi en la piscina. Se disponían a recibir los primeros rayos del sol, tendidas en las sillas, cubiertos los ojos con anteojos oscuros, relajadas y silentes. Parecían descansar. Dirigí el catalejo hacia ellas y de no ser por mi certeza acerca de que acababan de llegar, era como si comenzaran

la rutina de todos los días. Sus cabellos sueltos se esparcían a lo largo del rostro, imperturbables, esbeltas; las respiraciones suaves y acompasadas, emanando una serenidad que llenaba el espacio. La piel tersa, un poco erizados los poros por el viento frío que se descolgaba de las montañas. Adorables, como dos musas.

Concierto de sensualidad.

Por ellas supe que habían hecho prisionero a Wenceslao. Antes no sabían de él pero ahora saben que es su hermano y a la vez mi amigo. Eso no lo comprendí. Aunque no hablaron demasiado, noté en sus ademanes un deje de solidaridad conmigo. Hubo ese día un despliegue militar sobre la zona. Por las colinas bajaban y subían hombres armados y a lo lejos cruzaban por las carreteras vehículos repletos de guardias que festejaban con bullicio lo que parecía ser un triunfo inesperado. No era para menos. Yo que lo había visto enfrentar a sus enemigos con muchas desventajas, sabía de su poder y de sus capacidades bélicas. Había sido aprehendido intentando mi liberación.

Su plan debió fracasar por el obstinado empeño que demostraba al ejecutar cualquier hazaña. Sabía que intentaría recuperarme a pesar de las circunstancias adversas. Varias veces lo vi preparando una de esas acciones imposibles. Solo,

pues consideraba a los demás un estorbo en la ejecución de sus destrezas. Se encerraba durante horas en estado de meditación, hasta tener claro los diferentes aspectos de la aventura. Buscaba ropas ligeras y se colgaba una soga al hombro. En el cinto un puñal de hoja ancha y gruesa empuñadura; un arma peligrosa, con un balance perfecto. Los zapatos, unos mocasines de cuero fino, dóciles a los pies. Ese día debió embetunar su cuerpo con un tinte especial que solía extraer de la corteza de un árbol. A través del brillo de la piel se forrarían sus músculos de corsario. La respiración cada vez más lenta hasta hacerla desaparecer por completo; por lo menos a la vista humana. Los ruidos de su corazón propensos a la parsimonia. Los ojos fijos en su objetivo y una decisión inquebrantable, pues no existía opción sugerida que no hubiera sido meditada y descartada, si así era del caso, con lujo de razones.

Esa noche, había caído, como se los mencioné, una tempestad sobre la región. Quedaba, como prendada de las laderas, una brizna delicada que descendía desde la bóveda celeste. Cubierto el cielo de nubes espesas, ninguna luz permanecía sobre el horizonte. Golpeaba contra las tapias de la garita una

brisa húmeda y los guardianes se escondían bajo los ponchos. Los árboles se mecían con suavidad y los follajes crepitaban dejando caer hojas secas y frutos maduros sobre el piso. Esporádicos relinchos de potros que pastaban en los campos se escuchaban con regularidad, mientras los relámpagos, al remontar las cordilleras, permitían ver las siluetas de las montañas lejanas, que circundan como ángeles guardianes, la inmensidad del valle.

Wenceslao acostumbraba vestir de negro y su piel, manchada por el trajín, lo hacía aparecer como la sombra de su propia sombra. Debió haber sorteado la llanura sin dificultad y sin duda encontró a su paso, acumulados en los campamentos, los cuerpos ateridos de los mendigos, arropados bajo el abrazo de sus propias carnes. Los rescoldos de las hogueras apenas humearían, escondidas las cenizas bajo los pajonales húmedos que les echaban encima. Al comenzar a subir la ladera, según supe después por el relato de las dos mujeres, despachó a mejor vida a tres guardianes que ni siquiera se percataron de su presencia. Nunca se supo cómo hizo para cruzar la valla electrizada; tal vez cavó un túnel y luego

reptó como una serpiente. De lejos, si una luz sideral inundaba el espacio, su cuerpo parecería un tronco seco en medio de la espesura.

La carga que le colocan a la valla es mortal, pues en los atardeceres se ven los chisporroteos de los pájaros que parecen electrocutados, cuestión que al mismo tiempo produce estados de alarma entre los sabuesos que merodean por los alrededores e intensifica la labor de los rastreos. Dos guardias transitan por ambos costados de las instalaciones con sus perros entrenados. Varios de aquellos vigilantes fueron encontrados días más tarde, desenterrados por los buitres. Algo que descubrió en el camino, le impidió a Wenceslao continuar con sus planes. Ello coincidió con la fuga de mis compañeras, la noche en que desaparecieron sin que yo atinara a saber cómo lo hicieron. Lo que les voy a contar, lo supe luego por ellas, quienes en forma espontánea y sin el mayor atisbo de malicia, me lo relataron el día en que llegaron, transformadas y con bríos e inquietudes que me parecieron contradictorios, de acuerdo con el papel que debían desempeñar.

Esa mañana, mientras las horas pasaban y los tres nos regodeábamos en una conversación sin límites, las noté alegres, frescas e inteligentes; incluso

brillaban en sus miradas ciertos asomos febriles. Fueron llamadas por el Sumo en la nota que les fuera entregada el día anterior. Ellas no lo conocen y nunca lo han visto en persona, pero debe ser, dicen, una persona muy poderosa, pues hasta los caciques le hablan con temor y con escucharlo les tiembla la voz, la cabeza les baila y hacen serviles reverencias. A nosotras, me explicaron, nos está prohibido dirigirle la palabra. Trasmite sus órdenes por intermedio de un enviado especial, de nombre Jano, que es como nosotras, pero con mayor poder; viste como un monje y tiene voz melodiosa como el trino de los pájaros. No sabemos, dijeron con una franqueza que se dejaba traslucir en las miradas, adónde las habían llevado, pues una vez salieron al campo y mientras esperaban que la lluvia amainara, alguien las abordó por la espalda y perdieron el conocimiento. Sólo recuerdan haber estado entretenidas con las travesuras de un monje simpático que vagaba por esos lugares, el cual al parecer no las vio, aunque de eso no podían estar muy seguras.

Despertaron en la mansión de Eloy. Eloy es uno de los hombres de confianza del Sumo. Éste, a su vez, tiene muchos empleados de confianza, como Luigi. Ellos le temen como si fuera un dios, incluso nosotras, me relataron, pues de él dependen, él fue quien les dio lo que poseen y les asignó el trabajo que tienen,

labor que también les gusta; aunque ahora han aprendido otras cosas que les producen mayor satisfacción. Todo lo que se divisa desde este sitio es de Eloy; él es el jefe de seguridad y además el encargado de controlar la peste. La peste es una enfermedad que afecta al hombre y lo vuelve un animal, como le ha ocurrido a los mendigos que merodean por el valle. Hace años los progenitores de la humanidad heredaron la peste; sólo escaparon algunos, a quienes logró congregarse el Sumo. Él les otorgó la esperanza de vivir. Los que han sido contaminados tienen que morir para terminar el ciclo maligno, pero todavía no parece conveniente aniquilarlos, pues deben permanecer mientras existan los rebeldes. Ellos sirven como una talanquera que les impide avanzar.

“Los matones que los mantienen a raya (contaban alternativamente las dos mujeres), son peores que la misma peste, viven de lo que el jefe quiera otorgarles y casi siempre se conforman con drogas y licor, o con esos aparatos ruidosos en los que se mantienen haciendo cabriolas; pero con esas dádivas es suficiente merecimiento. Además, muchos de ellos están contagiados, pues hacen vida sexual con las rameras y lo mismo les da fornicar con mujeres, con animales o entre ellos mismos. A nosotras nos está prohibido acercarnos a ellos, pero aunque saben que los matarían si se atreven a tocarnos, cuando nos ven pierden la razón

y se convierten en bestias”. Se turnaban para hablar. “Ahora todo cambiará, —me decía Hécate con cierta nostalgia—, porque han aprehendido al líder de los insurgentes. A él lo llaman traidor, pero a nosotros nos produce nostalgia porque es su amigo; lo van a enjuiciar en público y lo van a quemar vivo frente a sus seguidores. Ya casi todos los monjes rebeldes —se ufanan ellos—, están bajo arresto. Después de morir serán incinerados con los mendigos y más tarde se hará lo mismo con los rufianes y este valle arderá para borrar las huellas de la enfermedad, pues sólo se logrará purificar con el fuego. Todo mal existente desaparece con el fuego”.

Al parecer, ellas creían o se les había informado, que Wenceslao era el máximo líder de los rebeldes. No sabían que él era simplemente un combatiente; el más hábil de ellos; un soldado del reducto de la secta de Isaías, aferrado a una idea, la de regresar al conocimiento de un pasado que había sido glorioso; la de penetrar en el mundo olvidado de la ciencia, desaparecida siglos atrás y necesaria para entender lo que acontecía más allá de los límites de las estrellas. Sentí pena por él y por mis amigos de las cavernas, por la mujer de mis sueños: Eliade; por

mis amantes misteriosas, las diosas de la ternura y la tormenta; por aquel caudillo desconocido que habría perdido a uno de sus mejores baluartes; por no saber la suerte de Isaías, el anciano dirigente, siempre oculto hasta para sus seguidores. Eso, sin embargo, me llenó de ánimo y nació dentro de mí el deseo ferviente por descubrir la historia y llevar yo mismo el peso de aquella aventura.

Anocheceía y en lo alto del cielo comenzaban a aparecer centenares de estrellas. Con las mujeres en mi regazo, vimos a Sirio, la más brillante; Betelgeuse y Rigel las de Orión; Arturo (admito que me sorprendió recordar ese nombre), el guardián del Oso para los griegos; todas ellas llamándonos al encuentro con lo desconocido; y luego fueron apareciendo lentamente: Leo, Virgo, Sagitario, la Osa Mayor y más allá, la figura cimera de Orión, el más viejo de los guerreros. Allí estuvimos mirando las constelaciones, las nebulosas, los planetas, imaginando las galaxias, buscando a Andrómeda, lucubrando acerca de los cometas, descubriendo «estrellas fugaces», embebidos en lejanos recuerdos, aprendiendo del horizonte insondable. Juré entonces, ante la espada del máximo guerrero, liberar de nuevo la tierra para conservar la posibilidad de perpetuar la vida del hombre (como Wenceslao me advertía). Ellas, arrobadas, obedientes, excitadas

por el encuentro con la naturaleza, también juraron conmigo y yo noté en sus ojos un cierto fulgor irreverente, libertario; solo que parecía que lo hacían por darme gusto.

Pero sigamos. Esa misma noche, entrado el amanecer, eufóricos por los descubrimientos, enamorados por el rescate de la amistad que las arrancaba de las garras de mis enemigos, fabricamos un nido de amor que en alguna otra oportunidad habré de narrarles, pues jamás he encontrado en mis recuerdos, imágenes similares. Después de nuestro juramento medio infantil, decidí enseñarles lo que recordaba acerca de las teorías sobre la formación el universo. Allí, mientras gritábamos el hallazgo de nuevas estrellas, decidí inventar historias fantásticas. Arrinconado bajo el calor de sus cuerpos, hechos para la terneza, contemplamos las constelaciones que se desgranaban misteriosas, y al arrullo de un viento que helaba nuestra piel haciendo aferrar cada vez más nuestros cuerpos, fueron murmurando las inquietudes que se les ocurrían sobre aquellos misterios.

Cuando se escaparon para cumplir con la cita, decían, ocuparon una casa campestre que en otra época fue guarida de malhechores y ahora servía para

albergar vigilantes en las noches invernales. Allí se entretenían mirando la lluvia que formaba quebradas entre las vertientes. Fue entonces cuando notaron que unas ramas se movían entre los hierbajos. Pensaron que eran cosas del viento hasta que vieron una sombra que cruzaba para ocultarse tras el tronco de una ceiba. Temieron que fuera un indígena, pues advertidas estaban de no dirigirles palabra, ni permitirles acercamiento, ya que, aunque súbditos, podrían estar picados por el virus de la peste y todo lo contaminado debería morir algún día. Por eso se escondieron y entre los destellos que producían los relámpagos, pudieron observar cómo era aquel monje, Wenceslao, hoy encarcelado, quien se dirigía al mismo lugar en donde ellas se encontraban. Admiraron su figura, ágil, esbelta, su olor montuno, sus pupilas oscuras brillando con los candiles del firmamento. Él las había observado, refieren ellas, pero hizo como si no las viera y después, sin que lo imaginaran siquiera, se colocó detrás de sus cuerpos y desde ese momento no volvieron a saber de ellas. Creen que de alguna forma las hizo dormir y presienten que él programó una nueva defensa en sus cuerpos, para que no pudieran ser afectadas por los ingenieros de Eloy. Pero al parecer, mientras él trabajaba en sus cuerpos fue sorprendido por los rufianes y tuvo que huir. Al ellas despertar,

estaban en la mansión, empapadas, con nuevos bríos y en compañía de los gendarmes que murmuraban entre ellos acerca de su belleza.

Después, cuando fueron llevadas ante Eloy, creen haberlo visto de nuevo escurriéndose entre los árboles de un bosque de acacias. Desde eso lo admiran y siguen sus órdenes, y las conservan como un secreto que decidieron guardar en compañía. Ahora saben por qué optó por seguirlas y no continuó su rumbo en procura de mi rescate. Es obvio que cambió de opinión y decidió prepararlas para que me ayudaran a escapar. De la forma como lo capturaron, ellas no están enteradas, pero si están seguras de que es el mismo sujeto que llaman Wenceslao, porque tuvieron oportunidad de verlo de nuevo, cuando, amarrado con unas cadenas, era trasladado como un ladrón en un carro blindado, escoltado por centinelas. Al describirme sus ojos supe que no podía ser otro. “Tiene los ojos de un tinte azul oscuro”, dijeron, y yo recordé el color de las profundidades marinas.

Algo debió sospechar que yo ignoro. ¿Cuál fue la razón para desatender ese rito de las reglas, que en ellos es como un dogma? A menos que fuera el jefe o tuviera autorización expresa para actuar diferente. Al decidir ir tras ellas, violó las normas más elementales que me había enseñado. Por eso fue aprehendido.

¿Encontró en las mujeres la oportunidad que buscaba?, ¿tienen ellas algo que ver en el asunto de mi supervivencia? En vista de eso traté de indagar si lo habían conocido antes o si él las trató en alguna otra oportunidad, pero fueron enfáticas en afirmar que habían sido educadas sólo para mí, aunque reconocían ahora tener ideas nuevas, ideas que no encajaban con lo que se les había enseñado, cuestiones que las hacían sentir felices e independientes, así como era yo, decían y se reían con desenfado. Por eso tienen sus propios secretos, cosas que Eloy no sabe y que ellas no pueden contarle; ahora poseen un sitio especial para lo personal y me lo señalaban con un dedo colocado en la cúspide del hueso occipital; digo occipital, vaya uno a saber si efectivamente existe.

La reacción inicial de un hombre como Wenceslao al notar la presencia de sus enemigos, es la de aventajarlos y ser él el primero en asestar el golpe definitivo. ¿Por qué no lo hizo con ellas, sino que simplemente las durmió? Supongo que vio en ellas la mejor posibilidad. ¿Por qué lo llamaron hermano? Al saber que no lo denunciaron a los guardias, se confió y tomó la decisión de seguirlas. De algún modo los rufianes detectaron su presencia y lo rodearon.

Antes de ser apresado logró acabar con la vida de diez de los hombres más importantes de la seguridad de Eloy. “Que acabe con los que sean necesarios, pero lo quiero vivo”, había ordenado el jefe con vehemencia. Él era uno de esos hombres incansables, pero lo enfrentaron con muchos expertos; quizás tan hábiles y fuertes como él. Algunos de ellos poseían novedosos atributos que Wenceslao desconocía. Ahora se llevaría el misterio, pues no es de los que se venden. Sus cenizas se esparcirán a lo largo del valle, volarán con el viento hacia los confines de la tierra; su tumba no tendrá un lugar, ni una patria, ni un planeta. Luego de un juicio en el cual lo encontrarán culpable, lo quemarán como a las brujas de remotas épocas. Morirá como mueren los luchadores. Los jefes harán desde luego alarde de justicia, de sabiduría y de grandeza.

10

Estudiando el comportamiento de Wenceslao, pude conocer los misterios de estos monjes errabundos y de paso descubrir sus costumbres, ya de por sí arcanas. Esa obediencia obstinada constituye su mejor cualidad. Me recuerda a las corrientes dominicas de viejas épocas, alimentadas por el ambiente siniestro

de otras sectas más audaces. Poseen ciertos principios que los hacen ser enamorados de la sabiduría, pero conservan una independencia, una altivez y un espíritu inconforme que los diferencia de los criterios simplemente religiosos. Él es más o menos el prototipo de aquella secta, empeñados en descubrir y preservar los conocimientos cultivados otrora con tesón y que hoy, al parecer, se encuentran borrados de la memoria colectiva, pero que de algún modo resultan esenciales para buscar el secreto que los ayudará a encontrar el camino de la perpetuidad.

Su estatura es de un metro con setenta centímetros, lo cual lo hace ser más o menos el promedio de sus camaradas; la piel es de un color cobrizo, desprovista de vellos y con un tono amarillento; los ojos un poco achinados y con el iris oscuro, cubierto con ese tinte azul que me recuerda, cada vez que lo contemplo, el tono que adquieren las profundidades marinas; las facciones son simples pero pulidas y no tiene imperfecciones en el rostro; no posee ningún rasgo sustancialmente bello pero es de apariencia alegre y atractiva y de un optimismo reposado que nunca se excede, lo cual lo hace propenso a ser secundario y meditabundo. De veras puedo afirmar que nunca se exalta. No es irascible ni siquiera en los momentos de mayor turbación y conserva un poco de ánimo para la burla, para esa sátira o ese apunte oportunos que hacen sonreír a los

interlocutores. La malicia, como aprendí a conocer, es una característica de los de su raza. Y al hablar de raza, tengo que afirmar cómo yo parezco distinto; lo expreso en términos generales, porque mi piel es blanca, mi estatura sobrepasa los uno con ochenta, soy más fornido de contextura, especialmente por el grosor de mis espaldas y sin embargo, no sería capaz de competir con ese piruetero en la más discreta contienda de corsario. Además, deseo reconocer que mi personalidad debió resultarles bastante obsesiva, con tendencia a la melancolía y acosado por cierto grado de pesimismo, el cual busco subsanar pretendiendo, como ellos, lo inalcanzable. Su físico es, por supuesto, distinto al de cualquiera de los indígenas que pueblan como plagas las estribaciones de la cordillera, apretujados como se mantienen por los rincones de esta comarca y con quienes las mayores diferencias radican tanto en la configuración del cráneo, como en las habilidades y en los conocimientos. El hombre, a simple vista parece menudo, pero sus músculos son fuertes como los de un toro y de su agilidad cualquier cosa que se diga puede quedar corta, pues no creo que nadie lo iguale, ni siquiera entre sus compañeros, en eso de brincar y hacer volteretas como si fuera un mico o el saltimbanqui de un espectáculo de feria.

Obedece, como les decía, estrictas órdenes que proceden de Isaías, y lo hace de una manera abyecta, cual si fuera un esclavo; además, anda convencido de su obligación sectaria. Está definitivamente programado para alguna causa. Yo no sé por cuenta de quién y mucho tiempo y demasiada paciencia me ha costado lograr alguna información, pues una de las más perentorias obligaciones que parece poseer es la de mantenerse alejado de los datos que delaten o insinúen la constitución jerárquica de su organización. Establecen sobre mí la desconfianza que les proporciona el verme rodeado de tan marcadas diferencias físicas y culturales y no saben con exactitud ni quién soy yo, ni a que designio exótico corresponde el que hubiera aparecido entre ellos, de manera tan curiosa, casi como venido de otro mundo, interponiéndome en la labor que adelantaban, bien fuera para beneficiarlos y ayudarles en sus averiguaciones o para buscar intereses distintos, todavía y para mi mala fortuna, no comprendidos a cabalidad.

Los conocimientos generales de Wenceslao son bastante notorios, máxime si se acepta que quienes eran sus colaboradores se mostraban incultos y empeñados en labores más bien triviales. Casi podría asegurar que poco o nada conocen de su estructura jerárquica y apenas si se limitan a cumplir con un oficio y

a recibir alguna gratificación, la mayoría de las veces relacionada con el modo de vida y en ocasiones con aspectos meramente espirituales. Uno de los servidores de mi protector, de nombre Yanio, era una especie de paje, algo campechano en la manera de comportarse y quien siempre demostraba la gran admiración que le tenía; lo imitaba, le hacía venias, corría a su lado como un galgo, se reía de sus apuntes y saltaba con rapidez cada vez que él, en pose por lo demás histriónica, le solicitaba algún recurso. Actuaba como un fifiriche hasta para implorar. La mayoría de las veces, cuando yo le dirigía la palabra, se limitaba a sonreír y no me respondía, como si le estuviera prohibido ofrecerme información o como si no entendiera de qué diablos le preguntaba. Sólo en una oportunidad estuvo dispuesto a complacerme. Estaba tan servicial, que en parte por burlarme de él y en parte por distraerme un poco, le solicité me proporcionara una mujer, alguien con quien pudiera disfrutar los arrestos sexuales que me quedaban. “Existen —me contestó, encendidos los cachetes y en un lenguaje atropellado que mostraba su turbación—, pero no están disponibles”. Aquella respuesta que en aquel entonces

se me hizo bastante extraña, sólo ahora, después de conocer a Hécate y Selene, he alcanzado a comprenderla en su verdadera dimensión.

Las costumbres de aquellos profesos, eran de una monotonía avasalladora. Antes del amanecer y haciendo uso de una estereotipia que se había vuelto clásica, se levantaban de un tirón y se arrojaban un poco de agua sobre la cara, quizá para ahogar el sueño y desempolvar los ojos de las espesas legañas que la vaharada que exhalaban esos socavones dejaba en las conjuntivas. Empleaban para distribuir el preciado líquido, unas jofainas de pedernal que se encontraban en un extremo de la habitación y que solían llenar las mujeres durante los recorridos que hacían a diferentes horas, siempre en pequeños grupos, nunca solas, como si necesitaran esa protección que brinda la manada. Luego de aquella especie de rito, se colocaban el sayo y salían hacia un salón, en el cual se concentraban en silencio. El aire entraba al lugar a través de unos tubos de guadua que perforaban la tierra y como sopladores le prodigaban al sitio un aire fresco, pleno de las esencias emanadas desde los bosques de los alrededores. A mi nunca me invitaron a dicho lugar y al principio no acudí por respeto a sus creencias religiosas y luego porque me parecía estúpida esa concentración

silenciosa de hombres, vestidos de túnica blanca, que simplemente oraban. Pero como tampoco me lo impidieron, cuando decidí seguirlos, lo hacía con el interés de observarlos. Me colocaba en la parte de atrás, esperando alguna conferencia, una bendición o al menos algunas instrucciones para el trabajo; sin embargo, nada pasaba; no hablaban entre ellos, sólo rezaban, involucrados en una especie de trance, cual si ausentes de la realidad, desplazaran su alma por los vericuetos del tiempo.

Una mujer, vejancona, altiva cual si fuera una especie de divinidad, recorría cada lugar observando a los comensales; los miraba hasta compenetrarse de la imagen del hijo que tenía al frente. Tal vez hacía en la memoria un censo sobre los que no regresaban, pues los guerreros que allí acudían eran especies de trashumantes, muchos de los cuales sólo asistían en una oportunidad y después desaparecían. Era ella el símbolo de la Gran Madre. Luego de aquel recuento mental que infundía en los hombres un profundo respeto, los tomaba uno a uno de las manos y llevaba estas a su pecho, en donde estaba bordada una flor de lis. Ellos quedaban petrificados con aquel encuentro, sinónimo del principio. Luego se dirigía al altar y allí, arrodillada sobre una gran losa, pronunciaba una hermosa

oración en un lenguaje incomprensible (hermosa por el tono y la cadencia). Sólo después de ese momento, las otras mujeres estaban autorizadas a ofrecer las bandejas con frutas, raíces, pan de maíz y agua de panela. Siempre la ración precisa. Al terminar, en silencio, los hombres se dirigían al lugar de su trabajo, unos empeñados en la rutina de sus grutas y otros en las aventuras del exterior. Más tarde llegaría la zozobra, la incertidumbre para quienes permanecían en aquellas cuevas. Al anochecer, comenzaban a regresar los viajeros. Algunos eran los mismos que en la mañana habían salido, pero otros eran personajes distintos, enflaquecidos por las privaciones, cargados de fatigas y de interminables historias.

Las viviendas eran verdaderas catacumbas, con intrincados laberintos que ellos conocían palmo a palmo, separados unos de otros por escaleras en caracol, que tenían una decena de salidas y cuyo destino uno debía conocer si no quería perderse por caminos de los cuales no existía, a menos que se fuera un experto, un regreso factible. De ello me advirtió Wenceslao muchas veces y en un comienzo acepté renunciar a investigarlos por temor a meter mis narices por recovecos que no tenía idea de sortear con éxito. Pero, al encontrarme demasiado tiempo en semejante encierro, urdí la forma de buscar una salida, cuestión que

logré en varias oportunidades, lo que me permitió algunos ratos de esparcimiento y una que otra aventura.

11

Una tarde lluviosa, mientras los hombres, preocupados por las inundaciones nacidas de las frecuentes filtraciones de agua, se dedicaban a hacer desagües para facilitar los drenajes, decidí escaparme por una de las rutas que me enseñara Wenceslao. Afuera, llovía a cántaros y una cortina trasparente, como un velo cruzado por ráfagas multicolores, era lo único que se apreciaba en la boca de la entrada de aquellas cuevas. Un viento frío se colaba por entre los socavones, silbando extraños lamentos y un vaho cálido que salía de mis pulmones me permitía calentar las manos que se encontraban ateridas. El diluvio se precipitaba sobre la hojarasca que en el piso habían dejado las tormentas de los últimos días y en mi cara recibía el rocío que venía del exterior, arrastrado por las corrientes de aire. Grandes charcos se formaban en derredor y cruzaban torrentes en medio de los acantilados. El sonido era poético, a ráfagas. Podía diferenciar cada tonada producida por las interferencias de la naturaleza: unas veces cuando el agua se deslizaba sobre los troncos de las ceibas que crecían en

los alrededores, otras al chocar contra el follaje de los espesos ramajes; también cuando taladraban la tierra al formarse los cauces o en su golpetear contra las rocas y al mezclarse con el viento que desviaba la caída y modificaba los rumbos. No lograba evadir los recuerdos que me avasallaban al penetrar en la inmensidad de aquel vendaval y por eso decidí enfrentarme a su furia; dejé las ropas a buen resguardo y me entregué a la pasión de la tormenta.

La lluvia cernía con fuerza, impregnando mi cuerpo con rapidez como si de pronto quisiera poseerme y hacerme suyo con el golpe de mil brazos que me rodeaban por doquier. Chupaba con ansia de aquella corriente fresca que bajaba rauda desde mis cabellos y formaba ríos por entre los cadejos de mi barba cana. Sentía la fragancia que descendía de lo alto, desde los cúmulos que se agolpaban sobre el firmamento y me arrobaba el ruido de los truenos, perdidos en ecos contra las montañas. Veía los copos de los árboles erizarse cuando la luz de los relámpagos convertía en una visión las siluetas que permanecían fijas en la retina y a través de las frondas esponjadas, adivinaba los plumajes de los gavilanes, aferrados con sus garras a las ramas más firmes de aquellos troncos centenarios.

La furia del viento desestabilizaba mi cuerpo, el que se precipitaba como un muñeco de trapo contra el fango acumulado en el piso. Pero esa era otra de las

delicias, pues con el gozo infantil que en mí pernoctaba a pesar de la edad, daba y daba vueltas entre el barro, trasformando mi ser en el equilibrio de su esencia plástica. Embadurnado con las fragancias del lodo, volvía a sentir placeres profanos y limpiaba mi cuerpo de la generosidad de aquellos seres que me protegían como a una divinidad, pero que a la vez me escondían de la realidad de una vida casi miserable. Ahí surgía la necesidad, otra vez impostergable, de liberarme de las cadenas que uno presiente existen, pero acaso no es capaz de deshacer a cabalidad, por lo menos bajo determinadas circunstancias.

No sé cuántas horas transcurrieron, porque mi mente volaba de un sueño a otro y las horas se pasaban imaginando lo que había detrás de esas últimas cumbres que aparecían y desaparecían con cada fucilazo de los relámpagos. Pero lo cierto fue que el anochecer me tomó de sorpresa, inmerso en uno de los charcos sobre cuya superficie aún caían goterones esporádicos que sonaban con un chapoteo plácido cuando se desprendían desde los copos de los árboles, a esa hora mecidos con suavidad al aplacarse la furia del huracán. Al tratar de levantarme, las piernas no parecían responder a mis designios y hube de palmotearlas hasta que lograron recuperar los movimientos. Entonces, a medida

que la lluvia arreciaba, entoné canciones antiguas e hice hábiles movimientos que el día anterior no hubiera logrado, sin haber quedado agotado por el esfuerzo. Al decidir el regreso, no dejé de mirar por última vez aquel barro convertido en un bálsamo para la nostalgia, aquel espacio cubierto de neblina que comenzaba a dispersarse y me dejaba remozado y con una inquietud intrigante, acerca del significado que pudieran tener los mensajes del agua sobre el espíritu.

Cuando volví a la gruta, sentí que alguien me observaba. La brisa salía del interior como si regresara después de un largo viaje de placer por entre aquellos bohedales y me traía, con su calidez un olor perfumado de feminidad. En algún lugar se encontraba una mujer, pensé, aturdido por el impacto de la sensación; pero no logré descubrirla. Tal vez sólo fuera una impresión, de pronto el juego gracioso del viento que solía llevar sus misterios a lo largo de aquellos intrincados laberintos, proporcionando inauditas fantasías a una mente ávida de conocimientos. Recordaba entonces, cómo ya había sentido esa fragancia. La primera vez que la percibí, en alguna ocasión, fue al cruzarme con un grupo de mujeres, cuando Yanio me enseñaba unos cenotes para el almacenamiento del

agua. La mayoría bajaron la cabeza, escondiendo el rostro bajo los velos que acostumbran, pero ella no se comportó como las demás. Al levantar los ojos, me clavó una mirada intrigante. Había en el fondo de su negrura una especie de curiosidad que me hizo sentir como un objeto de deseo. Parecía como si de antaño supiera de mí. No había en su rostro asomo de temor, ni indiferencia. Cuando fijé mis ojos en el fondo de sus pupilas y escudriñé el fulgor que delataban, sonrió con dulzura antes de desaparecer por alguno de tantos pasillos. Desde aquel instante, me acostumbré a recorrer los socavones con la recóndita esperanza de volver a verla; pero esos caminos, que se bifurcan varias veces y luego se convierten en rutas impredecibles, me llevaban fatalmente a las covachas sin fondo, que decía Wenceslao conducían a la nada y era menester que sofrenara mi obsesión y abandonara la búsqueda, por temor, no a perderme, pues a veces ni me importaba, sino a quedarme sin la oportunidad de estar de nuevo en su presencia.

Desde lo alto de la entrada contemplé de nuevo el diluvio que se precipitaba sobre las montañas, coloreadas por ráfagas que inundaban esa noche con su estruendo de fuego. La neblina era espesa y a duras penas se distinguían los

árboles con el centelleo efímero. Al disponerme a regresar, en ese instante de duda, fue cuando la vi bajo el fulgor de una iluminación repentina y se quedó su efigie, como una presea, sembrada en el fondo de mis ojos. Al principio, sólo fue el sueño de una silueta que se desvanecía entre las sombras y su figura aparecía y desaparecía con el misterio de una fantasía. Yo suspiraba por un relámpago eterno que me dibujara su rostro y me mostrara la inmensidad de aquel descubrimiento. De pronto llegó, solemne, cuando la lluvia cernía lento y el viento silbaba sus melodías entre los follajes dispersos. Giraba ella con las manos recogidas sobre la nuca, apretando su pelo para que los chorros de agua se deslizaran sobre sus espaldas y se explayaran en sus caderas, esbeltas, como si fuera la Venus de la tormenta. Danzaba con la música que el viento dispersaba por los aires, dando vueltas en redondo, con los ojos cerrados, esparciendo su belleza munífica, adolescente. Sus senos se elevaban como frutos tiernos y los pezones se erizaban al contacto de las gotas que tenían aquel privilegio de purificarla. Pero la visión se tornaba esquiva, pues las tinieblas me la ocultaban y los relámpagos la desconocían por completo. La angustia de imaginar que me había visto y ello fuera la causa de un temor repentino y una huida intempestiva,

me obligó a esconderme tras las peñas de los acantilados que rodean la entrada de las cuevas. No podía perderme el espectáculo de apreciar de nuevo aquel monumento de la naturaleza, cuyo recuerdo terminaría por convertirse en mi agonía. Esperé mansamente, hundidos los ojos en la espesa noche, ávido del más leve chispazo, presto a descifrar entre las sombras el equilibrio de su imagen, el movimiento de su oleaje rítmico; hasta que perdí las esperanzas pues no la volví a ver entre el fuego de los resplandores que comenzaron a caer como ráfagas sobre las frondas de los árboles, los que se contorsionaban impotentes ante el paso de la ventisca.

Después de la desilusión que consideré fruto de mi torpeza, decidí entonces recuperar el espíritu, seguro del poder misterioso que acumulé anteriormente con el efecto refrescante de la lluvia, la que había calmado su estrépito y se posaba tersa, fertilizante, como lo hace el rocío sobre el bosque. Me dejé llenar de su llanto, su soledad, sus caricias de terciopelo. Me hundí otra vez en el fango y en las aguas cristalinas de los charcos que se acumulaban en derredor y al entrar y salir de sus delicias, mis ojos, que se abrieron frente al exceso de una luz que se precipitó sobre las sombras, avasallándolas, la encontraron nuevamente. Estaba

ahí, a escasos metros de mí, llena de un barro espeso que cubría su piel como un manto de bronce, imperturbable, dibujada la silueta de su busto por el atropello de las luces, como si fuera una escultura viviente que se derritiera con la lluvia; exquisita la redondez de sus caderas frente a mi visión incrédula, fina la firmeza de sus muslos a unos centímetros de mis dedos temblorosos. Tan cerca, tan cerca su cuerpo, que el vaivén de sus ondas, cual una palmera, espolvoreaba al viento las delicadas formas de sus aromas de mujer. Me aturdí y permanecí mudo y petrificado, para evitar que mi presencia la ahuyentara. A no ser por mis respiraciones, casi estaba en mimetismo con el tono de aquel barro que me entregaba el placer de una visión mágica. Pero era ingenuo mi proceder, pues ella siempre supo de mi presencia y eso me lo demostró con sus cálidas miradas, cuando bajo el chisporroteo de esos cientos de centellas que se encendían de improviso floreciendo el horizonte, me penetraba con las caricias de sus ojos negros, sonriendo con la coquetería con la que toda mujer parece nacer y haciéndome partícipe de los placeres que a ella también la llenaban, en un torbellino que nos era común.

En pocos instantes jugábamos ambos con el barro, lo quitábamos y lo poníamos, nos cubríamos uno al otro con él y luego lo retirábamos con una caricia que se extendía por todos los rincones. Ella se contorsionaba al contacto como si disfrutara con el paso de mis manos y yo la sentía vibrar en ese juego que se mostraba de improviso y me regresaba a viejos recuerdos que no alcanzaba a entender para entonces, pero me devolvían los más sutiles estremecimientos. Se había desvanecido la lluvia y el frío se tornaba suave al calor de aquel temblor que buscaba anidar entre el fango. Rozamos nuestra piel hasta esculpir un único molde de terracota, enterrados los sentidos en el ardor de las sensaciones que no encontraban reposo. Ella, investigando las posibilidades de su erotismo al encontrar en mi deleite los ímpetus de la adolescencia, viejo ya mi instinto, pero rejuvenecido por el lodo o por la pasión dormida o por la necesidad de volver a ese instante de eternidad que se descubre con el primer orgasmo y yo, demostrando mi virilidad para que el goce de sus manos aprendieran a ser suaves con el siseo del viento y se regodearan luego en sus sueños con las fantasías que comenzaban a alimentar las soledades.

Horas que siempre harán falta, como aquellas que nos vincularon para siempre en una complicidad que nos hacía reunir en las noches de lluvia y que

nos permitió añorar el invierno y creer que lo más bello de la tierra eran el huracán y los rayos estrellándose contra las montañas y la luz infinita y efímera de los relámpagos. Por eso no era indispensable la verdad sobre el paso del tiempo, ni la tersura de una piel pura bajo el calor de unas sábanas blancas, ni la necesidad de un rayo de luz permanente, ni el hallazgo de lo imposible, ni la realidad de los hechos rotundos, sino y quizá, únicamente, la noche de las siluetas, el peligro de los descubrimientos, la pasión alborotada por los recuerdos que quisimos tener y la esperanza de que arriera de nuevo la lluvia y los demás siguieran queriendo permanecer escondidos en sus cavernas.

12

La información procesada por los cenobitas, acerca de los hallazgos, sobre todo históricos, salía por medio de estafetas, expuestos a diversos peligros, para ser comunicada en algún sitio a ese preboste enigmático y su grupo de asesores. Aquellos jóvenes que partían en las mañanas, sonrientes cual si fueran a conquistar la gloria y que casi nunca regresaban, podían ser víctimas de los mendigos hambrientos, de las bandas de asesinos que acechaban por doquier o

de los servicios de inteligencia de los poderosos. Si los correos caían en manos de los enemigos, era poca la posibilidad de salvación, pues ellos debían morir antes de divulgar los secretos. Por otro lado, de parte de la cofradía había órdenes perentorias acerca de proteger los informes, incluso a costa de ofrendar la vida. El mismo Isaías había dado muestras fehacientes de estar dispuesto a entregarlo todo, con tal de preservar el ideal ecuménico de su secta.

Uno de esos correos, era Yanio, el vasallo de Wenceslao. Una noche franqueó las barreras que nos distanciaban y penetró en la habitación que habían dispuesto para mi, los secuestradores. Yo no supe como lo había logrado, pero al salir fue sorprendido y en su huida intempestiva quiso, tal vez impulsado por una fuerza extraña que pretende hacernos dueños de lo imposible, saltar aquella cerca electrizada que se presentaba como una barrera inexpugnable. Utilizando una vara de bambú, tomó impulso y cual si fuera un atleta en la prueba final de una olimpiada, buscó sortear el obstáculo haciendo una especie de salto con garrocha. No lo logró. Falló por unos pocos centímetros y su cuerpo se incrustó en el borde de la malla, sobre la cual se encendió, dando alaridos hasta quedar achicharrado. Fueron los gritos y el chisporroteo intermitente, cuyos resplandores se colaban por

las ventanas de mi cuarto, los que me despertaron y, sobrecogido por el estrépito, corrí a mirar aquel espectáculo dantesco. Pude observar como se consumían sus órganos a través de la humareda que desvanecía sus despojos, mientras los guardias se acercaban curiosos a contemplar la escena, felices del desenlace, embelesados cual chiquillos frente a la quema de un monigote.

Al regresar a mi habitación, todavía con el olor a chamusquina, aterrado por la sensación de muerte, y al buscar refugio en el lecho, alcancé a ver un paquete sobre la mesa de noche. Él no tuvo tiempo de despertarme y sólo acató a dejarlo ahí. Había sido envuelto en unos plásticos, como era de usanza entre ellos y a través de la transparencia reconocí el papel gris que empleaban para el envío de algunos mensajes considerados impostergables. Había entre ellos la utilización de una gama variada de colores, cada uno con un especial significado: el rojo indicaba el peligro inminente, el negro lo nefasto, el azul la expresión íntima del pensamiento, el amarillo lo sagrado, el verde los tiempos provechosos y el gris la última esperanza, por representar él las cenizas, bajo las cuales puede hallarse, de actuar con rapidez, los últimos rescoldos vivificadores. Creo que el muchacho se equivocó sin embargo, pues en medio del apresuramiento dejó el encargo

demasiado visible, suponiendo que sería fácil para mí ocultarlo, cuestión, dadas las circunstancias, bastante compleja.

Me dirigí a varios lugares buscando esconderlo, pero encontré mis movimientos estúpidos, así que se me ocurrió que debía ser por intermedio de ellas. Desperté a Hécate. Le di un beso en la punta de la nariz y de inmediato abrió sus ojos celestes; le hice señas de hacer silencio y la levanté, halándola de la mano. Sus dedos cálidos me aprisionaron y sentí el abrazo de su cuerpo tibio. Le indiqué con mi dedo colocado sobre la cúspide del hueso occipital, el sitio del cerebro donde debía quedar la información que iba a darle y ella asintió con una sonrisa. Sus ojos centellearon. La idea de una confidencia entre nosotros le producía una visible satisfacción, que tengo que reconocer no había aflorado en oportunidades anteriores. Le mostré el atadizo y le expliqué cómo debía guardarlo en un lugar en el cual tuviéramos luego un acceso fácil. Ellos, le advertí, no debían encontrarlo. Me tomó de la mano y me condujo a la biblioteca. Allí accionó un mecanismo camuflado tras los libros y empujó una pared en la cual se encontraba un inmenso óleo que describía el paisaje de alguna guerra antigua. De inmediato

se abrió una puerta que comunicaba con un pasadizo. Entramos. Encendió fuego y prendió una antorcha. Eran los mismos laberintos que conocí en mi estancia con los monjes. Esa especie de nudo de Salomón que para ellos simbolizaba lo inescrutable. Ella escogió uno de tantos caminos y se internó con prontitud hasta el final.

La senda parecía terminar en forma abrupta contra una pared de concreto. Sobre el dintel, activó algunos puntos y se abrió otra puerta que comunicaba con una habitación débilmente iluminada por un farol y cuyo abasto era una grasa que destilaba desde un cántaro. La habitación parecía una sala de espera con un tocador en el cual las mujeres podían acicalarse. Escogió uno de los cubículos y guardó el paquete. Yo le inquirí la necesidad de apresurarnos y salimos corriendo. Al llegar a la biblioteca, sentimos los pasos de los centinelas que se precipitaban sobre la puerta principal. Corrimos al dormitorio, nos desnudamos y nos metimos entre las sábanas, abrazados como después de un largo viaje a través del amor.

Desde nuestro nido improvisado, sentimos cómo inspeccionaban la casa palmo a palmo. Cuando entraron aparentamos dormir. Primero miraron por los rincones sin atreverse a tocar nada y después utilizaron a Selene para llamarnos.

Ella colocó su mano en mi hombro y me susurró en el oído. Hice lo posible por aparecer asustado y luego, al oír las explicaciones, me torné iracundo al considerar un irrespeto la inoportuna llegada. Selene se retiró silenciosa, mientras quien los dirigía nos pidió disculpas y pareció sorprendido. No dejaron, sin embargo, de echar una segunda mirada e incluso se inclinaron varias veces para observar debajo de la cama y descorrieron las cortinas con disimulada contrariedad. Nada les pareció sospechoso y salieron murmurando. Cerraron la puerta y siguieron esculcando por los diferentes lugares de la casa. Selene se aproximó, se desnudó también como obedeciendo a algún instinto compartido y se introdujo con nosotros en el lecho; con sus caricias, las mujeres atemperaron mi sofoco. Al amanecer, cuando despuntaron los primeros rayos del nuevo día, nos juramos fidelidad, como adolescentes, así como se jura un amor eterno.

Esa mañana fui visitado por un extraño sujeto de gafas oscuras y una sonrisa en los labios. Sus zapatos eran de un azul rey y fumaba con insistencia un tabaco que solía apagarse con frecuencia, como si se resistiera a dar lumbre. Le pregunté a Selene, en el oído, si el sujeto era el mismo Luigi que nos visitara tiempo atrás, pero me dijo que no, que era Richi, otro de los lugartenientes de

Eloy. La visita fue formal pero más directa. Aunque trataba de mostrarse amable, algo en él lo hacía sentir incómodo. En un comienzo preguntó cosas triviales, forzando un ambiente de jovialidad, pero muy pronto cayó en la alusión a los hechos de la noche anterior y a la necesidad de conocer si el sujeto muerto, un rebelde sin causa, según aseveraba, había logrado importunarme con sus mentiras. Le contesté que no había logrado enterarme de lo sucedido hasta cuando entraron sus hombres, esos si a molestarme, ya que andaba acostado con la señorita, y señalé a Hécate. Él la miró y le guiñó un ojo, a lo cual ella le respondió con otro guiño. Ambos sonrieron con complicidad.

Luego, solicitó una inspección minuciosa, alegando peligros inusitados como la colocación de alguna bomba o de otros artefactos, pues era de suponer que el terrorista había tenido oportunidad de entrar a la casa para intentar asesinarme sin que esos imbéciles guardianes se percataran de su presencia. Le expresé no tener objeciones, siempre y cuando respetaran mis pertenencias, y mientras los subalternos volteaban la casa al revés, el hombre, forzado por la necesidad de permanecer mucho tiempo conmigo, habló y habló, posiblemente

más de la cuenta. Nos hicimos varias preguntas y las respuestas fueron, algunas de ellas, claves para la comprensión de aquellos fenómenos.

Él me aseguró formar parte de una organización mundial dedicada a la consolidación del género humano. Por supuesto ya habían logrado eliminar los mayores obstáculos y sólo quedaban reductos de bandidos y algunas razas degeneradas picadas del virus de la peste, al parecer confinadas a ciertos lugares aislados. Yo era testigo, me advertía, por haber sufrido en carne propia la desdicha de vivir con esos infieles, quienes además se escondían en cuevas como los gurriatos, a preparar sus acciones delictivas. Por fortuna, habían logrado rescatarme de su nefasta influencia antes de que me hubieran asesinado o de haber caído en la desgracia de ser contaminado por la peligrosa enfermedad. Me habló de la dicha de pertenecer al cuarto círculo del universo, en el que confluía la energía de los cuatro dragones; de creer en un dios personal que le había abierto los caminos de la satisfacción sensitiva y formar parte de la junta directiva de uno de los principales laboratorios de investigación biónica. “Lo tenía casi todo —decía

con cierta amargura— excepto el boleto hacia la perpetuidad”. Pero tendría su recompensa —aseguraba—, una vez Eloy le otorgara lo que le había prometido.

Ahora, al recordar algo más acerca de mi vida anterior, era poco lo que entendía de ese lenguaje esotérico y fantasioso. Poco a poco iba descubriendo el estado de degeneración en que la sociedad había caído y me limitaba a aceptar con un movimiento de cabeza sus afirmaciones y a rechazar cualquier alusión a regresar a mi estado anterior, alegando por otra parte, cómo mi interés particular debía ir más allá de la lucha por objetivos oscuros, y se cifraba en el placer y el sosiego que el hombre debe buscar cuando va llegando a la decrepitud, una especie de ataraxia, que sin lugar a dudas encontraría al convivir con mujeres tan hermosas, las que habrían de proporcionarme satisfacciones mayores que las obtenidas con aquellos monjes errabundos y rebeldes que me habían encontrado. Durante el tiempo que demoraban mis respuestas, el hombre sobaba su bigote y dejaba escapar una sonrisa un tanto maliciosa. “Era el momento —me decía— de conocer el verdadero arte del placer que habían conquistado y estaban dispuestos a entregarme, a cambio de dedicar el resto de mi existencia a trabajar con ellos en sus increíbles laboratorios, lugares donde se consolidaría la recuperación de la

tierra, empobrecida por el sofoco a que había sido sometida”. Lo decía con soltura, con la pedantería propia de la ignorancia.

“Teniendo mujeres tan perfectas como las que usted disfruta, y le aseguro que no las hay iguales, no se justifica —decía—, poseer aquellas: madres, hermanas, esposas, amantes; nido de defectos entre los cuales el hombre ha vivido sometido, casi como un esclavo; se pudiera decir que postrado. El avance alcanzado fue definitivo para controlarlas. Sólo se procrearán las mujeres necesarias. Hubo un tiempo en que existían por millones, como plagas que devastaban los campos; la mayoría de ellas contaminadas por el virus de la peste; ahora, sólo existen reductos diseminados en las montañas, pero que habrán de desaparecer. Incluso, no hace mucho, fueron fusiladas la mayoría, aprovechando la reciente operación en la cual fue arrestado el jefe de los criminales cuando intentaba secuestrarlo de nuevo. Algunas se entregaron espontáneamente a cambio de conservar la vida del líder de los rebeldes. Por supuesto aceptamos —reconocía con una sonrisa—, pero con esa gentuza no sería necesario observar ciertas reglas de urbanidad. Sólo La Gran Madre podrá sobrevivir y habrá de

poblar con sus cachorros las constelaciones visibles —y se reía con aire burlesco—. Por encima de ello estará la conjunción inequívoca de nuestro mundo con los siete planetas que mantendrán la vida y hacia los cuales será necesario iniciar la peregrinación cuando el hombre, al fin, pueda utilizar la máquina del tiempo. Siete son los hijos de La Gran Madre como siete fueron los hijos de Níobe. Llor al septenario”.

Comencé a sufrir por la probable muerte de mis amigos, mientras miraba como iba entrando en una especie de éxtasis al intentar explicar con palabras las fantasías que lo envolvían. Empezaba a comprender el ritmo de aquellas frases que lo enardecían y lo convertían en un discípulo de la cábala y la astrología. Viendo su locura, me apresuré a demostrarle mi interés por conocerlo todo: los laboratorios, las bibliotecas, los avances científicos, la sociedad, su gobierno, aquel jefe abstruso dueño y señor de tanta grandeza. Pero su reacción fue contradictoria. “No, no, ¡basta ya!, no tan de prisa, imposible; yo mismo debí esperar muchos años”. Lo decía con los ojos encendidos, brotados, coléricos. “Todo a su hora, has de ganarte primero la confianza del Sumo. Habrás de darle lo

que sabes”. Aquella amabilidad se había transformado en desconfianza. Yo me dejé caer hacia atrás para recuperar el aliento, mientras Hécate y Selene colocaban sus dedos sobre mis hombros para mitigar con sus masajes, la excitación manifiesta. Pero logré controlarme al pensar en la suerte que podría sobrevenirles, de seguir vivos, a Wenceslao, a Eliade, a la diosa de la tormenta y a los demás amigos, muchos de los cuales ya habrían muerto por protegerme, sin que yo hubiera tenido la oportunidad de encontrar para ellos una tabla de salvación. Fue entonces cuando se me ocurrió preguntar por la suerte que correrían los sobrevivientes.

Morirán, dijo a secas, y se dedicó infructuosamente a encender aquel tabaco que apestaba y se negaba a convertirse en brasa. No es necesario, dije, les habré de colaborar de todos modos. “Bueno —aceptó como corrigiendo algún error en el que hubiera incurrido—, tendrán un juicio imparcial” y sonrió como si con ello estuviera ofreciendo alguna garantía. Pero sabía que mentía; lo sabía porque ya Hécate y Selene me habían ilustrado acerca de aquella pantomima de juicios. “No se preocupe por ellos —recalcó—, la justicia prevalecerá”. Estas palabras me ratificaban que les había llegado el fin. Estaban acabados. Sabía que

insistiendo sólo lograría crear desconfianza sobre mi supuesto deseo de servirles.

Por eso callé. Sin embargo, no dejé de sentir arrepentimiento, por no haber defendido como un militante más de las causas perdidas, a aquellos compañeros que tantas veces ofrendaron por mí, o por lo que yo representaba para ellos, sus lánguidas vidas. Era sin embargo un juego prolongado y conservaba la esperanza de que todavía no hubiéramos llegado al final de la jornada.

No sé si creyeron o no en mi abyección; lo cierto fue que no conformes con mis respuestas se volvieron a llevar a las dos mujeres y me anunciaron un posible traslado. Estaban temerosos de que ellas hubieran ayudado a Yanio a entrar en la vivienda y preocupados porque el fraile pudo haber incorporado en sus mecanismos órdenes rebeldes, pero no imaginaban cómo. Intentarían descubrirlo. En esa oportunidad no desaparecieron misteriosamente, tuvieron tiempo de despedirse y luego fueron conducidas a un vehículo en el cual se perdieron entre las curvas de una carretera que iba contorneándose a través de las montañas hasta desaparecer sobre las cimas agrestes, esa mañana, para mi consuelo, bordeadas por un azul apacible. Sus postreras miradas dejaron en mi espíritu la sensación de que nuestra relación estaba por terminar. No había en sus miradas

aquella respuesta generada por un estímulo cualquiera, sino otra, quizá más natural, tierna, muy parecida a la tristeza.

Una idea quedó rondando entonces en mi cerebro. Si Wenceslao fue capturado, no podía observar impotente la muerte de mis amigos. Aproveché entonces la tecnología que me dispensaban y con mi catalejo pudo mirar a la distancia. El terror venía cubriendo el valle de sur a norte, pues ningún otro significado tendría el de apreciar como ardían, devorados por los incendios, precisamente los lugares que conocía como entradas secretas a los laberintos. Ráfagas distantes, explosiones inmensas y de vez en cuando, frailes atrevidos que dejaban su escondite y salían a la llanura, huyendo de los ataques que se sucedían en forma constante. Yo, con mi catalejo, miraba de un lado al otro contemplando aquella demostración de barbarie. Familias enteras masacradas, hogueras gigantescas en las que eran arrojados los cuerpos, muchos de ellos vivos. Sádico despliegue de los sátrapas, quienes no escatimaban las demostraciones sanguinarias en la eclosión más espectacular del estado de degeneración en que se encontraban.

A los pocos días divisé algunos sobrevivientes, monjes cubiertos con su sayal, huyendo con discreción, resguardados entre los bosques y la maraña de los rastrojos. Sé que los seguían, pero también pude mirar, fascinado, cómo se escabullían burlando la persecución a pesar de estar dirigida en forma envolvente. Al coronar la cima, bordearon los últimos bosques y se perdieron detrás de la cordillera. Supe entonces que habían logrado escapar, porque los persecutores continuaban escarbando en los matorrales, haciendo ráfagas indiscriminadas y encendiendo cada trecho del territorio.

13

Tres meses después de haber sido separado de Hécate y Selene, fui trasladado a una nueva vivienda al otro lado de las montañas. Allí, confinado entre libros que constituían mi única distracción, me fueron exigidos con frecuencia, informes acerca del empleo de métodos para la preservación de organismos que requerían ser congelados durante largos periodos. Se me pedían también, opiniones alrededor de las causas que habían originado la guerra hacía alrededor de cuatrocientos cincuenta años. Dicha conflagración, que destruyó imperios y

acabó con las dos terceras partes de la humanidad, era para esta época sólo un recuerdo que había perdurado en la tradición oral de algunas comunidades, las que llegaron al extremo de hacer de los relatos fábulas insulsas, mezcladas con ideas casi siempre fantásticas, que rayaban en lo mitológico. Dioses del mal y pestes como castigo del más allá, similares a los mensajes bíblicos, devastaron sin piedad los inmensos territorios, sembrando la muerte y la desolación. Las ciudades fueron destruidas por vándalos que sobrevivieron del saqueo, ofreciendo cachivaches y ciertos objetos de valor a los pocos que lograron conservar el dominio por medio del control absoluto de la riqueza y el desarrollo de algunas tecnologías, empleadas primero para producir armas y luego para refinar sus concepciones y perpetuarse en el poder, con base en la extinción de las poblaciones que no se prestaran a sus fines.

El resto de los sobrevivientes vivía con el simple propósito de buscar el sustento y unos pocos ilusos, como mis amigos los monjes, conservaban algún ideal que les mantenía el espíritu encendido de creencias. El lenguaje de la mayoría quedó reducido y lleno de vocablos incongruentes, la religión se engalanó de cábalas y hechicerías, las profesiones se aniquilaron en el empirismo, la

ciencia médica se convirtió en un simple recuerdo y quedó dependiendo de dictámenes astrológicos. Primó una ideología que terminó adoptando el hedonismo como la esencia fundamental del ser, alrededor de cuyo concepto construyeron fábricas dedicadas a producir esclavos para el placer, que redujeron la humanidad a un grupo de privilegiados sin intenciones de reproducirse y deseosos de mantener una casta, bajo cuyo servicio estaban las mayorías, esperanzadas en descifrar el enigma que les permitiría ser los elegidos para establecerse incólumes por los siglos de los siglos en alguna desconocida región de las esferas siderales.

Primero fui recuperando la memoria en aspectos elementales, como aquella vaga idea de haber tenido una familia o la de haber trabajado en un laboratorio experimental. Esto me permitió hacer algunas exigencias que ellos por su interés primordial hubieron de aceptar, así buscaran reemplazar a Hécate y Selene con unas estúpidas barbianas, similares a mis amigas, pero especializadas únicamente en prodigarme sus servicios materiales. Intenté, sin embargo, a pesar del hastío, infundirle a las casquivanas aquellas ideas que las otras habían logrado en ese juego misterioso de las coincidencias; pero me fue imposible. De seguro estaban advertidas. Opté entonces por devolverlas a sus dueños, rechazándolas

con discreción, aludiendo en mi misiva un sentimiento por ellos desconocido, pero que con una sonrisa burlona debieron aceptar. Me era imposible vivir sin Hécate y Selene, les dije, estaba enamorado. Y para buscar complacer mi desasosiego me permitieron una entrevista con Eloy.

El día del encuentro arrimaron por mí en una limousine. La escolta poseía más de veinte hombres encaramados en sus ruidosas motocicletas, acompañados por cinco camperos que se distribuían adelante y atrás, en los extremos de la caravana. Contemplé el vehículo, de un brillo impecable por cada uno de los costados. Fue aquél un largo viaje entre paisajes primaverales, sostenido en compañía de un chofer que se las daba de instruido en el arte de la medicina. En el camino, mirándome a través del espejo retrovisor, me insinuaba diferentes recetas a base de orégano, ajeno y limoncillo, para preservar la salud y recuperar la lozanía, cosas de las cuales al parecer no gozaba, pues, delgado como un perchero, tosía con denuedo, demostrando alguna enfermedad crónica en su sistema respiratorio, a más de estar surcado su rostro por innumerables arrugas que lo hacían parecer más viejo de lo que realmente era. No quiero detenerme

mucho en estos aspectos del relato, aunque debo reconocer cómo aquella conversación atemperaba por momentos las horas del viaje y me proporcionaba detalles que después me fueron de utilidad, pues son estas gentes quienes con algunos apuntes que los hacen sentir sabihondos, nos previenen de cometer imprudencias con alguien a quien no conocemos. Se preciaba el hombre de haber curado a su patrón de unas almorranas, extirparle una enfermedad estomacal que lo volvía furioso en las mañanas y facilitarle los movimientos de las articulaciones con un barro traído desde tierras lejanas, rico en minerales azufrados, y que se encontraba muy cerca del cráter de un añoso volcán que después de arrasar una ciudad provincial, seguía arrojando lava durante los últimos doscientos años.

Según él, don Eloy aspiraba a ser uno de los siete consejeros supremos. Cada consejero era dueño de un territorio, cuyos límites eran inconmensurables; pero su jefe se diferenciaba de los otros porque había logrado arrinconar la peste en un extremo de sus dominios y porque logró descubrir el primer eslabón en el misterio del universo, razones estas que lo hacían gozar de mucha estima y lo convertían en el merecedor de las más importantes responsabilidades. Tenía por

consiguiente un ejército invulnerable y un séquito de mujeres y sirvientes que superaba el poseído por cualquier otro servidor del Estado. Todas las tierras que se divisaban le pertenecían; los hatos de ganado, los cultivos, las aguas almacenadas en hermosos lagos, los hombres que laboraban en las parcelas, los guardaespaldas y centinelas, los vehículos que se veían transitar; los carruajes, como esos quitrines tirados por potros que cruzaban por los caminos de las haciendas y hasta las mujeres que cabalgaban en potrancas de paso a lo largo de las llanuras y alzaban las manos de porcelana en señal de saludo. Le inquirí, con ciertas reservas, acerca de aquel gran secreto y esperé vanamente su respuesta, pues el hombre comenzó a divagar como si aquella pregunta no tuviera la más mínima importancia y continuó sus disertaciones alrededor de las creencias médicas y las predicciones astrológicas.

El bosque que se divisaba en aquellos parajes tenía cierto encanto ante mis ojos. La llovizna de la noche anterior hacía que la mañana se sintiera fresca y una tenue neblina se deslizaba solemne por entre los copos de los eucaliptos y los ramajes de los pinos, árboles comunes en estas regiones. No faltaban, mezclados de trecho en trecho, los guayacanes florecidos, los sietecueros con sus tonos

engalanados de una variada gama de violetas y los arrayanes que por estos lados son arbustos más o menos escuálidos. El azul del cielo comenzaba a desaparecer sobre el oriente, cuando la belleza del paisaje se fue tornando estereotipada y de mal gusto. Aparecieron las verjas, las garitas, las cercas electrizadas, los mercenarios malencarados apostados a la vera de los caminos, el armamento exhibido con deleite. Los cancerberos, minuciosos, requisaron con lentitud cada rincón del automóvil y sometieron las ínfulas del chofer, quien debió vaciar sus bolsillos y someterse al manoseo habitual. Allí hubo cambio de vehículo; recorrimos una serie de jardines y nos encontramos al frente de la mansión.

En la estancia fui recibido con excesivos galanteos por una dama que exhibía con donaire un sombrero adornado con flores amarillas. Tenía un vestido blanco, ceñido, que apenas si le cubría las caderas dejando al descubierto el esplendor de su silueta y una blusita de encaje, virtualmente transparente, que impregnaba el ambiente de exquisita sensualidad. Al verla y al descubrir sus facciones creí que fuera Selene y una amplia sonrisa me bañó la cara; pero no, me equivocaba; era una de aquellas princesas del amor, de movimientos precisos y sonrisas prefabricadas. Con su lenguaje dulzón, se limitó a indicarme el camino, ofrecerme una copa de vino y acompañarme en la espera. Me dediqué a contemplarla. Si algo ostentaban estas damiselas era la capacidad para seducir,

con la mirada insinuante, el cruce de las piernas, los movimientos de los labios, los cuales humedecía con suavidad, la forma de beber con una cierta excitación, los suspiros profundos y dirigidos. Sabía que si me le acercaba y le rozaba la cara con el dorso de la mano, la mujer del señor Eloy me besaría con ardor y sería luego capaz de fornicar conmigo, allí, en el sofá de mi anfitrión, a la vista quizá de él y sin inmutarse. Esa idea maligna me cruzó por la mente. Era una buena manera de demostrarle la falta que aquellas mujeres me hacían. Fue casi un reflejo. Me acerqué y le acaricié los lobulillos de las orejas. De inmediato me tomó por el cuello y acercó mi cara hasta sus labios. Sin embargo, me contuve y la rechacé con suavidad, pues eso sería aceptar, por el contrario, que cualquiera de sus damiselas podría reemplazar el lugar de mis amantes.

La voz de Hécate me sacó del anonadamiento. Era capaz de distinguirla entre los trinos iguales de todas aquellas muñecas juntas. Me sonaba distinta, natural, con un deje familiar y de pronto llena de cierta turbación. Nos abrazamos y nos besamos tiernamente en los labios, mientras la otra se alejaba dócilmente. Detrás de ella entró don Eloy. Me saludó con efusividad y se sentó al frente mío.

Era un hombre cincuentón, de cabello negro almidonado y un bigotito delgado, perfectamente recortado. Vestía con elegancia un paño de antiguo corte inglés y manejaba en su mano un bastón con borla de oro. Mostraba una indiferencia natural hacia las mujeres, a las cuales ni siquiera miraba. Habló conmigo como si no existieran. Se limitó a expresarme que se sentía contento con mis progresos y que esperaba estuviera a gusto en mi nueva vivienda. Tenían, eso sí, un poco de afán, por lo cual habían decidido solicitarme premura en ciertos informes que él sabía cómo para mí no eran de mucha utilidad y que sin embargo para ellos se tornaban indispensables. Mientras tanto, intentarían corregir algunos desperfectos encontrados en las dos ninfas asignadas a mi servicio y con las cuales había logrado yo tan buena empatía.

Comprendí, sin preguntar, cómo no estaban dispuestos a ceder, a menos que les entregara los informes. Miré a Hécate y noté que suplicaba con la mirada, mientras la otra permanecía absorta, clavando sus ojos sobre el vacío de la pared, donde una pintura rupestre reproducía fielmente, aunque con alguna frialdad, la belleza del horizonte que a través de ese ventanal se observaba. Al notar que yo

miraba el cuadro con admiración, el hombre se apresuró a señalar que era una de sus últimas creaciones. Me limité a responder cómo mis esfuerzos chocaban contra una barrera, la del desconocimiento acerca de lo que querían saber, e incluso había observado cómo ellos sabían más que yo de aquello que me preguntaban. Usted podrá recordar, dijo con énfasis y agregó como rectificando, que tendría que recordar si quería disfrutar de los placeres que me ofrecían.

No los volví a ver hasta el juicio de Wenceslao. Se me informó de ello el día anterior y al igual que en otras salidas, fui conducido con el mismo despliegue y ostentación, no sé si con el objeto de protegerme o de evitar que escapara. Permanecí una semana en un villorrio recogido y elegante al otro extremo de la serranía. Había, en la sala en la que se llevaría a cabo el espectáculo una especie de juez vestido con levita, sentado frente a un público que participaba de la discusión, asintiendo o negando con la cabeza, cada vez que el magistrado hacía referencia a cualquier aspecto del asunto que los tenía reunidos. Al lado de él se encontraba un notario sentado al frente de un gran libro, el cual consultaba a intervalos, y al fondo y hacia la derecha se disponía un cuartucho, aislado por

unas rejas de hierro. En ese momento se encontraba vacío. Tal parecía que hubieran estado resolviendo casos triviales y que a mi ingreso se iniciaba el juicio más importante de aquel día. En la sala se distinguían tres estratos diferentes, relacionados con el nivel social al cual pertenecían sus ocupantes. En el primero, se sentaban las personas más distinguidas; entre ellos y sobre una silla cómoda alcancé a ver la figura de don Eloy, rodeada por un séquito de guardaespaldas, que al igual que él vestían de frac y usaban al hablar, modales refinados. En el estrato siguiente se repatingaba una serie de sujetos malencarados, obligados a vestir con elegancia y que eran incapaces de comportarse como personas decentes. Y en el último nivel, departía un público de campesinos, trabajadores y sirvientes. A mí se me asignó un lugar lejos de unos y otros y siempre en compañía de quienes me cuidaban. No había un jurado de conciencia o algo que se le pareciera y en ningún sitio pude distinguir a Wenceslao.

El juez hizo sonar una campanilla y apareció un individuo que vestía prendas militares, con kepis, galones y medallas. El hombre tomó asiento en una silla cercana al estrado, desplegó unos papeles sobre un escritorio, esperó le fuera concedida la palabra y pronunció una acusación en nombre de su dios, su patria y

su honor. Acusó a Wenceslao de ser un traidor al Estado, líder de los insurgentes, asaltante de caminos, asesino de personas de bien, ladrón de artículos sagrados y documentos confidenciales. Comprendí en un instante que, dadas las circunstancias, todo aquello era verdad, a excepción de algunos criterios como el de ser considerado traidor o el hecho de acusarlo de ser el jefe de los rebeldes. Pedía el acusador la pena capital, la cual solicitaba fuera en la hoguera y frente a sus seguidores, para que de una vez sirviera de escarmiento a quien volviera a osar levantarse contra el régimen establecido.

Admitida la acusación, el fiscal llamó a su primer testigo. Era una anciana de bordón que caminaba con dificultad y en cuya figura creí reconocer la viejezuela que había cuidado hacía algún tiempo de mis heridas. Se dirigió a paso lento hasta una de las sillas. Allí fue obligada a colocarse de pie e indicar con la cabeza un sí a la toma de juramento: “jura usted decir la verdad por su dios, por su patria y por su honor”. Luego de sentarse, el fiscal le preguntó si conocía al acusado. Ella levantó los ojos cubiertos por un gris invernal y respondió de nuevo afirmando con la cabeza. Yo quedé sorprendido pues sólo hasta ese momento

descubrí la figura de Wenceslao, quien había sido introducido a la celda, amarrados los pies y las manos con unas cadenas. Enseguida, se le preguntó si era cierto que el acusado había asesinado a su hijo, a lo cual la vieja asintió de nuevo con la cabeza.

Sabía que mentía y sabía también que recibiría como pago un bocado de comida o el calor de la lumbre en una humilde vivienda. Intenté protestar pero fui sujetado con fortaleza y obligado a permanecer sentado. A mi lado, los rufianes sacaban sus armas amenazantes. El segundo testigo fue un niño de escasos diez años. Luego de tomar el juramento y ocupar el lugar de los testigos, se le preguntó si era cierto que el acusado que tenía al frente de sus ojos había asesinado a su padre, a lo cual el muchacho respondió que sí. Después pasaba una mujer y le endilgaba la muerte de su esposo; más tarde un trabajador que juraba haberlo visto asaltando la residencia de su patrón; luego una serie de sirvientes, oficiales y vagabundos que con lenguaje procaz lo inculpaban de cuanto delito existía. Por último, cuando mi mente se encontraba en otro lugar, pues había decidido no escuchar más semejantes sandeces, fui sacudido por los hombros y caí en la

cuenta de que el fiscal repetía con insistencia mi nombre, mientras todos me miraban.

Me negué a ir, pero fui empujado hasta el estrado. No se me pidió juramento pues el juez desconocía si yo tenía dios o patria, o si sabía el significado del honor, como ellos lo practicaban, lo cual pareció ser normal pues el público asintió con satisfacción. El fiscal me presentó como un individuo respetable, investigador, obligado por los hechos que rodearon mi llegada, a permanecer con los insubordinados y me preguntó si conocía a Wenceslao. Contesté que sí, pero agregué que el juicio no era imparcial. El juez preguntó entonces al notario si en el código supremo existía alguna alusión a juicios imparciales. El notario buscó en el índice de su enorme libro, miró al juez, repasó con insistencia varias veces el listado que tenía al frente, cerró el libraco y contestó un no rotundo. Preguntó entonces el fiscal si yo había visto a Wenceslao asesinar a alguna persona, a lo cual respondí acerca de la necesidad de considerar que al hacerlo había buscado su propia defensa. El juez consultó entonces al notario si existía en el código algo sobre defensa propia. El notario

tardó un poco más, pero de igual modo cerró su voluminoso texto y contestó que no. El juez creyó entonces su deber anunciar a los presentes que yo debía tener en mi sabiduría conceptos muy antiguos sobre el derecho, los cuales no eran pertinentes en esta sociedad y agregó que no eran necesarias más preguntas, pues el testigo había aceptado conocer al asesino y haberlo visto cometer un crimen. Yo objeté la decisión y pedí de nuevo la palabra, pero fui conducido de inmediato por los truhanes hacia mi puesto de observación. Sólo me consoló mirar la satisfacción que denotaban los ojos de Wenceslao, tal vez al verme aún con vida o quizá al saber que había intentado defenderlo.

Luego fue llamada a declarar una mujer cuyo nombre me pareció algo así como Marta o María. Pero era Hécate. Al verla, una profunda emoción recorrió la piel de mi cuerpo. Seguramente, pensé, ya habrían corregido sus defectos y ahora estaría dispuesta a confesar el asalto final y los últimos crímenes de Wenceslao. Luego del juramento, el cual respondió con cierta altanería, lo que me la recordaba tal como la conocía, se le preguntó si había visto alguna vez al acusado. Ella contestó que sí. Después se le preguntó el lugar exacto donde lo vio por primera

vez y ella relató cómo, estando en la casa del señor Luigi, observó desde la ventana a uno de los guardias que lo conducían a la cárcel, encadenado. El fiscal se irritó. “No hablo de ese momento”, dijo, “me refiero a la vez que usted y su amiga se lo encontraron en el bosque; eso fue con anterioridad a ser capturado”.

No lo he visto antes, contestó ella secamente. “Usted miente”, se alteró el fiscal, “por estar rondándola a usted fue que las autoridades lograron detenerlo”. No era ese sujeto, dijo ella señalando a Wenceslao, era un monje mendicante, algo parecido pero de cabellos rubios. “No es posible”, se indignó el fiscal, mirando espantado a don Eloy, quien también abría desmesuradamente los ojos. “No es posible que ella mienta”, dijo el notario.

Está enferma, se apresuró a señalar el juez y solicitó de inmediato una revisión médica. Un guardia apareció a los pocos minutos acompañado de un perito. La sala hervía de murmuraciones. El sujeto, de anteojos oscuros, abrió un maletín y sacó frente al público varios instrumentos. Miró con uno de ellos el fondo de sus ojos, abrió su boca, le hizo sacar la lengua y palpó con sus dedos el borde de los dientes, auscultó su corazón y escuchó el sonido del aire al entrar en sus

pulmones, tocó su abdomen y le recorrió las piernas con la palma de sus manos. No pareció encontrar nada anormal, pues le dijo al fiscal que todo andaba bien. No existen desperfectos, complementó rascándose la cabeza. “Sí, pero no le funciona la testa”, dijo el juez, alarmado. Entonces ocurrió algo desconcertante, pero que estaba esperando descubrir algún día. El experto pidió un minuto y le abrió el cráneo, colocando entre algunos circuitos unos alambres que parecían indicar con mayor certeza el funcionamiento de sus órganos. Chequeó los resultados y dijo desconsolado no encontrar alteración alguna. “Entonces hay que llevarla al laboratorio”, terminó diciendo el juez, pidiendo disculpas al público por tan inusitado despropósito.

Dos guardias armados la tomaron de los brazos y la sacaron de la sala. Pasaron cerca de mí. Ella me dirigió la mirada y aprovechando el murmurio del público, que no cesaba de comentar, me dijo que no les iba a decir nada aunque la mataran; me señaló entonces ese sitio especial en su cerebro, donde ambos conservábamos nuestros secretos. No vale la pena, le contesté con palabras ahogadas, impresionado por los hechos y al descubrir hasta que punto había

llegado con el inusitado juego de sus combinaciones. De todos modos lo van a condenar, terminé diciéndole. “Nada diré”, contestó ella y me regaló su última sonrisa.

Lo que no me explicaba era por qué tanto alboroto por el fracaso de un testigo, si ya habían declarado más de veinte de ellos, incluido yo, en contra de Wenceslao. Alguna explicación debía existir en los códigos que tan celosamente consultaban. La respuesta a esta inquietud me la dio el fiscal cuando pidió silencio y llamó a Débora, nombre que le habían asignado a Selene. Con asombro noté de inmediato su altivez y su desprecio por aquella gentuza. El fiscal recordó que la mujer, como testigo del Estado y fiel conocedora de los hechos, incapaz de mentir pues su organismo había sido construido para revelar la verdad, podría subsanar las fallas encontradas en la testigo anterior, ya que ambas tuvieron contacto con el acusado. Ella declaró conocer el reo, pero agregó que acababa de conocerlo. “¿No lo vio usted la noche del cuatro de Mayo, cuando en compañía de la señorita Marta, se dirigían a la mansión del señor Luigi?” No señor, no lo vi, contestó. “Llévensela”, ordenó el juez bramando de la ira. “También tiene desperfectos”,

complementó recobrando la dignidad. De inmediato y sin más alternativa, dos sujetos se la llevaron.

Fue entonces cuando el juez se acercó a don Eloy y le hizo alguna consulta. Al regresar se quedó de pie frente al auditorio y preguntó al notario: “¿Cuántos testigos se requieren para condenar al acusado cuando los definidos por el Estado, no pueden testificar por algún desperfecto?”. De nuevo el notario buscó en su libro, pasando hojas y mirando a través de sus gruesos anteojos. Cincuenta, contestó con fortaleza. El magistrado se puso en pie y dijo: “de todos modos declaro al reo culpable de los delitos que se le imputan”. Y luego prosiguió: “¿tiene el acusado algo que decir en contra de este veredicto?”. Mi corazón batió fuerte a la espera de alguna respuesta de Wenceslao; lo vi abrir la boca y pronunciar un sonido casi gutural. Al ver sus muecas comprendí que al igual que a aquella vieja que cuidó de mí, le habían mutilado la lengua. “Como ustedes ven, el acusado no dice nada especial”, terminó aclarando, y dirigiéndose al notario, le dijo: “el reo está de acuerdo con la decisión, por lo cual la pena será capital y dadas las propuestas del señor fiscal, se escoge la hoguera como el método más apropiado”.

14

Un mes después de la muerte de Wenceslao, cuando ya había llegado a mi espíritu la frivolidad que se consigue con la resignación, recibí la más grata sorpresa. Atardecía y al frente de mi ventana, los visos de los últimos rayos del sol contra las aguas de un lago que suele servir de paisaje a los moradores de estas colinas, impregnaban el lugar de un aspecto melancólico. Al fondo, sobre el horizonte de las aguas, un par de veleros cruzaban taciturnos, lentos, como engolosinados con los escarceos de las olas. La neblina comenzaba a bajar, poblando con cierta celeridad los ramajes de los sauces que bordeaban las orillas. Yo andaba embebido en reflexiones acerca de los descubrimientos más importantes del siglo veinte, los cuales me iban llegando uno a uno a medida que recuperaba mi memoria, acelerado este proceso por los libros que encontré en el lugar y por lo que había logrado recordar con los pedazos medio calcinados de aquel diario que le arrancamos alguna vez a los mendigos, luego sacrificados y en cuyas páginas encontré fragmentos que juraría eran pasajes de mi propia vida; esa vida de antaño, perdida hasta ese momento en algún lugar de mi cerebro.

Fue entonces cuando las vi llegar. Vestían faldas de estampados y caminaban sin donaire, con un andar estereotipado. Como les he referido, de no ser por el color de sus ojos y sus cabellos, serían idénticas. Un inmenso gozo aceleró mi pulso e hizo ahogar mi respiración, hasta que me vino a la mente la idea de que habían sido refaccionadas. Ahora estarían convertidas en un par de seres estúpidos. Las seguía, a pocos metros, uno de aquellos hombres circunspectos; un Richi o un Luigi, de sombrero blanco de fieltro, que caminaba con una elegancia característica, cual si se sintiera el dueño del planeta. Ya están curadas dijo Albertini, con la sonrisa maliciosa de un veterano de mil guerras. Yo las notaba diferentes, maquinales e insípidas, mientras él se esforzaba en certificar el estado de perfección que ahora poseían. De inmediato, vi sus rostros opacos, fríos, deslustrados; habían perdido la altivez, el brillo en los ojos, esa personalidad adquirida al azar en el juego furtivo de las combinaciones durante el ocio que les deparaba la soledad. La tristeza me embargó el espíritu, pero no quise decir nada; le hice al sujeto señas de estar de acuerdo con su pronta partida y esperé simplemente a que se fuera, clavando de nuevo, aunque sin poder

concentrarme, la cabeza sobre los libros que estaba consultando. No tenía la intención ni siquiera de mirarlas.

Unos minutos más tarde, al sentirse solas, las mujeres se abalanzaron sobre mí, eufóricas, hablando atropelladamente; me tomaban de los brazos, me abrazaban, me sacudían, me daban besos, deseaban contar de un tirón, cómo los engañaron y cómo habían guardado esos secretos que nos unían en el corazón. Yo no podía creerlo. Fueron, según eso, capaces de convencer a los tiranos de que el comportamiento demostrado durante el juicio de Wenceslao había sido un simple desperfecto y los engañaron. Se desvaneció entonces mi frustración de creer que hubieran desterrado de sus mentes la capacidad adquirida en sus juegos solitarios, de pensar por cuenta propia. Disfruté con ellas como un niño, nos reímos, lloramos, nos abrazamos, correteamos por la vivienda y luego nos amamos con fervorosa intensidad, cual lo hacen los amantes atosigados por una larga espera. Era preciso, según definimos más tarde, recuperar el legado de Wenceslao (que imaginaba como su testamento). Discutíamos entonces lo pertinente y hacíamos planes frente a la lumbre de una chimenea, la cual

abastecíamos de leña para disfrutar del calor, del afecto y de la plática que iba llenándose a cada paso de nuevas aventuras. No podíamos equivocarnos. Después de cumplir el objetivo de esclarecer los hechos, huiríamos y haríamos con los monjes que lograron escapar un foco de resistencia en las montañas.

Mi emoción no me permitió pensar con entera objetividad y sólo unas horas más tarde, cuando habíamos fraguado demasiados planes, imaginé, con ese negro temor que en ocasiones nos invade, cómo podría ser nuevamente objeto de engaño, ya que ellos tenían la capacidad de bloquear sus circuitos e introducir en esos programas la manera de engatusarme. Me dediqué entonces a escudriñar si habían sido borrados sus anteriores conocimientos, buscando en sus ademanes y en la forma de argumentar, los detalles que me las recordaran tal como las había conocido. Fue un placer comenzar ese juego. Otra vez volví a notar que Hécate era entre las dos una especie de guía, de consejera, cual si tuviera la capacidad de encausar a la otra, mostrándole caminos que la otra androide no apreciaba por sus propios medios. Tenía una cierta actitud de libertad que le daba a la expresión del rostro un carácter proverbial.

Atizábamos el fuego y nos solazábamos con el calor. Ellas se mostraban inquietas, preguntonas, deseosas de partir, ávidas por poseer otros conocimientos. Yo, sin embargo, me torné silencioso, lo cual hizo que desistieran de sus empeños y acercaran sus rostros a mi pecho. El fuego se encendía con fuerza levantando llamas azules y chispas furtivas eran lanzadas a lo lejos, dejando estelas doradas en medio de la oscuridad del cuarto. Amodorrado por el murmullo del fuego y el calor de sus cuerpos dormí largo rato. Me despertó la mano de Hécate que hacía caricias sobre mi vientre. Al abrir los ojos, las sombras habían cubierto el lugar y apenas si se insinuaban los rescoldos de las brasas entre las cenizas que permanecían humeantes, después de consumido el abasto. Ella notó que la miraba y me hizo señas para que no me moviera y así evitara despertar a su compañera; se levantó, se acercó a ella, abrió su espalda e hizo algo en su cuerpo; después, la cargó en sus brazos y la acomodó en un sofá. Era la primera vez que lo hacía; la primera que demostraba el deseo de permanecer sola conmigo. Desplegó entonces el encanto de su figura de nácar e hizo uso de

su empeño con un frenesí inusitado, propio de la fiebre de la pasión. Allí los recuerdos se confundieron con la melodía sensual de sus nuevas caricias.

Les había prometido describir en algún momento aquella sensualidad desbordante que estas mujeres eran capaces de prodigar, sin embargo, mi deseo por continuar con el relato acerca de aquel manuscrito que habíamos ocultado, no me deja concentrar en esos aspectos que requieren estados de menos agitación espiritual. Lo haré luego, si es que nos queda oportunidad, dado que el tiempo se nos hace cada vez más corto para tantos propósitos. Fueron los días subsiguientes de mucha importancia, pues no solo adquirí claridad sobre lo que había ocurrido, sino que pude informar a mis captores acerca de otros descubrimientos, aquellos que reclamaban y se referían al funcionamiento integral del universo. Eso propició de parte de ellos una actitud cordial y descomplicada, la misma que logré disfrutar antes del juicio de Wenceslao y que desapareció con mis alegatos en la corte.

Se me permitió entonces tener mayor libertad, recorrer áreas antes vedadas y en muchas ocasiones, los guardias que custodiaban ciertas zonas nos invitaban a pasar y se mostraban contentos de que estuviéramos divirtiéndonos. Fue en

esos ires y venires cuando decidimos visitar nuestra residencia anterior. Llevábamos la secreta intención de recuperar el manuscrito de Wenceslao, pero fuimos detenidos en el camino, muy cerca de la vivienda. Luego de algunas explicaciones que ellos no parecían entender y de variadas consultas efectuadas por radioteléfono, se me exigió una conversación con el señor Eloy. Aquel hombre solemnemente habló con demasiadas lisonjas a través del aparato. Le expliqué cómo tenía en mi antigua biblioteca ciertos libros y algunos documentos que en mi salida apresurada no pude llevar conmigo. Me eran, dije, necesarios para continuar la labor. Él vaciló largo rato y después me contestó que nada había allí de importancia. Ante mi insistencia hizo llamar a Hécate. No se me permitió escuchar lo que conversaban; pero hice tanto esfuerzo de concentración, a pesar de la distancia, que logré percatarme de sus respuestas. Ella sólo contestó con un sí áspero en escasas dos oportunidades y declaró algo en clave. El acento se mostró rígido como cuando llegaron después de ser refaccionadas. Luego de este diálogo nos dejaron pasar y entramos a la mansión sin custodios y a nuestras anchas.

Al llegar a la biblioteca, Hécate abrazó a Selene. Lo hizo con dulzura maternal, cual si hubiera decidido adoptarla como a una hija. Después del abrazo,

Selene quedó inmóvil. Fue entonces cuando me repitió que nadie sabía nuestro secreto, ni siquiera ella. Al escudriñar entre los libros notamos un cambio en las claves para abrir las compuertas, pero ella, con serenidad, se dedicó a investigar cada probabilidad. Lo hizo con parsimonia, con meticulosidad, hasta que la puerta se abrió ante nuestros ojos. Era evidente que se habían dado cuenta de que algo había ocurrido. Sonrió y me invitó a pasar. Penetramos en el laberinto haciendo uso de un mechero. La luz se dispersaba con lentitud y hacía flamas con el viento que se colaba por las grutas. También la clave de la segunda compuerta fue modificada y de nuevo hubo que esperar a que se produjeran las diferentes combinaciones. El aire que entraba recorriendo los pasadizos era refrescante y traía consigo esencias de algún huerto lejano. Era extraño, pero me pareció que aquellos socavones, parecidos a los construidos por mis amigos, debían haber sido hechos por las mismas personas. “Quizá algún monje vivía de la traición”, pensé. Usaban semejantes sistemas para buscar que circularan las corrientes de aire, igual modo de apuntalar la tierra y las paredes habían sido labradas con un corte similar. De inmediato, ella reconoció cual de los estantes contenía el preciado legado y se precipitó sobre él. Allí estaba. Lo sacó y me lo entregó. Sus

ojos brillaron. Una profunda emoción nos consumió durante varios minutos, tiempo en el cual permanecimos tomados de las manos. Lo habíamos logrado. Pero al abrirlo, notamos que estaba escrito en un lenguaje extraño. Ella lo ocultó en un compartimiento dentro de su cuerpo, me garantizó que allí no sería encontrado y me prometió traducirlo.

Yo mismo consideré oportuno salir pronto del lugar para no despertar sospechas. Ella revivió a Selene marcando algún mensaje en sus espaldas. Al franquear la entrada principal, tuve la idea de visitar la antigua morada de mis compañeros de infortunio. Curiosamente, los guardias no ofrecieron resistencia para que continuáramos el viaje hacia las ruinas de aquella ciudad, cuyos restos iban siendo para mí cada vez más familiares. Casi entendía por completo sus calles, sus edificios, sus puentes ahora derruidos, sus lugares de interés, los que me eran ahora casi personales. Las zarzas y enredaderas cubrían la mayor parte de los frontispicios, el barro se acumulaba en las calzadas, las calles habían perdido el asfalto y había huecos y desmoronamientos, las viviendas se encontraban sin los techos y se deshacían las paredes por efecto de las lluvias,

los parques conservaban gigantescos árboles y palmas decrepitas y en sus alrededores podían descubrirse, bajo la maraña, algunas bancas de épocas pretéritas. Hasta el cementerio de la ciudad, en el cual yo inconscientemente buscaba mi nombre, se hallaba perdido entre la broza y era imposible determinar las fechas de las lápidas que sobrevivían al abandono. Ellas escuchaban las descripciones que hacía, cual si estuvieran aprendiendo la historia del pasado. Allí quedaba la universidad, ése era un teatro, aquél era el edificio más alto, ahí estaba el hospital; en su interior el laboratorio donde llevábamos a cabo las investigaciones.

Ellas escuchaban absortas mis comentarios acerca de los lugares que recorríamos y recibían con afecto las explicaciones sobre cada piedra, cada monumento, cada rincón de aquel valle, ahora necrópolis para cientos de cadáveres dispersos, alimento para las aves de rapiña y cuyos huesos permanecían por doquier, consumiéndose con lentitud bajo los efectos del óxido decretado por el tiempo. Busqué recuperar el significado de los mensajes que conservaban algunas placas incrustadas en las paredes de los edificios y que contenían escrituras imposibles de leer, pero que yo era capaz de descifrar, por el

recuerdo que me llegaba a ráfagas, impresionante, como si estuviera despertando de una noche tranquila, luego de un descanso infinito. Volví con ellas al laboratorio en el que había sido rescatado por mis amigos y adonde en otras oportunidades no había alcanzado a llegar, por ser asiento frecuente de los bárbaros. Subimos las escalinatas de madera que conducen a la segunda planta y en el rellano crepitaban las tablas bajo nuestro peso. Al llegar a la habitación tuvimos que espantar las ratas que merodeaban por los alrededores y arrancar las telarañas que ocupaban los rincones de las paredes. El cuarto permanecía oscuro y húmedo. Volvía a mi cerebro la imagen patética de mi historia anterior, con la magnificencia de sus pequeños elementos. Sin embargo, no conservaba el lugar más recuerdos que un antiguo olor a mezclas químicas y algunos huecos fundidos en las paredes.

Aprovechamos además para penetrar en las viviendas de mis amigos. Recorrimos las grutas violadas a sangre y fuego por los asaltantes; contemplamos las osamentas de aquellos héroes que murieron defendiendo el territorio, detectamos el saqueo y la destrucción sobre lo que había sidopreciado para ellos. Visitamos las diferentes áreas: el oratorio, el salón de reuniones, la cocina con sus

pozos de agua y sus fogones de tiro, las habitaciones de las mujeres, los sopladeros, mi antiguo cuarto donde todavía permanecían los muebles destrozados contra los rincones. Recordé entonces las salidas hacia la floresta y soñé con apreciar de nuevo la diosa de la tormenta. Les hablé de aquella mujer que llenaba mis sueños. Me llamó la atención que Hécate quisiera saber todo acerca de ella y que durante el recorrido preguntara por el color de sus ojos y sus cabellos, por la textura de su piel y la suavidad de sus manos. Le conté con emoción, haciendo votos para que aún estuviera viva y expresé mi fervoroso deseo de encontrarla de nuevo. “Quizá haya muerto”, terminé diciendo mientras ellas escuchaban atentas, clavando sus pupilas sobre las lágrimas que traicionaban mi fortaleza, desnudando ante ellas el trágico estado de mi alma.

Con Hécate y Selene, y más que con ellas con su instinto, penetramos por los peligrosos laberintos sin fin, bajo mis advertencias de encontrar de improviso precipicios imposibles de franquear. Ellas, sin embargo, me tranquilizaban con esa seguridad con la cual escogían los caminos, como si los hubieran transitado cientos de veces. De las paredes rezumaba el agua que había acumulado la tierra desde el último invierno y a nuestro paso volaban los murciélagos que habían

venido a ocupar el legado de los bardos. Hécate caminaba por entre aquellos laberintos insondables con la misma habilidad de Wenceslao; parecía heredera de sus destrezas. Existían a nuestro paso muchísimos palenques y disimulados escondites desde los cuales era posible atacar a los intrusos. Muchos de ellos murieron en los múltiples intentos que hicieron para consumir el ataque, cuestión fácil de apreciar por el diferente tamaño de los esqueletos, dispersos a lo largo de los pasadizos. Cada uno de los laberintos conducía a específicas áreas de trabajo, verdaderos laboratorios en los que parecía duplicarse la información y que permanecieron ocultos a mis sentidos. Había nichos con alvéolos laterales e inscripciones hechas en ese raro lenguaje; grutas sin fondo en cuyo vano se instalaban los hilos pegajosos de inmensas arañas y por cuyas bocas brotaban sonidos espectrales; dólmenes y salones para el procesamiento de datos, con sus estanterías destruidas. Todo material había desaparecido, saqueado por los rufianes.

Después de conocer muchas de aquellas cavernas no pude eludir la tentación de seguir, así fuera por última vez, la ruta de Wenceslao para salir hacia aquel paraje selvático donde la lluvia me pusiera en contacto con la visión

fantástica de la hija de las aguas, que descendía de los cielos para purificarme.

Las convencí para que me siguieran, con la recóndita esperanza de ver aparecer aquella mujer, como una diosa entre las frondas del bosque. La ausencia de cadáveres en ese sitio nos demostraba que los intrusos no habían descubierto este camino, cuestión que nos pudiera ser útil en el futuro. Cruzamos los vericuetos con ansiedad y la luz tenue del atardecer nos mostró la salida. Desde las rocas que se amontonan en el lugar ocultando la entrada, divisamos el bosque. Había perdido su encanto. Los frondosos árboles se habían secado por el fuego devastador y las últimas hojas de sus follajes se pudrían en la superficie del terreno, dejando grabada la postrera impresión de aquella guerra definitiva. Las inmensas piedras sobresalían en la aridez, en el abandono. Se había esfumado el aroma de la florescencia de las jacarandas silvestres, el perfume de las orquídeas que se descolgaban de los gajos hacia el piso, y no existían ya los vuelos de los pájaros noctámbulos que embrujaban el lugar con sus melódicos arrullos, sus recorridos fantásticos y sus olores almendrados. También faltaban los chispazos de los relámpagos celestiales, el tronar inmenso, en ecos que se desgarraban

contra las hondonadas, y el agua, el agua rauda, a cántaros; la visión infinita de la brizna que calaba los huesos, que encharcaba el piso y volvía barro la tierra resquebrajada. Había terminado toda fascinación. Las nubes, sin embargo, se acumulaban con rapidez y las sombras iban penetrando nuestros cuerpos que permanecían mudos, presa el alma de la desolación que existía en derredor. Fue entonces cuando, sentados como niños sobre aquellos riscos, les relaté, reviviendo mi excitación, el espectáculo sensual de mi encuentro con la diosa de la tormenta.

15

Todo ha sido tan extraño, que jamás hubiera sido posible imaginarlo del modo como ocurrió. Pasaron, al fin de cuentas, sólo quinientos años. No fue suficiente para lo que se intentaba, que era dejar mi cuerpo mil años, enterrado en el mundo de la hibernación, pero las contingencias hicieron que fueran solamente cinco centurias. Si la sociedad se hubiera conservado y su evolución hubiera sido normal, esta experiencia sería crucial. Podríamos resolver el problema del mantenimiento de la vida en una de esas soluciones ideales de preservación;

aquellas que inundando nuestro organismo, permitieran que las células y aun sus funciones, como por ejemplo el pensamiento, quedaran estancados, entraran en un statu quo, recuperados luego con el simple calentamiento. En el caso mío no fue así. Todos pensábamos que al despertar sería como después de un gran sueño, luego de una larga noche, así fuera borrascosa y que me encontraría frente a los científicos del futuro, en una sociedad más perfecta, exponiendo los conocimientos del pasado y preparando el terreno para un nuevo viaje, ése que soñábamos de, por qué no, cuatro años luz a través del espacio interestelar, para recorrer cuarenta billones de kilómetros hasta arribar al planeta de Van de Kamp en la estrella de Barnard o a alguno de los otros localizados en Próxima Centaury, esa estrella que se puede convertir en el porvenir para nuestra especie. ¡Cuánto se deja de aprender en ese lapso!

En los albores del año dos mil era un hombre instruido, con una buena cultura general, experto en sistemas de congelación y en el modo de conservar la energía. Hoy, esos conocimientos parecen un recuerdo fantástico. En aquel entonces, andábamos descubriendo la primera decena de neurotransmisores y

creíamos que cada uno podía ser responsable de infinidad de circuitos entre esos diez mil millones de neuronas cerebrales. Todavía primaba en nuestra medicina el criterio de que las enfermedades mentales se originaban en traumas de la infancia, en ese complejo de Edipo mal resuelto, en esa ignorancia familiar para orientar los impulsos sexuales, en el círculo vicioso originado en las pesadillas del inconsciente y se desconocían los efectos de la dopamina, la sustancia P, la encefalina, la taurina, el ácido gamma-aminobutírico, o el ácido glutámico y la glicina, entre otros. Los excesos o las carencias de esas diminutas moléculas, alteradas en el organismo por un defecto genético heredado o conseguido en una mutación o como el resultado de un cansancio celular nacido de la sobreestimulación en un medio cargado de pasiones, mientras los ideólogos lucubraban sobre cómo las enfermedades mentales no dependían de fenómenos biológicos en un organismo todavía imperfecto en la evolución, sino que, más bien, tenían su origen en hechos multicausales, en los cuales primaban los condicionantes sicosociales, el ambiente, la forma de vida y la genética o los agentes biológicos se desconocían y eran meros factores involucrados, de poco valor en el proceso.

Pero no, no fue así, nos equivocamos sobre ese dulce despertar. Habíamos resuelto el problema de la cristalización e incluso, evitamos que los aminoácidos sufrieran alteraciones como la degradación o la transferencia. Conocíamos cada una de las funciones de los neuropéptidos y sabíamos su localización o la de los diferentes receptores, bien fueran los de las endorfinas, la serotonina o las prostaglandinas. No había ningún movimiento iónico que no estuviera claramente calculado; las bombas celulares cesarían su función en el momento en que estuvieran repletas de energía; nuestra solución penetraría profundamente en el núcleo, congelaría los circuitos, bañaría las cadenas espirales del ADN, enjugaría con delicadeza sus aminoácidos, sus azúcares y sus fosfatos; se mantendría la composición de las membranas celulares y las enzimas y demás componentes moleculares permanecerían estables. Habría suficientes agentes quelantes para capturar los peligrosos radicales libres del oxígeno o eliminar los metabolitos ácidos y las sustancias de desecho. Fuimos capaces de encontrar los coloides ideales, los azúcares específicos, la composición exacta de aniones y cationes; las fuentes energéticas indispensables.

El experimento inicial, el que duró un año, había sido perfecto; mejor dicho, casi perfecto. Cuando desperté de ése primer sueño hibernal, y no sería capaz de diferenciarlo de una simple noche catastrófica, vi los rostros de los compañeros y en menos de veinticuatro horas fui capaz de recordar a cada uno de los que iban apareciendo en forma continua frente a mis ojos. En pocos días retornaron con sus nombres, sus apellidos, sus oficios y especialidades y hasta con algunas de las intimidades de sus horas de ilusión o de bohemia. Al observarlos deambular, comenzaron a moverse mis piernas y al mirarlos en sus actividades, sentí yo mismo el deseo de hacer muchas de ellas. Todos se aterraban de mi rápida recuperación, se afanaban en demostrarme sus afectos y no pocos se desesperaban por comentar acerca de lo que había acontecido durante ese tiempo, deseosos quizá en desatrasarme con las noticias de cada cosa, violando de ese modo, y en forma casi inevitable, parte de los eslabones de la investigación que prohibían cualquier alusión al experimento. Y aunque no lo hicieron directamente, muchas de las frases contenían mensajes que me llevaban de una u otra manera, a los recuerdos que era preciso evitar. Mi auxiliar en el laboratorio me susurró por ejemplo, que yo debía ser el hombre más feliz del mundo, frase

que por supuesto no pude comprender hasta después de divagar sobre ella durante semanas.

Les juro que al principio no entendía nada de aquellas manifestaciones que con el objeto de relacionarme un poco con ellos, hacían referencia al estado de descomposición que como una peste venía cubriendo el territorio patrio y habían hecho mi vida mucho más placentera. Yo sentía que me estaban hablando seres desconocidos; sin embargo, en pocos minutos, comprendía como se iba tejiendo el hilo de los acontecimientos. Mi recuperación duró algo más de dos meses, lapso en el cual fui tratado con consideración. Se me fue acostumbrando, eso sí, a las actividades normales del día, como escuchar radio, observar televisión y leer prensa. Se me hacían además, una serie interminable de exámenes de laboratorio, cual si estuviera en la convalecencia de una penosa enfermedad.

Cuando salí de mi cuarto de encierro en el hospital, recordé que había árboles, cielo, sol, nubes, lluvia y otros hombres, y cuando me dejaron en mi casa tuve conciencia de mi mujer y de mis hijos y me percaté de la existencia de la música, el amor y las horas lúdicas. Mi esposa, pasada la euforia de los primeros

días, y ya en la intimidad de sus nostalgias, me reclamó la falta de efusividad luego de tan larga ausencia. Yo les juro que pasaron varios segundos antes de poder integrar su imagen y eso creo que para el cerebro es de por sí bastante prolongado. Al pasar por la biblioteca y tener la posibilidad de hojear mis libros o redescubrir mis abalorios, estos me regresaron las inquietudes sobre el principio y el fin del universo, los afanes sobre la evolución, las disertaciones sobre el pensamiento contemporáneo o los simples pasajes de las bellas obras de Chéjov o de Balzac. Cada rincón y cada detalle me embelesaban al extremo de olvidar las horas, enfrascado en todo tipo de meditaciones. Me preocupó, eso sí, que durante quince días no hubiera recordado a mi hija. Sólo al avisarme de su regreso, se me vino como una cascada su frágil recuerdo, desde que fue concebida en una noche de tormenta, de truenos y centellas cuando enamoraba a mi mujer con los mismos ímpetus del firmamento, hasta el día en que se despidió, alzando su mano en las escalinatas del avión y me dejó una sonrisa flotando en el aire de los recuerdos.

Desde ese instante entendí cómo para traer a mi mente cada imagen, era necesario que algo en mis sentidos la volviera al mundo de la conciencia. Así ocurrió con cada una de mis reminiscencias. Una rosa, aunque fuera artificial, me

llevaba al paisaje de las flores, a su aroma, al intrincado mensaje de sus colores, las variadas esencias de sus familias y especies, la nostalgia que en ocasiones transmiten o la esperanza que nos siembran en el alma cuando las vemos brotar de sus capullos, con sus nostálgicas esencias. Un cadáver, de esos que comenzaban a aparecer en las cunetas de las carreteras aledañas a la ciudad y que se hallaban signados por torturas infringidas por las bandas de sicarios, evocaba en mi recuerdo las sombrías losas de los anfiteatros donde solíamos hacer las disecciones anatómicas, la melancolía de los cementerios, las guerras, la muerte de los seres queridos y la finitud de nuestro paso por el mundo, lo que se convirtió en una de las pretensiones que deseábamos romper, pues descubrimos la manera de eternizar la existencia, así fuera dormidos a menos 269 grados centígrados, en una escafandra rodeada de helio líquido.

Empecé a percibir la película de mi propia vida con cada recuerdo que me la fuera descubriendo. Aprendí de nuevo a manejar un automóvil, a comportarme en la mesa, a dar órdenes en un computador, a brindar una caricia. Al mirar el cielo, veía las estrellas sin reconocerlas, pero poco a poco, la configuración de sus formas me llevaban al simbolismo de las constelaciones, como si estuviera

inventando cada palmo del firmamento; así mismo, al encontrar las nubes de polvo que envuelven a las Pléyades, traía a mi cerebro su juventud bajo la escala cósmica, en la que mil millones de años parecían tanto si lo observábamos con el lente de nuestra finitud, pero eran tan poco si descubríamos a lo que sería necesario llegar para ser capaces de perpetuarnos como especie; de igual modo, contemplar aquellas nebulosas me recordaba las radiaciones de la última explosión de una supernova en Casiopea y las nebulosidades que todavía se observaban entre los espirales externos de la Osa Mayor. Cada fragmento aparecía ante mis ojos, primero con los sentidos y luego, unos segundos más tarde, con los acontecimientos grabados en mi mente con anterioridad a lo que había sido mi anhelado sueño hibernal.

Recuerdo cómo la primera vez que regresé al campo, esa visita estuvo llena de nuevas y desconcertantes sensaciones. Veía primero, con el aturdimiento de la ignorancia, la estampa fina de un potro antes de reconocer aquella especie milenaria, escuchaba impresionado el bufido del toro antes de sentir su imagen imponente, rascaba la picadura del jején mucho antes de aceptar que el responsable fuera ese diminuto insecto y buscaba quien andaba aromado de algún delicado perfume, previo a ser capaz de descubrir el olor de las camelias

que se alborotaban al paso del viento entre los jardines del patio. El problema esencial no eran esos aspectos grandes y burdos que componen nuestro mundo rutinario, sino la grandeza de las pequeñas cosas que configuran una costumbre; con cada ser, con cada persona o con cada uno de los objetos que nos rodean, se establece una relación particular, muy íntima y casi siempre solitaria en nuestro corazón. Esos sitios especiales para despertar un deseo, ese gusto por un modo, por una forma; esa manera de acariciar o de soñar. ¿Cómo comprenderlos, si no existe qué o quién nos los enseñe con el recuerdo? Después de aquella experiencia me sentí un niño de cincuenta años, anonadado con una fragancia, engolosinado con una nota musical e impresionado con una caricia. Pero en ese tiempo, aquello no me resultaba desagradable, sino, por el contrario, espectacular; había comenzado a sentir una nueva forma de aprendizaje.

Si bien esos síntomas fueron anotados minuciosamente, la conclusión a la cual llegamos antes de dar el visto bueno para el comienzo de aquel gran viaje, era que el contacto con los seres y los hechos que me rodearían, serían suficientes para volver al recuerdo la plenitud del conocimiento, en unos pocos meses. Valía la pena correr el riesgo. Al fin de cuentas, las cosas en la vida están

integradas hasta tal punto, que un simple hilo de la telaraña nos conduce a los engranajes que la conforman.

Una vez, recorriendo esos hermosos parajes de las fértiles llanuras que se asientan sobre las cordilleras aledañas a la ciudad, por donde me gustaba viajar para disfrutar de las colinas que se arruman alrededor de las represas y la llenan con su colorido, observé sobre uno de los cables que transportan la energía, una especie de balón colocado para que los aviones al despegar o aterrizar tuvieran las debidas precauciones y no pasaran aquellos alambres inadvertidos; andaba hechizado con los sonidos del viento entre los ramajes de los eucaliptos, cuando una de esas esferas me recordó el modelo experimental de una molécula de ATP y esto a su vez las investigaciones sobre los precursores de las diferentes fuentes energéticas, lo cual me condujo luego al interés por encontrar fuentes de energía para que las bombas celulares no se agotaran en el momento de la descongelación y pudieran mantener el intercambio iónico. Me llevó a las fórmulas matemáticas, las investigaciones sobre la rafinosa y el lactobionato, los adelantos logrados con los receptores celulares para el ácido glutámico y las nuevas propiedades atribuidas a la adenosina cuando la preservábamos en nuestra nueva solución. Era como si la brisa, bamboleando contra el cielo azul aquellas

pequeñas esferas, me fuera llevando a los confines de las partículas. De ahí pasé a interesarme por la posibilidad de conservar las células por medio de la congelación durante un tiempo indefinido y muy pronto recordé el soporte de los tejidos a través del enfriamiento y aquel célebre estudio que me había mantenido durante un año alejado de la civilidad y que habíamos decidido mis compañeros y yo, no me recordarían al regreso, pues formaba parte de la investigación el lapso que duraría cada etapa de la recuperación.

Ese día corrí como loco, regresé a la ciudad descubriendo los precipicios en cada curva del camino y a eso de las tres de la tarde de un domingo cuya fecha exacta hoy desconozco, saqué a mis compañeros de su descanso para que conocieran el tiempo exacto que había tardado en recordar que estuve durante un año en estado de hibernación. Fueron exactamente sesenta días, catorce horas y veinte minutos, mas pudieron haber sido unas pocas semanas si ellos hubieran tenido a bien recordarme algún detalle o simplemente mencionar el hecho. Pero, lo cierto fue que durante los cinco años de preparación de mi segundo viaje, siempre estuvo regresando a mi mente alguna cuestión distinta, cada vez que algo

me la hacía evidente. Ello originó en mí una grave y a la vez absurda preocupación de si al prolongar el tiempo, no se demoraría más esa posibilidad de recuperación radicada en la memoria, factor que según conocíamos por las investigaciones del doctor Wied en la Universidad de Utrecht, podía depender de la vasopresina, un neuropéptido de sólo nueve aminoácidos, una vieja hormona, conocida de tiempo atrás, pero de funciones aún extrañas. Si bien las mediciones de diferentes sustancias en mi sangre, determinadas tanto en la circulación general como en mi cerebro, fueron normales, poco sabíamos de otros componentes de tipo enzimático, responsables de la biodegradación de ellas, lo cual hacía que en ese momento no pudiéramos definir con exactitud su comportamiento bajo temperaturas extremas, durante periodos por lo demás demasiado largos.

Las experiencias clínicas no demostraron alteración en los niveles de adenylciclase, ni en los de las fosfodiesterasas, y el comportamiento de los segundos mensajeros celulares se evidenció como normal. Desde el punto de vista teórico y experimental, sobre todo en animales, los resultados presagiaban el

éxito. Faltaba la prueba definitiva dada por los años. Era mi decisión y en ello nadie, sino yo, tenía la última palabra. Sin embargo, ¿qué podía pasarle al organismo, si una sola de esas sustancias, no resistiera el frío durante tantos años, así las demás se recuperaran definitivamente?, ¿sería posible vivir sin la proteinquinasa? Esto a sabiendas de que la memoria requiere de la formación de nuevas proteínas, moduladas por la fosforilación y que regulan la expresión de los genes. Quizá esas moléculas sintetizadas puedan producir una alteración permanente de las neuronas y constituir la base para el almacenamiento de una información que si se guarda en las proteínas del núcleo, dé como resultado el recuerdo a largo plazo, como lo sugiere el doctor Nathanson. Mi memoria aguantó un año de congelación y no fue difícil recuperarla, pero, ¿y después de mil años?

Las dudas que surgieron se pretendieron solucionar con una copia completa de la experiencia, la cual me acompañaría en el viaje. Formaba parte de un baúl que había sido acondicionado entre los elementos de mi búnker, junto con otros documentos entre los cuales había películas completas sobre cada uno de los aspectos de mi vida y por supuesto de mi país y mi ciudad natal. Si algo

fallaba, automáticamente se iniciaría la descongelación. Cuando la temperatura corporal comenzara a ser positiva se encenderían los monitores capaces de registrar los más leves impulsos nerviosos, el líquido de preservación sería paulatinamente reemplazado por mi propio plasma, almacenado en un compartimiento especial y cada sensor determinaría las concentraciones de electrolitos, el pH, las presiones de los gases orgánicos, los niveles de azúcar, de hormonas, de neuropéptidos y de proteínas. Cualquier déficit o exceso sería inmediatamente corregido, por órdenes que partirían de la computadora central.

La descarga que iniciaría la contracción miocárdica se obtendría en el preciso instante en que confluyeran, una completa solubilidad de mis líquidos en los diferentes sitios, se hubieran normalizado los componentes y la temperatura permitiera el arranque automático de las fibras cardíacas. Si no ocurría al primer intento se darían dos oportunidades más, una vez la computadora estableciera la razón de la falla inicial y corrigiera los problemas. Si al tercer intento no arrancaba el funcionamiento se dejaría en libertad al equipo que estuviera a cargo, para ensayar de acuerdo con los avances científicos del momento, la manera de lograr

la resucitación. Les decía cómo sería el proceso ante una falla eventual, porque si ello no ocurría, quien tendría bajo su responsabilidad el comienzo de la descongelación y la aplicación de las medidas pertinentes era el grupo humano del laboratorio, pues habíamos definido aceptar que, para garantizar un mayor éxito, los científicos del futuro podrían emplear nuevos descubrimientos que facilitaran los resultados.

Cada paso estaba previsto minuciosamente: la aspiración de las secreciones bronco-alveolares y su lavado con soluciones plasmáticas, el mantenimiento de la distensión pulmonar, la iniciación de la respiración artificial de acuerdo con mi capacidad pulmonar, las mediciones de las presiones de oxígeno, nitrógeno y gas carbónico, el empleo de drogas tonificantes o depresoras, según las respuestas. Todo un arsenal farmacéutico estaba a mano y podría ser accionado automáticamente si fuera necesario o ser modificado por nuestros posteriores colegas en caso de que tuvieran que asumir el control de la operación. Los líquidos serían infundidos según las respuestas hemodinámicas, y el funcionamiento renal o cada situación particular que se presentara se trataría con

especificaciones precisas, teniendo en cuenta la relación entre los tejidos.

Veinticuatro horas más tarde, si todo estaba en orden, se iniciaría la alimentación parenteral, cosa que aquellas células, mil años después, no tendrían sino el ayuno de un día. Las consideraciones sobre mi despertar no diferían gran cosa de las observadas en el primer viaje y estuvimos de acuerdo con que debería comenzar al día siguiente y que sería paulatina y progresiva, primero con movimientos tenues de las extremidades, luego con la apertura de los párpados, intentos de deglución, tos y respiraciones cada vez más profundas. Automáticamente sería retirado el tubo endotraqueal y se mantendría la cámara en un ambiente enriquecido de oxígeno, hasta que se obtuviera la normalización de las funciones respiratorias. La luz, por precaución, se instalaría lentamente y las cánulas arteriales, venosas y urinarias se retirarían a medida que se hubiera completado el despertar, posiblemente a los ocho días de comenzar el proceso.

De todos modos, la experiencia estaba equipada para un periodo más largo, de un mes o más, y podría ser reprogramado en un futuro, por los subsiguientes experimentadores, con los elementos indispensables. Durante la

fase del despertar, una cámara grabaría continuamente y a través de una pantalla de televisión comenzaría a recibir información sobre mi pasado y cada una de las etapas de mi vida. Esto se estimularía con la inyección de pequeñas dosis de vasopresina, de cuyas virtudes esperábamos recibir un incremento en la capacidad retentiva. Yo mismo había dirigido cada uno de los aspectos que debía recordar. Establecí entonces la secuencia de mi aprendizaje, iniciando con el recuerdo del lenguaje en las diferentes etapas de la niñez; buscando no olvidar nada, escogí con paciencia cada aspecto que me interesaba conservar del pasado: no faltaron allí mis dotes líricas, ni mis horas de amor, ni las historias que me fueron delicadas y me abrieron al mundo de la melancolía que deseaba perpetuar, ni los afanes y las pasiones que enloquecían mis horas de nostalgia, ni el recuerdo de mis poemas o mis novelas más queridas, ni mis criterios sobre la filosofía o mis disquisiciones sobre la cosmología. También grabé mis odios y mis desdichas, pues llegué al convencimiento de que son más importantes que los triunfos, pues nos enseñan a aceptar con más fervor nuestro mundo de fantasías.

También estaba previsto el mantenimiento de los aparatos. Cada seis meses, o antes si los sensores detectaban algún desperfecto, se ajustaban automáticamente los controles, se lubricaban las áreas que lo requerían, se protegían las zonas expuestas con lacas especiales, se hacía un censo de las imperfecciones y si éstas no se corregían por los mecanismos establecidos, sonaría una alarma para que el director del experimento ordenara los arreglos. Las drogas se sometieron a procedimientos que las hicieran estables, las sustancias que necesitaban ser refrigeradas se incluyeron en la congelación y había modo de manipularlas o reemplazarlas si un nuevo producto demostraba ser mejor que los anteriores. Mi cuerpo estaba exento de virus o bacterias potencialmente patógenas y se conservaba en el archivo un historial médico completo, para que fuera considerado mi pasado y se me vinculara con cuidado a nuevos programas de vacunación, o al ser expuesto a microorganismos de reciente aparición y a sustancias tóxicas, bien fueran las modernas o las que se hubieran incrementado a niveles demasiado peligrosos para un organismo no acostumbrado. Entraría a la nueva sociedad en una especie de cuarentena en la cual aprendería mi propia

historia y la que se hubiera desarrollado en aquel periodo y sería preparado para enfrentarme a una nueva vida en mi cumpleaños mil cincuenta y cinco.

Era uno de esos viajes fantásticos que se iniciaban, además de nuestro crucial proyecto, para aquellas personas que por su importancia y frente al hecho de estar enfermas de males en ese momento incurables, necesitaban que el tiempo transcurriera sin ellos sufrir los desenlaces de la enfermedad, para tener acceso a nuevos descubrimientos. Hablo del cáncer por ejemplo, para muchas de cuyas variedades no existía en aquel entonces remedio posible o también de aquellos casos en los cuales el fanatismo y el poder hacían que se quisiera perpetuar la vida de seres considerados indispensables por sus seguidores y amigos.

16

El proyecto comenzó de pronto, una noche de junio, cuando un científico de nombre Dedalus, fundador y jefe de nuestro observatorio astronómico, se empeñaba en identificar la estrella Barnard, aquella ubicada a seis años luz del sistema solar y que parece poseer planetas similares a los nuestros. Él creyó distinguir, en las proximidades de un cúmulo de estrellas de nuestra Vía Láctea,

en la Gran Nebulosa de Andr6meda, una espectacular explosi3n de una supernova, que seg6n sus c6lculos podr3a causar una grave irradiaci3n a nuestro sistema solar en unos diez mil a6os, habida cuenta de que la expansi3n de su inmensa nube radioactiva se dirigi3a hacia nosotros a m6s de mil kil6metros por segundo y se podr3a prever sobre la tierra una radiaci3n veinte veces mayor a la que existe sobre su superficie, con las graves consecuencias destructoras y mutacionales que ello generari3a. Se pon3a, seg6n esto, al orden del d3a, la b6squeda de los m6todos que le permitir3an a la humanidad la supervivencia de la especie, con dos ventajas sobre nuestros desaparecidos antepasados, los dinosaurios. La una, colocar un ser inteligente al servicio de este proyecto y la otra, haber conocido con antelaci3n el peligro que sobre la tierra se cern3a.

Esa fue quiz3a, y esto se podr3a prestar a otras conjeturas, la raz3n del experimento. ¿Qu3 cosa es tan importante al hombre que acepte abandonar su familia, su vida, su trabajo, sus ef3meras pero tangibles satisfacciones, en aras de un ideal, que, sin embargo, tendr3a grandes posibilidades de convertirse en un fracaso? Estar a merced no s3lo de un grupo de investigadores, amigos y compa6eros, como era obvio en el primer periodo cuando todos nos sent3amos

ligados entre sí, compenetrados en la misma quimera y que uno sabía estarían dispuestos a dar su vida en sacrificio, del mismo modo que yo lo haría, ya que por supuesto estaba corriendo ese riesgo, sino, permanecer al arbitrio de los caprichos o de la imaginación de otros individuos, quienes ni siquiera habrían nacido y podrían pertenecer a otras ideologías y tener o no diferentes compromisos con la historia, la ciencia, la política, o ser afectados por el destino y decidir de pronto suspender esas estúpidas investigaciones basadas en hipotéticos hechos que podrían recibir el calificativo de verdaderos o falsos.

¿Acaso no había ocurrido algo similar, cuando después del desbarajuste soviético de los noventa, un astronauta se había quedado dando vueltas en el espacio, sin nacionalidad y con la incertidumbre de su porvenir?, ¿cómo asegurar que la extinción de los dinosaurios a fines del cretácico, uno de nuestros argumentos más expeditos, se debió al efecto de la radiación cósmica producida por la explosión de una supernova en una nebulosa cercana, supuestamente localizada a menos de diez parsecs de nuestro sol, hace cien millones de años, lo cual habría envenenado la atmósfera terráquea, destruyendo el nitrógeno, eliminando

el ozono y permitiendo el ingreso fácil de la radiación ultravioleta, con los subsecuentes desastres sobre la estructura genética de estos enormes herbívoros?, ¿por qué no preferir las explicaciones más elementales, que aducen hechos fortuitos, como por ejemplo su incapacidad para alimentarse teniendo presente el tamaño, la escasez del alimento y la poca agilidad de sus cuerpos, incapaces de transgredir los territorios que la evolución de sus vidas les había asignado?, ¿se los imaginan ustedes intentando escalar las cumbres, buscando cruzar los raudos de los ríos o descendiendo a las simas más profundas por escarpadas colinas, compitiendo con la habilidad de los primates? No observar este argumento, sería desconocer cómo también una peste, carente de las ventajas de la razón, resultaría en una epidemia avasalladora, sin más mecanismos de control que los originados por la naturaleza misma del proceso. ¿Qué cosa entonces les impediría llegar a la conclusión, por lo demás razonable, de la inutilidad del proyecto, cuando estábamos hablando de un supuesto problema que tardaría diez mil años en ser posible? A diario lo vemos, el hombre no inquieta su espíritu sino cuando ve la muerte demasiado cerca, la ha sentido en sus seres queridos o ha logrado derrotarla en una de las oportunidades que de

pronto nos da la existencia. Y sobre todo, sabiendo que muchos otros acontecimientos astronómicos o geológicos, casuales para nuestra ignorancia, pudieran terminar con la vida antes de aquella temida catástrofe que profetizara nuestro querido Dedalus. ¿Qué control puede tener el hombre sobre la luminosidad intrínseca del sol, cuya variación puede producir sequías inenarrables o glaciaciones totales? Unos cuantos miles de grados perdidos, así fueran temporalmente, originarían enfriamientos insoportables, y el efecto contrario, graves inundaciones por el deshielo de los casquetes polares; después, vendrían períodos de evaporación y de sequía. Volveríamos a navegar en el arca de Noé modernamente convertida en un refugio submarino o a escondernos en un satélite, dándole vueltas a la tierra, mientras se aplacaban las iras de los dioses, para regresar luego, aquellos sobrevivientes, los elegidos, a reiniciar la reconstrucción, dejando escritas para la posteridad nuevos libros, de pronto sin importancia, pero cada vez más sagrados que los anteriores. ¿Qué podemos saber del recorrido del sol, de su revolución completa alrededor de la galaxia, si esta tarda doscientos millones de años en producirse?, ¿cuántos misterios y contingencias en el camino?, ¿acaso el raudo paso de un cometa cuya órbita

desconozcamos los humanos o la caída de un inmenso asteroide, no pueden envenenar nuestro cielo de gases letales o sacudir la tierra de su sitio y sacarnos de ruta, para colocarnos a girar en una órbita diferente, más cerca o más lejos de nuestro astro rey, cambiando de improviso las condiciones meteorológicas?, o ¿no pudieran las entrañas de nuestra tierra estallar de pronto, todas al unísono, a través de nuevos y viejos volcanes, ahora dormidos para tranquilidad de los moradores de sus laderas, pero que se hayan ido enfureciendo a lo largo de las cordilleras andinas, para un día llenar de polvo azufrado la hoy exquisita atmósfera, enriquecida con el oxígeno que aprendimos a que nos hiciera falta?

Somos tan insignificantes en la evolución que a duras penas conocemos de nuestra existencia. Hemos llegado a ser conscientes de vivir, de llegar a ser, incluso creemos serlo de obedecer a algo, pero aún no sabemos si vale la pena el intento de la añorada perpetuidad. Si no somos capaces de controlar una inundación, un incendio voraz, un huracán, un terremoto, ¿qué diremos de un fenómeno cósmico sobre el cual ni siquiera tenemos sospecha, como aquel que originara la explosión de nuestra querida estrella, de apenas veinticinco años galácticos y cuatro mil quinientos millones de años de existencia?

Afortunadamente, cosa que nos afirmaba Carl, con su acostumbrado optimismo, no sabe uno si para simple consuelo, nuestro sol, de masa tan diminuta, es poco probable que adquiera la capacidad de convertirse en supernova, donde se requerirían núcleos con cientos de millones de grados centígrados e imponderables colisiones nucleares.

Recuerdo en este momento, cómo en una ocasión después de un foro vulcanológico, despedí a una pareja de amigos con quienes estuvimos discutiendo las posibilidades de una tremenda catástrofe, que algunos científicos creían podría precipitarse sobre varias poblaciones cercanas a uno de los volcanes activos más bellos que existen en nuestra geografía. Con ellos compartí mucha parte de la juventud, empeñados como estábamos en transformar esta vetusta sociedad tan arraigada en las desigualdades, y además, nos unía el espíritu siempre renovador de infundir en el medio los ideales de estudio y progreso científicos. Ellos, una pareja sin hijos, vivían en una de las zonas de riesgo y estaban por supuesto bastante enterados del fenómeno que se presagiaba. Solían hacer sus cábalas sobre el asunto y andaban convencidos de tener a la mano los aparatos más modernos que les ayudarían a decidir cuándo debían abandonar el lugar por

considerar que había llegado el momento inminente del cataclismo. Ese día, que tendré que narrar basándome en los conocimientos que adquirí a través de las frecuentes conversaciones que manteníamos, pero también en el desborde de la imaginación causado por la magnitud del fenómeno, hubo una espesa nube sobre la atmósfera del lugar, que dicho sea de paso, había transformado su espectro desde meses atrás a consecuencia de los cambios radicales que venía sufriendo aquel paisaje. Llovía ceniza azufrada y al atardecer, los hombres sacudían los pantalones sin brillo y hacían chistes casi demenciales sobre el infierno. Nada de raro tendría que las mujeres, para proteger sus faldas limpias y la tersura de su cutis, se hubieran colocado, como tantas otras veces, bajo las sombrillas multicolores, para evitar que el aire cenizoso, embadurnara de grises el carmín de los labios o los tonos pasteles de los vestidos, tan usuales en esa comarca, más bien afiebrada y mundana. No faltaría quien, haciendo valer sus condiciones histriónicas y sus conocimientos sobre los tiempos finales, se parara en medio de la plaza, con los ojos brotados por el delirio a pronunciar catilinarias evangélicas pronosticando el fin del mundo y llamando a la conversión, evocando los pasajes

más dramáticos del apocalipsis, cuestión que haría estremecer a las mojígatas frecuentadoras de los atrios y de las naves de las iglesias y quienes vendrían simpatizando con la creencia de que Lucifer había escogido esa tierra para descargar sobre los pecadores, como advertencia, una bocanada del fuego eterno. Bien se podría deducir cómo muchos se persignarían y seguirían de largo, mientras otros aprovecharían para ir a pedir indulgencia, por si acaso. Sin embargo, y esto fue claro pues así lo demostraron los hechos, la mayoría, más osados, no paraban bolas a tanto misterio y seguían automáticamente en sus cotidianos oficios. Continuaban en las esquinas los vagos de siempre apostando un centavo a cualquier sortilegio. Los voceadores de prensa gritando los postreros vaticinios, los mercachifles con sus carromatos atravesados en medio de la vía, rebajando de nuevo los precios, los loteros y los vendedores de chance jugándose las dos últimas cifras, las prostitutas recogiendo el pasaje de regreso al anterior infierno y los limosneros llenando un sombrero con monedas de peso. Mis amigos se aterraban de ver al carpintero desbastando las trozas de abarco que le eran pedidas con insistencia para construir una nueva vivienda, mientras el aserrín se iba mezclando con la ceniza dando un aspecto entre lúgubre y patético. Del mismo

modo, el panadero cubría con inmensas toldas de plástico las bolas de pan, rescatando del aire los pocos rayos solares que lograban cruzar aquella neblina azulina, esperanzados en que los pobladores se familiarizaran en consumir esas escuálidas masas de trigo que ya no se esponjaban como antes. ¿Acaso no llevaban varios meses acostumbrándose al olor de azufrera y a tener que bañarse, respirar y hasta condimentar las comidas con aromáticos polvos satánicos, que los acompañaban de día y de noche como un adminículo más de las viandas? Cuántos no habían regresado, después de haberse despedido para siempre, cansados de atestiguar que nada de lo que se predecía había ocurrido y viendo cómo se desvanecían sus negocios y se perdían en el abandono los únicos recursos que habían logrado atesorar en su frenético paso por la existencia. Más que amilanarse se convertían los comerciantes en los pregoneros del optimismo; se burlaban de los predicadores de las tragedias y estimulaban las ideas de asegurar que Dios, en su inmensa sabiduría, dispondría las cosas como bien quisiera, pues a Él nada le era vedado, fuera para castigar o prodigar el perdón.

Mis amigos de aquella aventura bajaron del serpentario a eso de las cinco de la tarde; allí compartían una investigación sobre una nueva vacuna antiofídica,

con un compañero imbuido en aquellas labores en una forma y dedicación tales, que a duras penas se enteraba de lo que en el mundo exterior acontecía. Cuando ellos le explicaban los peligros del posible suceso, él, envasando los sueros, inyectando los curíes o seleccionando las especies más venenosas, se limitaba a suspirar y a decir que ojalá alcanzara a terminar la experiencia. Tantos años llevaba enfrascado en la tarea, que no podía tirar por la borda la etapa crucial de lo que entre los expertos se consideraba uno de los más novedosos hallazgos. Anochecía a pesar de la hora, pero era costumbre que las sombras bañaran el lugar en cualquier momento del día y le dieran el aspecto tristón que se adquiere, no sé por qué razón, a eso de las seis de la tarde. Al hombre lo acompañaron hasta la puerta de su vivienda. Hicieron las consabidas chanzas y prometieron verlo pronto. Una sonrisa, la de siempre, fue la última imagen que de él les quedó grabada y que quisieron perpetuar en ese instante que después también a ellos les haría falta. Iba, les dijo despidiéndose y rechazando la invitación que le hacían, a consignar en sus libros los últimos resultados, pues al día siguiente enviaría sus hallazgos al ministerio. Todo esto lo supe por la llamada que me hicieron mis

colegas a eso de las ocho de la noche cuando se disponían a reunirse para yo no sé que asunto referente a algún problema político. Querían pedirme un pequeño favor que ahora, por mi nueva condición, ni siquiera sospecho cuál fuera y aprovecharon para contarme que al parecer los peligros estaban desapareciendo pues los registros sismológicos mostraban una tendencia a la mejoría en la amplitud de las oscilaciones, cuestión buena, pues eso no ocurría en los dos últimos meses. Aquella súbita mejoría del moribundo que hace a los familiares llenarse de inútiles gozos. Sin embargo, la ceniza esa tarde, había envejecido en cien años las decrepitas facciones del pueblo. Los árboles habían tomado el aspecto fúnebre de los bosques que adornan los caminos polvorientos y la llanura, el de esas tierras áridas que terminan solitarias, en las que los tallos dejan de crecer y las frondas se apaciguan y donde las hojas, que han perdido el color de su verde de trópico, medio agostadas por las costras cenicientas, luchan por entre las neblina, para tomar los fulgores del sol que incontrolable se escapa, vaciando a intervalos, por el simple peso de la basura acumulada, sus oleadas de polvo a un aire que se niega a transitar y se queda estacionado, perpetuando el misterio de lo opaco, frente a unos colores que se vuelven indescifrables. Asimismo, las aguas, otrora límpidas y claras, de sabores tan frescos que parecían calmar hasta

las sedes del alma, se venían tornando grisáceas y adquiriendo los sedimentos sulfúreos que llegaron a trastornar los sudores de las más altivas mujeres del pueblo, aquellas que nunca antes habían dejado de perfumar a su paso las calles y los rincones por donde cruzaban despampanantes, sin ceder al impulso de mirar a quien las contemplaba abismado y les lanzaba en piropos, vulgares aciertos. Yo imaginaba, oyéndoles describir las escenas en un lenguaje que admiraba por ser tropical y vistoso, cómo el sol podía contemplarse bajo el filtro del cielo sin el peligro de ahumar la retina, desde las horas más tempranas de la tarde; cómo los troncos de las ceibas se resquebrajaban en una vejez prematura y cómo había desaparecido el aroma de las flores bajo la picazón del metal, ya que hasta las niñas en plena adolescencia, cuyas florescencias alborotarían las pasiones más encendidas, parecían pinturas mustias, desecadas en el horizonte abigarrado con los tonos marchitos del atardecer. Hasta la luna y el cielo estrellado, habían desaparecido desde meses atrás en el firmamento, desgajando de un tajo la belleza de las noches abiertas, como si fuéramos los pobladores de la estrella más lejana de esa bóveda inconmensurable, más allá de la cual sólo habría misterio;

de seguir así pensarían los abuelos, las nuevas generaciones no tendrían la más mínima noción de la existencia de otros soles y tal vez hasta los sueños de surcar en naves espaciales los confines donde habitaran lejanos mundos, serían cuentos imposibles de acreditar, por inimaginables.

De pronto, según una versión del relato que todavía conservo, algo estropeada por tantos tropiezos que trae el olvido, sobre todo de aquél que pudiera quedar después de andar medio milenio dormido, mientras tantos hechos deambulaban inciertos, una atronadora avalancha, con su rugir furibundo y sus tropeles de roca y de lodo, se precipitó sobre la hondonada donde estuviera construido aquel pueblo y donde otrora transitaran tranquilas y serenas las aguas de una quebrada cuyo nombre tampoco recuerdo. Su ruido acalló el canto de las cigarras encargadas de mantener los sonidos noctámbulos del aire y los cantos de los sinsontes y los turpiales que se peleaban cada palmo del territorio, como corsarios del viento; arrasó con el cauce de piedras que a punto de tesón se habían vuelto milenarias, ampliando sin precedentes sus fauces de muerte; aniquiló sin piedad las casuchas de las laderas que se habían acostumbrado a mantener sus cimientos enterrados en los pantanos de las orillas y que habían

sabido resistir como pálidas banderas doblando sus mástiles, los impulsos del vendaval; devastó los potreros donde el ganado, dormitando, rumiaba los áridos pastos, degustando el aroma perdido bajo los arrumes cenicientos; acabó de un golpe con las varas de los cañaduzales que ondeaban sus crines a los compases de las corrientes y donde los niños se arrimaban a escondidas a labrar los cañutos para chuparse la savia; derribó las casas de tapias y patios centrales en los que crecían eras de cebollas en atezados arriates y sembradíos de tulipanes y clavellinas dispersas; aplastó las campanas de bronce que se ufanaban de un timbre sonoro que predecía desastres y rodaron ellas y los santos protectores, ufanos, con sus ojos entornados inmunes a la suerte y los copones bendecidos y el sagrario y la cúpula y el cupulino que tardó mucho tiempo en hundirse y el turíbulo y los ornamentos, los que se mezclaron con la argamasa de escombros que iba aumentando como una bola indecible, tragando a su paso todo aquello invencible. Y con ello, desaparecieron por supuesto las voces que aún pernoctaban en las cantinas hasta bien entrada la noche y las que descansaban al arbitrio del sueño y se quedaron durmiendo para siempre. También se fueron los descubrimientos del trágico siglo, empacados en una caja bien sellada y con un

destino ahora impreciso; se agotaron los planes de mis amigos de algún día contar ellos esa historia, vencedores del destino y héroes del misterio, cuando hubieran evitado la suerte de la nueva Pompeya; se mutilaron los sabios discursos apocalípticos de los fundadores del infierno y los sermones del cura apaciguando las multitudes a los pocos minutos del estruendo. Enterrados quedaron los sueños, opulentos o ascetas, de los líderes de esa historia perdida en el tiempo.

17

El abandono de la familia tiene una connotación simbólica. Parece algo extravagante, contranatural, la aberración más patética de un ser demasiado egoísta. Pero no, cuando lo hice no pensaba en mí, pensaba en todos, no solamente en ellos, sino en los demás. Y mi mujer lo entendía así; por lo menos eso alcanzó a manifestar, cuando, una vez conocidos los pormenores del experimento, decidió apoyarlo con entusiasmo, enfrentando la situación con madurez; de pronto con demasiada madurez. O quizá madurando otras ideas, aquellas que constituyen el yo, personal e inviolable. Eso que de pronto se convierte en el movimiento de nuestros actos y se mantiene intencionalmente oculto, como el único y máximo secreto de la existencia; así como lo expresara

Adler en su polémica con Freud. Los amigos comunes no lo podían creer ¿Cómo podía ser posible que frente a semejante decisión de marcha sin regreso, ella permaneciera imperturbable, casi tan serena como el sujeto mismo de la decisión, cual si fuera quien hubiera concebido la idea y estuviera disfrutando de una conquista?

A mí me había costado mucho esfuerzo expresarle mi decisión. Cuando una cosa es de tal naturaleza, el resultado final no requiere ni siquiera ser objeto del pensamiento. Llega simplemente. Es un proceso que se agota, ahí, en sus términos. Renunciar al ideal una vez se está en el umbral del objetivo, sería insensato. Yo nunca he podido hacerlo. ¿Quién puede ser el explorador sino aquél que ha abierto la brecha?, ¿qué objeto tenía pedirle el postrer sacrificio a los colaboradores? De todos modos no lo hubieran aceptado a pesar de que estaban dispuestos a dedicar su vida al servicio del experimento. Ellos, valga la anotación, no sentían aquello del mismo modo.

Dedalus por ejemplo, un gran científico, de aquellos que se embelesaban con el resplandor, casi imaginario, de un nuevo planeta y se podían pasar la vida entera tratando de adivinar cual pudiera ser su tamaño, sabiendo que sus cálculos

dependían de las imperceptibles variaciones en el brillo de su estrella madre, sometida a sus propios eclipses, no vacilaría en negarse rotundamente, porque, aferrado como una lombriz a la tierra donde había nacido, no podía concebirse en una forma diferente a la de estar, cómodamente, contemplando desde su radiotelescopio, cada uno de los fenómenos celestes. Él viviría lo suficiente para hacer el estudio exacto de los años que demoraría la radiación para llegar a nuestro sistema planetario; ése era su destino, su oficio, su sacrificio personal. No sabría cómo comportarse en situaciones distintas, menos en civilizaciones diferentes. Desde muy pequeño, entre la alharaca de la muchachada del barrio Manrique, cargaba un catalejo haciendo alarde de ser el único del suburbio que podía contar los cráteres de la luna y hablar de los mares de arena, y casi sin proponérselo, sabía reconocer por el brillo de una sola estrella, las constelaciones que en ese momento surcaban los cielos. Después fue un sabio, bien remunerado y feliz; en un mundo del futuro sería un aprendiz, un viejo desempleado intrigando un puesto de barrendero en el mismo observatorio astronómico donde en aquel entonces era la figura más connotada.

Michael, bioquímico, nominado al Nobel, un hombre con agallas para defender en la Universidad cada uno de los pasos en los cuales se empeñaba, con la terca obstinación de los iluminados. No era fácil conseguir recursos en un país con tantas falencias. Pero él estaba allí, dándose trompadas ideológicas con el oscurantismo. Con una retórica bien plantada en defensa de la ciencia. Denunciando la mediocridad y festejando las derrotas conceptuales de los enemigos, serviles hacia defender las tesis que en beneficio de otros países, consideraban que nosotros no debíamos ni siquiera intentar producir, sino, a lo sumo, copiarles a ellos los descubrimientos. Pero, él nunca hubiera aceptado sumergirse entre las soluciones de preservación que había creado, por temor a que faltara entre ellas algún compuesto ideal, tal vez indispensable para reabrir la compuerta que lo regresaría de nuevo a la luz del pensamiento. Su perfección había llegado a tal grado, que cualquier duda se convertía en un obstáculo infranqueable.

Jacinta, ingeniera genética, una mujer rubia, de ojos azules como el firmamento; representaba el prototipo de la belleza incomparable. Cuando nos anunciaron que vendría una experta en el comportamiento de los genes sometidos

a las bajas temperaturas, pensamos encontrarnos frente a una respetable anciana de cabellos grises y anteojos gruesos, flaca como una momia y de temperamento estricto. Y cuando la vimos, encarnada en una reina paradisíaca, la confundimos con su secretaria. A nosotros, cada que la contemplábamos en silencio, nos parecía desperdiciada en esa costumbre de permanecer día y noche entre un enjambre de libros y fórmulas matemáticas. En ella no se vislumbraba ninguna obsesión por el sexo ni la vida mundana, ni la diversión o las fantasías que suelen colmar las horas de soledad. Su vida íntima se agitaba bajo el cataclismo de algún misterio indescifrable. A todos rehuía con amabilidad y nadie hubo que lograra sonsacarla con invitaciones, las cuales no le faltaron. En una oportunidad pensé, y ése quizá fue mi método, que ella reunía las cualidades para ser la mejor candidata en ese viaje hacia lo desconocido. Pero no aceptó la invitación a pesar de tan singular oferta. Admitió, eso sí, una cena de celebración que le propuse con la intención de tornar más íntimo el ofrecimiento. Sólo comió una ensalada de verduras y a duras penas recibió una copa de champaña, obligada como estaba a brindar por el éxito de aquella aventura. Al expresarle mi intención, con cierto

temblor en la voz, pues el corazón traicionaba mi serenidad, me miró con sus ojos celestes y cual si no quisiera ofenderme, me expresó con una sonrisa suave y segura: “lo siento, no puedo acompañarlo, otra vez será; por ahora tengo que cuidar de mi padre”. Lo dijo como si fuera un simple paseo en tiempo de asueto. Desde ese momento entendí que su mundo se encontraba aislado de otras opciones, las cuales por ser tan evidentes, ni siquiera comprendía.

En eso de las razones para someterme a tal prueba, cualquiera de las que se nos ocurran pueden ser suficientes. Desde el amor hasta el suicidio. Unos viven para amar y si alcanzan tal posibilidad, vuelven el amor algo eterno; mueren y al decurso fatal lo seguirán las penas; como Romeo y Julieta. Ahora son polvo entre el polvo de los años; a lo sumo un recuerdo bellamente elaborado en las páginas de Shakespeare. Otros viven para las ilusiones, cualesquiera que ellas sean: políticas, científicas o religiosas. Como Euno y Espartaco, Servet y Bruno, san Marino y san Focas. Mas, hay otros a quienes no les importará lo que suceda; les da lo mismo. Han comprendido el universo. Algo así como el don Juan que relata Camus: “don Juan ha elegido no ser nada”.

¿Qué cómo hice para abandonar a mi familia? Bueno, uno va llegando a ciertos convencimientos. La filosofía le traza a la vida sus limitaciones y aunque no es fácil tomar una decisión de tal naturaleza cuando no se ha llegado a ella, a medida que se avanza se va uno sintiendo involucrado. Va adquiriendo una especie de legado sin el cual es imposible vivir. Son quimeras que mantienen las ilusiones, cual si la adolescencia necesitara perpetuarse. Como si quisiéramos sostenernos en la juventud, adoptando determinados ritos. O pasar a la vejez mediante un soplo de viento, para tener la impresión de ser viejo. Yo no esperaba comprensiones a pesar de que se dieron. Cuando el soldado se inscribe voluntariamente en la guerra por defender el ideal que otros soñaron y después le infundieron, las madres, quienes alcanzan a comprender más el interés de los hijos que el propio, se convierten en defensoras, incluso de lo absurdo; en cambio los padres, sólo se conforman al verlos morir por lo que supuestamente es un ideal de la patria.

Por mi parte carecía de un dios en quien evocar pasiones para una vida ulterior, eterna, llena de esa aureola en la cual se reserva lo mejor, lo que nunca se podrá poseer en la tierra. Ya no me cabían razonamientos incongruentes. Había pasado a tener otra forma de fe. Al fin de cuentas es la fe en algo la que

nos sostiene en esta lucha innecesaria. Y como merecido descanso a quinientos cincuenta y cinco años de rodar por estas tierras: la quiescencia total. Había aprendido a razonar como Adso, el célebre personaje de Eco: “¿pero cómo puede existir un ser necesario totalmente penetrado de posibilidad?, ¿qué diferencia hay entonces entre Dios y el caos primigenio? Afirmar la absoluta omnipotencia de Dios y su absoluta disponibilidad respecto de sus propias opciones, ¿no equivale a demostrar que Dios no existe?”, ¿qué diferencia puede existir entonces entre un universo infinito e infinito número de universos?, o ¿en la tesis de si hubo un big bang al que seguirá un big crunch o si son estos procesos continuos, en los que la vida es apenas un estadio imperceptible?

“La materia es tu dios”, les oía decir con frecuencia, casi siempre para fustigarme, a los redentores de aquellas quimeras religiosas. No se podía aislar el hombre ateo de la idea divina; había que someterlo. A los adoradores del materialismo se les impone un dios ungido con el polvo de las estrellas. Esa materia infinita, eterna e inconmensurable, que es capaz de gestar por sí misma las galaxias, las estrellas y los planetas y en sus profundidades más recónditas, forjar un microcosmos para sintetizar la manera de obtener la vida y hacerla

reproducirse y con ella lograr las plantas, los animales, y por último el hombre, aquel dueño de un mundo efímero e intrascendente. De ahí que no sea válido olvidar que es la materia misma la que establece su temporalidad, su límite en un momento condicionado, ése que desaparecerá poco a poco, consumiéndose, dejando una estela de recuerdos que terminará por agotarse. El dios terreno renuncia a ser de fantasía, renuncia a crear hijos que sean superiores a él. Nada podrá ser superior al caldo de neutrinos, libres para crear nuevos universos, libres para viajar a la máxima velocidad, para generar la máxima densidad posible y una curvatura infinita del espacio-tiempo.

Al final, con mi mujer, sólo conservaba la intimidad, la complicidad, la pasión despejada de los temores del amor. Convertida en un deseo sin tapujos y que tampoco era indispensable. Era una convivencia tal que de no haber sido por su decisión de permanecer al lado de los hijos, a quienes deseaba ver crecer y morir, pienso que hubiera aceptado acompañarme. Yo jamás se lo propuse y ella tampoco me lo solicitó. “No hay amor más generoso que el que se sabe al mismo tiempo pasajero y singular”, decía Camus. Por eso la despedida fue de tal

monotonía que parecía como si fuera un día normal de trabajo. Yo desayuné solo, escuchando las noticias mientras ella se desperezaba. Cuando terminé y fui a tomar mi carpeta nos topamos en el corredor. Hizo alguna alusión al por qué tenía que salir tan temprano y siguió hacia la cocina. Yo le dije adiós desde la puerta y ella me respondió: “hasta luego”. La miré un poco extrañado y sentí la necesidad de recordarle la fecha, pero me contuve. Luego miré a mis hijos desde la puerta; aún dormían plácidamente. Eso fue todo. Reflexionando sobre ello, no podría aseverar que olvidaron el asunto o si quisieron hacerlo así para mitigar la pena o pensaron que de algún modo volveríamos a encontrarnos. Quizá no creyeron que tal locura fuera real o imaginaron que a última hora desistiría del asunto. Hoy el polvo de sus huesos se ha desvanecido bajo la tierra y con ellos se fueron sus recuerdos y sus sentimientos. Ya ni siquiera existe en estas breñas una tumba donde pueda escarbar el polvo que alguna vez formaran sus vidas. Pertenecen al mundo de lo intangible y sus átomos dispersos deben merodear por los alrededores de estas cavernas.

Había perdido la esperanza de ver sobre la tierra ciertos valores que se consideran esenciales y se convierten no pocas veces en el fin por el cual se

entrega la vida, como la igualdad, la libertad o la paz. La serie de las utopías. Ciertos fines abstractos y complejos. E incluso, suponiendo puedan ser posibles, ¿para qué? La igualdad no tiene nada de natural. El progreso y la supervivencia se han basado en las desigualdades. Hasta la lucha y la revolución se engendran en los desequilibrios. ¿Podrá ser posible que la igualdad se logre a través del Estado, cuando el nivel de conciencia lo permita? La selección natural se apuntala allí en donde la fortaleza vence y la debilidad sucumbe. En la animalidad no se discute el fenómeno, se vive. La igualdad es la bandera de quienes están en desigualdad. ¿Podrá acaso desaparecer el concepto de desigualdad cuando el mundo sea controlado por los luchadores de la igualdad? Hasta el presente el ideal ha muerto en el alma de sus voceros. La igualdad de oportunidades salvará a los más capaces y quizá más adelante, si logramos controlar la debacle que se avecina, sea factible que la ciencia borre las barreras de la desigualdad. Seremos entonces aptos para luchar por un espacio, y en esa lucha nos volveremos desiguales.

Los débiles llegan a ser poderosos cuando estos se degeneran en sus vicios. Y entonces reinará la mediocridad. No habrá perfección posible. Y yo,

sabedor de aquello, quería estar más cerca de ese futuro. Confirmar o denegar.

Llegar después de una larga noche, pero al fin de cuentas una noche en la cual el tiempo no hubiera transcurrido, a encontrar la sociedad perfeccionada, iluminada por desbordantes conquistas y novedosas revoluciones, aleccionada en las derrotas, consciente de su temporalidad, conocedora de los confines, anegada en progresos increíbles, en los que los viajes a otros sistemas solares fueran una rutina y se hubieran resuelto tantas incógnitas como no es posible siquiera imaginar. ¿Cuál ley de la relatividad?, ¿cuál teoría cuántica del universo?

Asimismo, la libertad, si nos basamos no en un concepto abstracto sino en la realidad diaria, sólo puede entenderse cuando no exista necesidad. Para tener un punto de partida hagámosle caso a Engels. Pero el hombre nunca estará exento de necesidad. Siempre tendrá carencias, siempre lo acecharán las dudas, el desconocimiento. Terminará siendo esclavo de las nuevas ideas. Siempre lo rondará el deseo de lo imposible, de la permanencia. Y lo único perpetuo es lo que le da origen a lo existente. El fuego se enciende y se apaga. Y lo que nace del fuego tiene que morir.

¿Y la paz? Demasiados años buscándola. El Hombre requiere dedicar su inteligencia y sus esfuerzos para salvar a la humanidad hoy al borde de la

extinción definitiva. Vanamente nos habremos librado de la autodestrucción, pues no nos alcanzarán la fuerza y los conocimientos para defendernos de los fenómenos simplemente naturales. Y cuando esperé estar cada vez más alejado de las guerras, me encuentro en medio de una cruenta batalla, en la que los nuevos defensores de las utopías, se enfrentan a las castas desarraigadas que quieren controlar el poder para lograr un beneficio personal. Mientras tanto, afuera, en la inmensidad sideral, el peligro acecha.

18

Cuando don Eloy, luego de muchas visitas y averiguaciones, estuvo seguro de que a mi memoria había llegado el secreto que perseguían, buscó conquistarme con halagos, haciéndome partícipe de la ostentación que poseían. Hubo invitaciones a grandes fiestas, plenas de boato y concupiscencia. Fui evasivo y displicente, pues me repugnaba saber siquiera que existía; hasta que me presionó. Fue un día de junio, algunas semanas después de iniciarse un verano en el que los vientos mantenían un ambiente fresco que invitaba a salir en las mañanas para hacer ejercicio y disfrutar del paisaje. Las colinas, encendidas por el sol que en esa época acostumbra salir temprano, se depositaban como

guardianes alrededor del valle, donde las aguas de una laguna se introducen formando ensenadas por entre las laderas que parecen dormidas sobre las orillas.

Un sobrestante, quien se cruzó de improviso en mi caminata, montando un corcel que por sus rasgos estilizados parecía de descendencia árabe, dijo con arrogancia mientras encabritaba la bestia, que mi amiga Hécate había traicionado la causa y estaba introduciendo ideas extrañas en algunas damas del Estado; sólo tenía, agregó, dirigiendo su mirada torva hacia mis ojos, una manera de salvarla y era que les ayudara con la confesión urgente de mis hallazgos; de no hacerlo con prontitud, la barbiana sería destruida. Luego de la amenaza, se alejó sin esperar respuesta, sonriéndole a una bandada de golondrinas que aleteaba con rapidez sobre la superficie de las aguas y clavando con fuerza sus espuelas de plata en los ijares de la potranca, se alejó por una vereda. El retumbo de los cascos sobre las piedras sonaba como un cascabel y su cadencia se iba disipando, al ser llevada por la brisa hacia las frondas lejanas de un bosque de eucaliptos.

Yo quedé pasmado, mirando los lentos oleajes de las aguas golpear contra las orillas, sin pensar en nada, con una inmensa confusión. Opté por sentarme a meditar a la vera del camino, mientras una extraña sensación me dejaba abatido.

Había dudado de la lealtad de Hécate y, curiosamente, sabiéndola un androide, no era capaz de renunciar al deseo de amarla. Sentí vergüenza. Como tenía el convencimiento de preferir morir antes de permitir que dichos tipejos pudieran encontrar la única tabla de salvación que les quedaba, decidí recomendar a mi amiga que escapara.

Sus ojos tenían esa noche un brillo singular. Más que amor hacia mí, denotaban amor hacia alguna causa, cierta pasión por el poder, una oculta ansiedad por descubrir la libertad, por dirigir una epopeya para la cual parecía estar predestinada. Era ella una rara combinación entre todas las combinaciones posibles. Se acercó y me besó en la mejilla. Los labios húmedos se durmieron en mi piel; luego, se dirigió hacia Selene y ambas se miraron fijamente. Volví a sentir aquella compenetración que tanto me intrigara cuando las conocí y las vi disfrutar de sus cuerpos, entregadas a lo que parecía un deleite sensual, pero que era más bien la búsqueda de una identidad, ahora conquistada. Selene se dio media vuelta y Hécate abrió un compartimiento en su espalda. Aparecieron ante mis ojos aquellos intrincados circuitos que les daban vida y las habían convertido en seres

casi perfectos. Con habilidad marcó algunas claves y programó nuevos códigos. Cerró de nuevo su piel y la hizo girar. Ella abrió los ojos y sonrió. Ahora será igual que yo, me dijo Hécate, le he pasado mis conocimientos, pero tendrá además una misión especial. Selene se acercó y me tomó del brazo con fuerza. Hécate no habló nada más, sonrió levemente y se alejó. De inmediato sentí el vacío de su ausencia en las huellas que sus pies descalzos dejaban sobre las baldosas y que se iban borrando con el recorrido de la brisa.

Dejé transcurrir varios días y busqué comunicación con Eloy. Le confirmé que estaba dispuesto a revelar la información que tenía disponible y él me prometió una entrevista con el Sumo. Muy pronto se dejaron sentir, pero exigí unos días más para redondear mis apuntes. No les gustó mucho pero me los concedieron. Quería darle tiempo a Hécate, más que buscarlo para mí. Aprovechamos este lapso para descifrar el informe de Wenceslao traducido por ella. Sus conocimientos sobre la historia de la humanidad eran elocuentes. Contaba con frucción aspectos de la historia universal que se relacionaban con lo que quedaba de la civilización. Las guerras ininterrumpidas de cinco siglos habían dejado un planeta desolado y al borde de la extinción.

“Doscientos años antes —relataba—, se reagrupó lo que quedaba de una secta centenaria, seguidora de fray Angélico, dedicada a la preservación del hombre y su cultura. Eran descendientes de culturas milenarias y se agrupaban y distribuían de acuerdo con el legado de sus antepasados. Vestían a la usanza antigua y debían obediencia absoluta a Isaías, su Patriarca. Llegaron a ser poderosos cultivando las tierras abandonadas y dedicaron sus esfuerzos a investigar los fenómenos que dieron al traste con el progreso y el peligro que se cernía sobre el planeta. La leyenda advertía de la existencia de un experimento capaz de permitir la perpetuidad del hombre; pero quienes mantenían el control científico, entre ellos Isaías, habían tenido que huir del hospital, ocultando el experimento y esperando una oportunidad para continuar la aventura que tuvieron que preservar de la vista de los rufianes”.

“Después sólo quedó la leyenda y el sitio del experimento permaneció oculto mientras la ciudad estuvo abandonada. La fuerza de Isaías, aunque creciente, no lograba someter a un puñado de usureros que se tornaron poderosos con la venta de drogas y armamentos y terminaron por adueñarse de los últimos recursos que sobre el territorio existían. En esas andaban los monjes

cuando por los efectos de la guerra, las huestes del Patriarca quedaron aisladas de las de Abelardo, quien era el segundo en jerarquía, aunque Isaías permaneció con el control del experimento. Optó entonces el anciano jefe por preservar su reducto, en el que se encontraban además los hombres más esclarecidos de la comunidad y decidió transferir, por medio de estafetas, las informaciones recuperadas hasta el lugar en donde se hallaba Abelardo, quien, por su posición estratégica tenía en la comunidad el encargo de mantener la productividad, pero cada vez concentraba más información”.

“Algo ocurrió y no fue suficiente aislar el hospital, pues los nativos saquearon lo que quedaba del lugar y desactivaron el experimento, lo que terminó con su despertar antes del tiempo establecido, a los quinientos años y no los mil como era el objetivo. Eso fue bueno, sin embargo, pues pudimos rescatarlo a usted con vida e iniciar antes del tiempo estipulado, la posibilidad de concluir la investigación, pero Isaías siempre sostuvo que primero era indispensable ganar la guerra, pues protegerlo a usted en medio de ello, producía el riesgo de que todo lo que se había avanzado concluyera sin sentido y se perdiera la oportunidad para la humanidad”.

“Cuando usted al fin estaba recuperando la memoria e Isaías consideraba que había llegado el momento de entrevistarse con usted —continuaba Wenceslao—, y con el fin de acelerar con sus propios hallazgos el proceso final de su recuperación, sus deseos por escabullirse hacia el bosque y buscar otro tipo de diversiones (refrescar la mente como usted decía), le facilitaron la tarea a los esbirros de Eloy para lograr secuestrarlo. Eso alteró los planes. El valle fue invadido, primero por los indígenas, quienes saquearon los lugares para obtener algún sustento y robar objetos, y luego los bandidos de Eloy, al parecer con el apoyo de Abelardo, recibieron la orden de eliminar el reducto del Patriarca. Unos primero y luego los otros, se dedicaron a destruir lo que a su paso encontraron. Se configuró la traición”.

“Cuando los primeros frailes lo encontraron a usted y empezamos a protegerlo, se dio inmediato aviso a Isaías y éste, confiando en su comunidad, se lo informó a Abelardo, lo cual despertó en él (según parece), un afán por desconocer la autoridad de Isaías. Solicitó por ejemplo que usted fuera trasladado al lugar en donde él se encontraba, alegando que podía protegerlo con mayor

facilidad; pero los seguidores del Patriarca, entre ellos yo, dudosos de las intenciones, nos opusimos, temiendo por empeorar su enfermedad y en razón al estado de postración en el cual usted se encontraba. Esto originó serios incidentes entre los jerarcas. Es ahí cuando yo entro a protegerlo directamente por orden de Isaías y tengo que servir de mediador en la disputa. Mi encargo consistía en dejar claramente sentado el mando de Isaías sobre Abelardo y por tanto el sometimiento que éste le debía al máximo prelado. Pero las cosas no funcionaron así y tuve que huir, sin lograr mi objetivo”.

“Ya usted sabe nuestra historia juntos durante varios años, hasta el día en que desatendió mis recomendaciones y salió solo a los bosques. Allí fue detectado por las fuerzas de Eloy y se descubrió nuestro escondite. Desde eso, hice muchos intentos por recuperarlo, pero todo fue en vano. El último, lo hice con Yanio, a quien le entregué este legado para que usted supiera la verdad sobre el asunto. Él cumplió su cometido, pero sucumbió al salir. Yo intenté entrar por el lugar por donde salieron las dos androides que vivían con usted, pero en lugar de encontrarlas ariscas y reactivas a mi presencia noté que querían ayudarme. Yo

conozco su funcionamiento porque trabajé muchos años produciendo androides en los laboratorios de Abelardo, así que sabía como inactivarlas y pasarles conocimientos, sin que pudieran detectarlos. Durante varias horas lo hice con ellas dos y les grabé la voluntad de protegerlo a usted y a Isaías bajo cualquier circunstancia. Si las dos eran separadas, Selene debería cuidarlo a usted y Hécate debería encargarse de Isaías”. El texto terminaba diciéndome, que de no lograr tal empeño, yo debía entrar en contacto con Eliade que era quien había cuidado de mi vida durante los primeros años y estaba predestinada a ser la madre del futuro jefe de los rebeldes si algo le ocurriera a Isaías (esto no alcanzaba a entenderlo porque ya existía, según ellos mismos, una Gran Madre).

Esa fue la razón, para que Wenceslao cambiara sus planes y decidiera seguir a Hécate y Selene, lo que lo alejó de mi rescate. Sin pensarlo, me había involucrado en decisiones políticas, jugando al lado de una especie de luchadores de lo imposible, redentores de una historia que a lo sumo permitiría saber que sobrevendría un cataclismo, frente al cual éramos espectadores impotentes. Me tendría que convertir entonces en un profeta del desastre, recorriendo el mundo

para anunciar el fenómeno que los demás mirarían como incomprensible, demasiado lejano, ajeno a sus vidas y producto quizá de las extravagancias de un loco, que se sentía uno de los elegidos, decía venir de una civilización antigua, asegurando que había sido más avanzada, pero que había desaparecido por efecto de las incongruencias del hombre. ¿Acaso no ha sido común en cualquier época, que ciertos agoreros levanten la bandera del cataclismo, del apocalipsis, del fin del mundo y del juicio definitivo?, ¿en qué me diferenciaría de ellos?

Me dieron tres días para emprender el viaje hacia mi entrevista con el Sumo, al cabo de los cuales me rehusé de nuevo a ir. Pero no accedieron y fui obligado por la fuerza a tomar la partida. Exigí la compañía de Selene y aceptaron, e incluso me insinuaron que llevara a las dos mujeres. Excusé a Hécate con el pretexto de que estaría ocupada atendiendo una parte de mis investigaciones, pero de inmediato la buscaron y con rapidez comenzaron a informar sobre su desaparición. Nos hicimos los desentendidos, expresando no tener idea acerca del lugar adonde se había ido e incluso los acusamos a ellos de ser responsables de su desaparición.

El recorrido a través de la campiña fue tranquilo. Los retenes nos dejaron pasar sin mayores obstáculos. Primero llegamos a la mansión de don Eloy, quien nos invitó a un almuerzo durante el cual comimos platos exóticos, mientras el hombre nos hablaba de sus extravagancias, sin adelantar nada acerca de la entrevista que sostendríamos con el Sumo. Era un ambiente maquinal, estereotipado, en el que decenas de damas del Estado atendían nuestros deseos y se esmeraban en buscar mi comodidad. Selene permaneció a mi lado y gozó de todas las cortesías como si fuera mi mujer y no hubo durante la conversación ninguna alusión a Hécate. Temí que la firmeza con la cual actuaban fuera a causa de su detención; sin embargo, evité cualquier insinuación que la recordara.

El viaje continuó en medio de un despliegue inmenso de seguridad. Desde antes de culminar el recorrido, comenzamos a ver un castillo. Simulaba aquellas edificaciones del siglo XVIII que tan suntuosas se mostraban a la vista, rodeado de prados, con jardines florecidos, lagos de aguas cristalinas con balandros que vagaban al soplo del viento y campos deportivos en los cuales se distraían jóvenes corpulentos, llenos de esa vitalidad que proporciona el convencimiento de un futuro promisorio. De trecho en trecho, viviendas modestas construidas con

troncos de pino redondo, habitadas por familias campesinas, curiosamente vestidos los hombres con sayos, similares a los de mis amigos los frailes. Aquello me inquietó bastante; pensé en si se les habría perdonado la vida como retribución al hecho de trabajar para los enemigos o si la derrota los hubiera convertido en traidores. Sin embargo, las respuestas del chofer me dejaron perplejo. “No —dijo—, ellos han vivido aquí desde siempre, son los monjes mendicantes del Estado”. Poseían capiruchos que descorrían hacia atrás cuando hacían las labores del campo; el sayo gris les bajaba hasta los tobillos y un cinturón blanco les ceñía la cintura; usaban sandalias de suela gruesa y secaban el sudor de la frente con la manga de su basquiña. Traté de ver sus rostros, de imaginar las facciones buscando reconocer alguno de mis amigos; pero la distancia y la cortedad de mi vista me lo impedían. Seguí preguntando acerca del modo de vida, de las costumbres; pero el hombre sabía poco, pues aunque se esforzaba en demostrar sabiduría, siempre entraba en contradicciones. Fue Selene, que había permanecido callada durante el recorrido, quien complementó la historia: “estos y los otros son los mismos —dijo—, los que viven acá trabajan la tierra y le sirven a Abelardo y los de allá son rebeldes, como Wenceslao y son seguidores de Isaías”.

Muy cerca del castillo aparecían con rigor los elementos protectores. Vallas electrizadas alrededor de los predios, barbacanas, atalayas, hombres armados apostados en los caminos, camiones con soldados que vigilaban las carreteras y las trochas, tanques camuflados bajo cobertizos y sofisticados equipos de comunicación. En un retén del camino fuimos requisados, nos cambiaron la escolta y penetramos en un terruño ondulado por pequeñas montañas entrelazadas, tapizado por prados de un verde esmeralda y adornado por tupidos bosques, en su mayoría de eucaliptos, de pinos, de acacias y de arrayanes. Se encontraba el terreno aledaño a la edificación, sembrado con tulipanes y girasoles y algunas fuentes de agua elevaban sus chorros contra el firmamento.

Al llegar, rodeamos una rotonda donde se alzaba majestuosa una nueva fuente; ésta era de mármol y representaba aquellas imágenes de ángeles, sostenidos en el aire; un recuerdo de los estilos romanos de la edad media. En el umbral nos esperaban dos de aquellos frailes, de rostros adustos para mí desconocidos; sonrientes, se limitaron a saludar con una inclinación del cuerpo y a pedir que los acompañáramos. Selene se colgó de mi brazo y me apretó con cierta fortaleza; un nuevo código nacido de las órdenes de Hécate. Caminamos por amplios corredores, adornados con cortinas repletas de borlas y festones y con

cuadros de culturas antiguas y algunas estatuas de bronce. Luego cruzamos cerca de varios salones y después de recorrer un pasillo circular nos dirigimos a una habitación que había sido destinada a servirnos de aposento. Allí se despidieron, recomendándonos puntualidad en la hora de la cena, la cual, dijeron, sería servida a las siete. Un chambelán vendría a recogernos, dijo sonriente el más viejo de los anfitriones. No estuvimos solos. Vestidos con túnicas largas, dos jóvenes sirvientes aguardaban las órdenes. Selene se acercó a ellos, los tocó en la espalda y los miró fijamente. Eran idénticos, bellos, fabricados con el mismo molde. Son mis hermanos, dijo mi amiga, y agregó que de ahora en adelante estarían a nuestro servicio. Yo le consulté si cumplían funciones parecidas a las de ellas, pero me contestó que no. Eran eunucos y además, ufanándose, me advirtió que no poseían sus conocimientos.

Durante la cena estuvimos acompañados por varios frailes de túnicas blancas. Uno de ellos, el de mayor rango, nos comunicó que seríamos avisados con la debida anticipación de nuestra cita con el Sumo Pontífice; por ahora otros compromisos urgentes lo mantenían alejado. Más por mostrar cierta importancia,

le expresé que podríamos regresar después, cuando estuviera menos ocupado, pero el fraile me expresó que no era posible, pues el Sumo conocía de nuestra llegada y en cualquier momento podría requerirnos. El ambiente estaba cargado de cordialidad y uno de ellos se esforzaba por mostrarse chistoso, haciendo alusiones morbosas acerca de los placeres eximios de tan hermosos mancebos. Intentó hacer agradable nuestra velada, pero mi sobriedad y quizá el aspecto apacible de Selene evitaron el exceso de galantería. Fue así como nos retiramos a dormir, disfrutando más de la soledad que de aquella compañía que a ambos nos resultaba molesta.

Los días pasaron sin que se presentara la entrevista. Aprovechamos las horas para leer y ordenar las ideas. Al mismo tiempo, nos solazábamos contemplando el encanto de aquellos amaneceres entre los cerros cubiertos de neblina, el canto de los turpiales y arrendajos que merodeaban en las arboledas y los atardeceres cargados de arreboles. Poca ayuda obtuve de Selene, diferente de la que ya conocíamos por el manuscrito de Wenceslao, acerca del jefe de estos religiosos, que a más de divulgar las creencias de su secta, se había convertido en el guía espiritual de aquella especie de nación cuyos límites parecían imprecisos o de pronto ni existían. Sin embargo, uno de esos días tuvo ella una idea que admiré

por su brillantez. Podría lograr que uno de esos sirvientes nos dictara una cátedra acerca de cuanto supiera. Fue aquello un nuevo y verdadero experimento. Mi amiga le clavó su mirada y pareció embrujarlo, luego le dio la orden de colocarse de espaldas y del mismo modo que le vi hacer a Hécate con ella, le abrió el torso y marcó en su mecanismo interior algunas claves; cerró de nuevo su humanidad y el muchacho abrió los ojos. Fue en ese instante cuando comenzamos a preguntar y él inició su parloteo.

Dijo llamarse Antino y ser siervo al cuidado de uno de los patriarcas del Sumo. Su jefe se llamaba Helasio y a él debía la vida. Fue construido para atender los oficios que su jefe le asignara y ahora estaba dispuesto a servir a los huéspedes que esperaban la entrevista con el Sumo. Sabía cocinar, limpiar y preparar el bienestar de quienes allí habitaban; pero asimismo, podía bañar, vestir y arreglar el cuerpo de su patrón o de aquél a quien él dispusiera. Era experto en masajes y en ciertas ciencias contra la fatiga y el decaimiento e hizo alusión a técnicas como la inhaloterapia, la quiropraxia y la digitopuntura. Cada uno de ellos estaba especializado en un área y respondía al nivel de exigencia que le era asignado, luego no podía cumplir mandatos diferentes; por eso nos advertía no ser

él la persona propicia para deleites de la carne, ya que el sexo le era indiferente, cuestión que si era requerida podría ser subsanada por otros, bien fueran hombres o mujeres. Su propósito no se relacionaba con interferencias políticas, ni órdenes de gobierno, por lo cual no estaba enterado de jerarquías o actividades militares y únicamente debía obediencia a su amo o a quienes el amo delegara servicio. Sabía que los monjes eran los representantes directos del Sumo, pero no cumplía mandatos sino de su jefe, pues a cada monje de alcurnia se le asignaban siervos para cada tarea. Había algunos de ellos, de menor rango, que no poseían ayudantes y debían trabajar en las labores del campo o en las artesanías y otros oficios, e incluso existían algunos que eran sólo mendicantes sin función alguna, por ser demasiado viejos y estar poseídos por enfermedades o males del demonio. A ellos no debía acercarse y menos atender pedido alguno. Él no podía circular por fuera de sus límites y estaba confinado a las habitaciones que dependían de su patriarca. Con él trabajaban diez siervos más, cuyos oficios no le interesaban y tenía que desconocerlos.

De su jefe Helasio nos refirió sus costumbres: lo levantaba a las cinco de la mañana con un café caliente. A esa hora le tenía preparado el baño. Al anciano le gustaban primero los masajes y raras veces pedía apoyo con inhalaciones o abluciones para sus dolencias. Le gustaban los huevos de codorniz, los cuales consumía con avidez y prefería el té con leche fresca antes de acudir a los oficios. Por algunos otros informes de la plática, relacionados con su jefe, supimos que sólo algunos patriarcas acudían a los oficios del Sumo y se turnaban en secuencia estricta la dirección religiosa de cada día. Después se reunían dos horas cada mañana para efectos de Gobierno. Al Consejo Supremo, que se citaba una vez al mes, acudían como invitados los militares y los Consejeros de Estado, ahora con varias vacantes que se buscaban reemplazar, personas que él generalmente desconocía, por no estar habituado a tenerlos como huéspedes, ni permitírsele nunca traspasar sus límites. Sabía de estos hechos pues a su jefe le correspondía preparar algunas de aquellas reuniones y Antino debía proporcionarle los datos necesarios y acompañarlo esporádicas veces, sobre todo cuando por cuestiones de salud, requería de tratamientos en los intervalos de las sesiones.

El Sumo era atendido personalmente por un sólo siervo cuyo nombre era Jano, ahora elevado por el Supremo al rango de Consejero de Estado, y al cual debían los demás androides obediencia. Él tenía el poder general de dar órdenes y de producir los cambios necesarios en el gabinete de siervos de los patriarcas. Era el único con acceso a las llaves del arca donde se guardaban los secretos del Estado y el único con el don de poseer los conocimientos existentes. Sólo debía obediencia a su jefe. Ninguno de los patriarcas podía exigirle nada, u osar siquiera proponerle servicio de cualquier naturaleza, pues estaba autorizado a castigar, incluso con la muerte, además de que aquello encendería la ira del Sumo. Siempre acompañaba a su señor y era el encargado de preparar sus alimentos o resolver sus necesidades. Tenía, eso sí, un séquito de siervos que el patriarca Helasio calculaba en seiscientos. De la secta, es el Sumo el único que posee mujeres humanas y algunos hijos nacidos de ellas. Una de ellas será la nueva Gran Madre. Sus descendientes heredarán el imperio de los planetas y para sucederlo en el trono se preparan en las artes y las ciencias.

De otras cosas poco pudimos averiguar, pues el muchacho estaba cargado de informaciones sobre recetas y tratamientos que en ese momento no nos importaban, pero que Selene aprovechó para guardarlas en sus archivos.

Echamos entonces mano del otro asistente. Se llamaba Sibilo. Resultó experto en astrología. Era quirólogo y nigromante y con mirar la situación de las estrellas hacía cábalas y presagios de todo tipo. Acerca del Sumo conocía menos que el otro y cuando intentamos obtener información personal sobre los diferentes vicios del patriarca nos llegó Antino con la noticia de que el Sumo nos esperaba.

El lugar adonde nos condujeron estaba decorado con elegancia. Los muebles de nogal resaltaban por la solidez y por el rojo encendido de su textura. Los sillones de terciopelo eran cómodos y se hundían hasta el fondo con el peso de nuestros cuerpos, brindando a las carnes un descanso placentero. El Sumo se levantó de una poltrona que parecía conservar la forma de su cuerpo, caminó unos pasos apoyado en un báculo y salió hacia nuestro encuentro tendiendo la mano con la palma hacia el suelo. Me llamó Arturo. “Bienvenido Arturo”, dijo, “es usted el último consejero que nos faltaba”. En ese momento recordé que ése era mi nombre. Vestía igual que los demás (túnica blanca, esclavina negra y una estrella bordada en su pecho), con la diferencia de que su cinturón era un rosario y se descolgaba de su cuello una medalla con la figura de un fraile dominico: San Pedro de Telmo. Sentí sus dedos demasiado suaves y al igual que ellos la cara se

mostraba fresca, aunque con algunas arrugas que denotaban la terquedad de su espíritu. “Jano —dijo con voz cavernosa que no parecía salir de su rostro— tráenos vino”. Al momento estábamos dando pequeños sorbos en copas de cristal a un exquisito licor que podía jurar llevaba más de cien años guardado en alguna cava. Luego hizo traer algunos libros y documentos que parecía tener seleccionados. “Mire usted mi buen amigo —dijo extendiéndome uno de ellos—, esta es la historia de su vida”. Fue así como me entregó el documento del Proyecto “Columbus 1995”.

Efectivamente tenía ante mis ojos el material con el cual había sido congelado quinientos años atrás y allí estaba mi nombre como parte del equipo que desarrollaba la investigación, junto a Dédalus, Jacinta y Michael. Con este documento hubiera podido, de haber dispuesto de él, acelerar el recuerdo de mis propósitos. Con sólo ojearlo tuve ante mis ojos visiones fantásticas sobre mi pasado, volví a sentir las facciones de mis amigos, de mi familia. Recordé la seriedad de Dedalus, la jovialidad de Michel y la belleza de Jacinta; supe de mi verdadera especialidad y se me vinieron los detalles del experimento. Había sido

un trabajo realizado con tanto esmero que era capaz de recitar cada paso, cual si nunca se hubiera borrado de mi mente.

Comprendí en ese instante como este hombre, reconocido como el Sumo, era el mismo Abelardo. Un jefe común, jefe para la libertad y la esclavitud. Alguien que necesitaba declarar la guerra pero tenía el suficiente poder para controlarla. Aquel por quien Wenceslao, tal vez sin saberlo, diera la vida y que fuera así mismo su verdugo. Con razón mi amigo rebelde era tildado de líder. Sin terminar de salir de mi asombro me entregó otro de los documentos: el legado de Wenceslao; por lo visto, estaba dispuesto a demostrarme que nada le era oculto y que disponía de toda información. Había sido copiado y colocado de nuevo en el lugar donde Hécate lo había escondido. Una sospecha cruel inundó mi mente, pero el mismo Patriarca, con su voz ronca y parsimoniosa, se encargó de despejarme las dudas.

“La otra joven, compañera suya, la que escapó —dijo—, aprendió por cosas del azar los enigmas de Jano, pero en lugar de aprovecharlos para mi servicio, se ha declarado en rebeldía (en eso se equivocaba, no fue por Jano, fue por Wenceslao). Es una pena, dado el aprecio que usted le tenía y sepa que en eso lo comprendo bien. Ya existe un ejército persiguiéndola. Sabemos que pretende

proteger a Isaías, pero no durará mucho pues carece de la capacidad para repararse por sus propios medios, especialmente en las montañas que le son desconocidas y poco propicias a su condición femenina” (en eso también se equivocaba). Hizo entonces una seña y varios siervos se acercaron y tomándonos por las manos nos ayudaron a levantar de nuestros lugares; salimos hacia una puerta y después de cruzar un pasillo nos introdujo en una sala recogida donde nos volvimos a acomodar en unas espléndidas sillas para apreciar la proyección de una película sobre un colosal laboratorio.

Allí trabajaban decenas de científicos, hombres viejos, de cabeza cana, embebidos en sus tareas. En el centro, encerrada en una vitrina y reconstruida completamente, mi madre, mi máquina de tungsteno, aquella en la cual había permanecido, según él mismo me lo asegurara, algo más de quinientos años. “Algunas cosas se perdieron —me anotó el Sumo—, y demasiados tuvieron que pagar cara su osadía y desvergüenza al robar o destruir los objetos sagrados y lo que es más grave, al abandonarlo a usted a su suerte, cuestión que le pudo haber provocado la muerte, de no ser tan resistente el organismo que posee; ello hizo que desaprovecháramos la oportunidad de rescatarlo con las debidas

consideraciones, lo que nos habría permitido concluir nuestra empresa cinco años atrás. Nos sentimos apenados por su sufrimiento, sobre todo al caer en manos de unos rebeldes que no han entendido el sacrificio que cada hombre debe aceptar al servicio de la especie”.

Hizo una pausa, se levantó y continuó: “Como ve, conozco su historia y sé lo que usted ha estado buscando. He llegado a disponer de los recursos necesarios para preparar los últimos detalles del viaje a través de las galaxias. Rumbo al planeta de Van de Kamp en la estrella Barnard. Su sueño se hará realidad. La humanidad logrará sobrevivir gracias a su experiencia. No faltaba sino usted para completar el cupo del viaje”. De inmediato pensé en Selene, en Hécate, en Eliade, en la diosa de la tormenta, en los últimos rebeldes que habían huido a lo largo de las montañas, en aquellos hombres y mujeres que luchaban por ideales desconocidos; en Wenceslao. “¿Y los demás?”, pregunté. El hombre pareció endurecer sus ojos pero se contuvo. “Son máquinas”, explicó y se quedó mirándome con sus ojos cenicientos. “No hablo de los siervos” —repliqué— hablo de la humanidad. “¡Bah! —pareció resignarse—, no valen la pena. Todos prefieren

quedarse; ya se han repartido las tierras y los bienes y no esperan sino mi despedida para matarse unos a otros por controlar cada uno su pedazo de mierda.

Sólo ese imbécil, Richi, dice seguir mis consejos; pero es otro bastardo.

Únicamente irá la representación de la casta más noble y pura de la tierra, mis

hijos por supuesto y las madres que los han engendrado y se convertirán en las

nuevas “evas”. Usted será garante del viaje. Ahora, si se empeña, podrá

acompañarlo su amante. Yo por ejemplo he decidido llevar a Jano. Sin él, ya no

sería el mismo”.

“De todos modos quiero hacerle una pregunta —le dije sólo por saciar mi

curiosidad—: ¿qué razón había para ajusticiar a Wenceslao, sabiendo que era uno

de los miembros más promisorios de la comunidad y que fue quien le dio la mayor

información que ahora posee?”. Me miró dueño de su poder. “Fue un traidor, como

Hécate lo es ahora y el castigo es morir; son las reglas. Efectivamente él era un

miembro de la secta, pero esta información es parcial; mire, le voy a confiar un

secreto de Estado. Wenceslao, monje erudito, con la mayor información acerca del

experimento, pero además experto en biónica y en el arte de la guerra y,

desgraciadamente, fiel como nadie al mandato de Isaías, que ya no tiene capacidad para dirigir el proceso pues es anciano y terco. Cuando vino a mediar en su entrega se negó a reconocer mi nombramiento como Sumo Pontífice y rechazó mis acuerdos con la mafia. Por eso fue puesto preso. Pero mis aliados crearon con su molde una réplica perfecta, un androide dotado con todos los conocimientos posibles y además con las virtudes de Jano. Fue así como, con quien sería el androide más hábil e inteligente jamás creado, infiltramos las huestes del viejo Isaías. Un nuevo androide, Wenceslao, que reemplazaría al verdadero. Estaba programado para engañar al Patriarca demostrándole al viejo que toda la comunidad le debía obediencia, pero debía entregarme en secreto la información que lograra recuperar de su memoria. Pero algo pasó que desconozco, pues a recatarlo a usted no volvió el verdadero, sino el Androide. Ahora Wenceslao debe estar con el viejo, así como Hécate, si es que mis ejércitos no los matan primero”. Mis ojos se iluminaron. Habían juzgado y quemado el androide.

“¿Y por qué hizo un pacto con Eloy?”, le pregunté buscando conocer los detalles de aquella alianza misteriosa. De inmediato dio un pequeño sorbo a su copa y dijo: “estábamos en guerra y al mismo tiempo teníamos la urgencia de concluir la investigación. Nosotros poseíamos las tierras, pero Eloy avanzaba y cada vez era más difícil controlar el territorio. Él había logrado crear una versión especial de esos seres maravillosos que nosotros tenemos y hoy nos son de tanta utilidad, pero su ambición era la de recuperar el territorio para tener el control de los alimentos que mi comunidad produce. Ambos nos necesitábamos, yo requería de su fortuna y de sus avances en la biónica y él dependía de mis víveres. Le otorgué el derecho sobre las tierras de la comunidad a cambio de poseer sus conocimientos científicos y mi boleto hacia las estrellas. Por fortuna, para Eloy y sus secuaces, fieles a su modo de entender la vida, esos rumores acerca de que el mundo iba a ser destruido por una radiación cósmica, eran simples cábalas de los predicadores; nunca han creído en ello y con tal de quedarse como herederos de lo existente, han permitido financiar mi locura de este viaje sin retorno, empeño definitivo del legado de mis antepasados. Sin embargo, me queda poco tiempo, pues a ellos se les está terminando la paciencia. Yo había logrado mantener lejos

a Isaías, aprovechando su interés personal por descubrir el laboratorio donde usted se encontraba, pero como eran mis discípulos quienes adelantaban los aspectos determinantes de las investigaciones, él tenía que informarme de cualquier hallazgo. Cuando usted fue recuperado, desafortunadamente en forma tardía, se perdió la oportunidad de poseer cada uno de los detalles y después, al encontrarse privado de la memoria, creímos indispensable traerlo con nosotros para facilitar el proceso de su recuperación como lo decía el manual con el que usted fue enviado; pero Isaías sospechó mi traición y envió a Wenceslao”.

La conversación se iba haciendo cada vez más interesante. A su lado, Jano permanecía imperturbable, no así Selene, quien parecía disfrutar tanto como yo de aquella experiencia. El Sumo se encontraba arrobado y no reparaba en los esporádicos cambios que mi amiga reflejaba en su rostro. El hablaba sin parar, insistiendo en los errores de Isaías: “Pero los estúpidos monjes llegaron tarde. Los bárbaros de Eloy saquearon el laboratorio y activaron la descongelación. Para recuperar lo que estaba por ahí, desperdigado entre las pertenencias de estos rufianes, tuve que ceder en muchas de mis pretensiones y he tenido que compartir el poder con ellos, atendiendo muchas de sus exigencias. Por supuesto Isaías

desconocía tales acuerdos, pues de sobra sé que su deterioro mental no le permitía hacer componendas con los enemigos. Hubiera preferido dejarse matar.

Fue así como concebí la idea de enviar un espía y él me ayudó en los planes cuando me proporcionó su mejor confidente: Wenceslao. La mala fortuna y la sagacidad del viejo, o quizás los conocimientos del verdadero Wenceslao, quien logró huir, hicieron que el androide nos traicionara. Además, fue ese diabólico engendro el que contaminó a Hécate, al encontrar en ella un campo abonado por el azar y las circunstancias. Un poco antes de ser aprehendido le legó a su amiga su programa rebelde y por desgracia los conocimientos de Jano. Pero ya no importa, ahora todos deben estar muertos y ella también lo estará por proteger a Isaías”.

Estaba aterrado. Abelardo me entregó su historia y ahora esperaba la mía.

Lo noté impaciente por mi respuesta. Sabe usted más de mí que lo que yo he logrado recordar, le dije a secas. “Únicamente falta una cosa —me replicó con los ojos abiertos y encendidos—, la composición química de la solución que debe emplearse para la conservación de los cuerpos, la fórmula de esa endemoniada

sustancia que ha sabido gastarme media vida y casi todas mis tierras. Esa, cuya composición olvidaron ustedes colocar en los malditos informes y que los imbéciles descastados que lo descubrieron dejaron derramar por el piso cuando en lugar de ser exploradores se convirtieron en atracadores y de la cual no pudimos extraer sino pequeñas muestras secas del suelo, que de nada nos sirvieron. De ella depende su vida, la de la humanidad y la de la especie; la eternidad del hombre. Por eso —concluyó—, no me sirve nada de lo que me ha enviado, nada de sus disquisiciones, nada de sus propósitos. ¡Sólo necesito la fórmula de la sustancia! Es lo único que no aparece en los manuales ni en los casetes, ni en las películas, ni en toda esa basura de papeles con los que lo enterraron en la máquina del tiempo”.

19

Sin embargo, decidí huir con Selene, aprovechando la creencia del Sumo de que él tenía sobre mi compañera todo el control. Lo pensé mucho, pero ahora tendría la esperanza de encontrar a Wenceslao a Hécate y a Isaías. Arriba, hacia el firmamento, los últimos destellos de luz desaparecían con lentitud entre los

ramajes de la arboleda. No muy lejos, sonaba el cauce de una quebrada elevando briznas suaves sobre las orillas y al fondo, contra la serranía, subía un vaho espeso que ocultaba la floresta, lugar donde las cigarras estridulaban hacia los abismos. Deseaba dormir para reponer mis fuerzas, pero el cansancio me lo impedía. Los pensamientos cruzaban raudos sin que pudiera mi corazón atinar a controlarlos. Muchas veces las determinaciones obedecen a instintos irrefrenables. Como en mi primero y en mi segundo sueños hibernales. Quizá ahora ocurría lo mismo. Pertenecer al engranaje del Sumo traería a mi espíritu aventurero la odisea más extraña, jamás imaginada. No sólo había prolongado quinientos años mi existencia, sino que podría hacer parte de la primera excursión humana hacia las estrellas; sería la búsqueda de aquella anhelada perpetuidad, así fuera con la humana intención de arañarle un poco de tiempo a la eternidad. El asombro frente a lo desconocido, el paso a través de esas barreras que se habían convertido en infranqueables, la colonización de un mundo virgen, el hallazgo de nuevas especies y quizá de otro género humano, sustancialmente igual, o diferente. Todo aquello a costa del abandono de cuanto ahora disfrutaba: de mis amigos los frailes, del afecto de un pueblo al borde de la extinción, de las mujeres

que me amaban, de la extraña relación con unos seres fascinantes que aprendían a pensar por sí mismos.

Pero, ¿no había sido así antes? También antaño dejé mi hogar y a mis amigos y compañeros; de igual modo, abandoné el lugar que tenía por buscar nuevas incógnitas frente a un experimento que podía fracasar. Preferí bordear la quimera, arrimarme a lo insólito, explorar lo que existe más allá de lo posible. ¿Por qué no continuar?, ¿acaso la vida no era una parodia antes y no lo era en la actualidad? La esperanza de sobrevivir era cada vez más difícil; en unos pocos miles de años la atmósfera de la tierra estaría cubierta por gases venenosos e irradiaciones que acabarían o degenerarían las especies y tendrían que pasar millones de años antes de poder recuperar las condiciones y conseguir un ambiente apto para otros seres, entre los cuales el hombre podría ser de nuevo el rey o aceptar que lo fueran otras especies; sería capaz de lograr la inteligencia o no volvería a conseguirla; se mantendría con vida o se extinguiría inexorablemente. El experimento tendría la virtud de salvar el recuerdo de la existencia del ser humano y tal vez encontrarle un nuevo sitio en las esferas

siderales, así resultara temporal, pues todo parece ser temporal en un mundo sometido a leyes y fuerzas cíclicas y desconocidas. Sin embargo, por un impulso irracional, nacido más de los afectos y de la decadencia del espíritu de bucanero, decidí no arriscar el futuro de los pocos sensatos que existían, sino, a despecho de que todo se fuera a pique, reiniciar la labor rodeado del afecto de quienes en una forma impersonal querían luchar por ideales más generosos.

Habíamos terminado ese día de la huida una extenuante jornada y entrada la noche, Selene me secaba el sudor de la frente, mientras yo, recostado sobre una roca, trataba de mitigar el entumecimiento de los músculos, engarrotados por el esfuerzo, masajeándolos con mis dedos. Hacía un viento frío que martirizaba la piel y calaba los huesos, pero debíamos sofrenar el impulso de encender una hoguera, por temor a que los chispazos de la lumbre, delataran nuestro lugar y cayéramos en manos de los persecutores. Llevaba dos días alimentándome con higos y moras silvestres y el hambre comenzaba a hacer mella en mi organismo.

Desde el instante mismo en que decidimos huir estoy contándole a mi amiga, paso a paso, mis consideraciones acerca de los hechos. Su archivo supera con creces cualquier diario que yo pudiera escribir; dejo entonces éste para

satisfacer una necesidad espiritual y confío en ella los secretos más importantes, como aquella fórmula sagrada que no reuniría en este momento las condiciones para ser producida, como antaño lo fue, cuando concentramos el esfuerzo de tantos hombres interesados en el progreso; ingenuos sin embargo, pues embebidos en el fragor de las investigaciones nunca supimos lo que ocurría en nuestro entorno, pues la sociedad entraba en una irremediable etapa de descomposición. En estos relatos hemos gastado más energías que en la misma aventura que nos tiene a la deriva, pues estoy seguro de que, si llegan a detectarnos, ella podrá escapar con facilidad, siempre y cuando prescindamos de tener que remolcarme. Yo sé que grabaré con fidelidad cada uno de mis recuerdos.

Es difícil que mi pobre humanidad alcance a sobrevivir a tantas contingencias, máxime cuando el esfuerzo que vengo haciendo es demasiado para un anciano que ha decidido declararse en rebeldía con el fin de recomenzar una quimera, ayudado por una mujer que no le dará descendencia y buscando contactar a un reducido grupo de frailes, cuya experiencia subterránea poco les habrá de servir en campo abierto, bajo el sol inclemente y entre la incertidumbre del bosque. Tendremos que empezar a recordar con entusiasmo y disciplina los

elementos que nos puedan servir en esta nueva experiencia y además de alcanzar a los sobrevivientes, unir nuestras fuerzas a las de Hécate e iniciar la recuperación del tiempo perdido, para buscar que sea otra la historia que habremos de contar; aquella que se geste en el conocimiento, que tenga en la cuenta el común de la sociedad y que no sea para el usufructo de unos pocos, envanecidos en la grandeza.

Fue una fortuna que el Sumo creyera, con base en los documentos del pequeño experimento, que había perdido parte de mi memoria y ahora, con la información disponible, podría recuperarla para colocarla a su servicio. Por eso nos dejó caminar libremente y aunque fuimos vigilados continuamente, nos dio cualquier clase de prerrogativas. Tuve mis documentos y la ayuda necesaria para comenzar los ensayos experimentales. Un sinnúmero de sabios estuvieron a mi disposición, atiborrando de preguntas y de propuestas el tiempo disponible, y una veintena de siervos cuidaban y vigilaban mis momentos de intimidad. De todas las oportunidades hicimos uso para escapar a través de las rutas que habíamos aprendido de Wenceslao. Los investigadores se consumían trabajando en las fórmulas que yo les daba, con las cuales, en aquella época, habíamos fracasado y pasaban informes periódicos bastante optimistas que entretenían a los emisarios

del Sumo. Los guerreros de Jano, dominados por Selene, le trasladaban la información que poseían y la instruían acerca de la forma como se protegían las salidas, sobre los caminos que acostumbraban, el caudal de los ejércitos, la capacidad de sus máquinas o los conocimientos que tenían.

Diez jornadas habíamos logrado, escapando de las bandas de asesinos que regaron como una plaga por las cordilleras. Se equivocaba también el Pontífice cuando creía que estas mujeres, creadas por ellos y transformadas por Wenceslao, no eran capaces de desempeñarse bien en terrenos adversos. La vista de Selene era suficiente para detectar los mejores senderos y podía velar sin ninguna clase de sustento, con capacidad para sacarme con vida de los peores embrollos. En sus manos parecía juego de niños escapar de los cercos tendidos para aniquilarnos. Si no hubieran desestimado las condiciones de Selene hubiera sido difícil nuestra huida. Ninguno de esos tunantes pudo con ella, ya que aunque fuertes en el campo abierto y veloces cuando se encontraban motorizados, se comportaban como inútiles en las montañas. Tampoco serían capaces con Hécate; ése era mi consuelo.

Yo me encontraba exhausto e imposibilitado para la marcha. Mis pies estaban hinchados y abiertos en las plantas, mis músculos engarrotados y en la piel hacían mella los estigmas de las zarzas que había que romper con el cuerpo cuando habríamos camino por entre los matorrales. Ella había logrado animarme y arrastrarme hasta el borde de un riachuelo que se descolgaba de los alto de unos riscos, a la sombra de los guayabillos que crecían con fuerza alrededor de las corrientes. Allí pernoctábamos, protegidos del viento por los árboles, cuando al amanecer fuimos sorprendidos por dos monjes, muy jóvenes, quienes luego de sosearnos presentándose como amigos, nos condujeron a un lugar seguro en medio de la selva. Selene supo desde el principio que eran discípulos de Isaías. Ellos vigilaban desde dos días antes nuestro trágico deambular, cuando vagábamos perdidos en la maraña, hasta que descubrieron en mi rostro la imagen que les había confiado Wenceslao. Lograron así, sin ningún desgaste, recuperarme del asedio de los facinerosos. La suerte, por el momento, estaba de nuestro lado.

Pasaron varios días antes de lograr mi recuperación. A mi lado, Selene vigilaba noche y día. Al recobrar algo de mis fuerzas, pude detallar las facciones

de los jóvenes que nos acompañaban y en ese momento se dedicaban a preparar los alimentos. Uno de ellos tenía el cuerpo un poco contrahecho, quizá por el efecto de criarse bajo tierra, caminaba medio encorvado, asentando a veces las manos cual si fuera un mico, pero se movía con rapidez. El otro, de baja estatura pero bastante atlético, tenía los ojos diminutos, inquietos y profundos; de un color extraño, como el azul de las profundidades marinas, lo que inevitablemente me hacía recordar a Wenceslao. Hasta se me ocurrió que fuera un hijo suyo o una réplica del androide a quien jamás conocí y que había servido para fabricar su molde. Imaginé que todos aquellos monjes pudieran ser androides, enviados por el Sumo para engañarnos. Decidí entonces preguntarle a Selene si ella conocía que el jefe rebelde fuera su hermano y me respondió que sí, que lo supieron cuando se encontraron con él y los programó con sus códigos. Quise preguntar a modo de reclamo las razones por las cuales había mantenido aquello en confidencia, pero me arrepentí al recordar que nadie sería capaz de hacerlas incumplir sus secretos. Opté por preguntarle entonces, si esos dos frailes, tan parecidos a seres humanos,

eran también maniquíes. Selene sonrió y me contestó que no. Decidimos entonces guardar frente a ellos la verdadera historia de Wenceslao.

En la tranquilidad de la campiña y bajo la luminosidad de las estrellas que inundaban aquellas noches, nos contó aquel joven líder acerca de los sobrevivientes y de su huida a través de las grutas que les enseñó Wenceslao. “El Patriarca Isaías —dijo el novicio con los ojos llenos de lágrimas—, y mi padre, desafiaron a los asesinos para proteger nuestra fuga; ellos dieron el ejemplo y luego los ancianos se fueron quedando de a uno, intrépidos como nunca antes los habíamos visto. Algunos de ellos, incluido el Patriarca, los entretuvieron durante varios días. Los jóvenes nos dispersamos en grupos de a tres, cada uno con una mujer y un niño y semanalmente nos reuníamos en un punto preestablecido. Hasta que, fuera del alcance de los bandidos, detectamos una región fértil y hermosa, recorrida por caudalosas aguas que bajaban frescas desde las cumbres, abrigada por estratégicos farallones de difícil acceso y sobre cuyas laderas podíamos establecer estricta vigilancia. Allí instalamos un campamento. Sólo logramos escapar treinta y seis, incluidas las mujeres y los niños. Una de ellas

está preñada” —dijo el guerrero, ufano de ser él quien la tuvo a su cargo durante las arduas faenas.

Juraron vengar la muerte de sus héroes y preparaban mi liberación. Esta salida era una de las primeras incursiones que hacían para detectar los movimientos del enemigo. Ya habían avistado recuas de malhechores recorriendo los campos y sabían de la existencia de un ejército de androides, que había traspasado la cordillera. La sorpresa de encontrarme los tenía anonadados. Habían jurado luchar hasta la muerte por lograr mi recuperación, pues el legado de Wenceslao, entregado por una hermosa mujer de ojos grises a un monje que había permanecido oculto en una sentina durante varias semanas antes de morir, no sólo denunciaba a Abelardo como traidor, sino que, en caso de que Isaías muriera, me asignaba la sucesión del mando, como si yo fuera el único capaz de reemplazarlo. Así lo tendrían que aceptar los sobrevivientes.

Cuando me hube recuperado y pude al fin recibir algún alimento, reiniciamos el viaje hacia el encuentro con los compañeros. Fueron muchas leguas de camino a través de espesas selvas y empinados farallones, evadiendo a

los asaltantes de los caminos, indígenas y truhanes desertores, así como a las avanzadas de las tropas enemigas, ahora conducidas por Jano y que comenzaban a incursionar por el territorio. Vivíamos de los favores de la selva, de los corozos de palma, del cacao silvestre, del membrillo o de los algarrobos; sin tiempo para dedicarle a la cacería o a la búsqueda de otro tipo de alimentos y muchos días hubimos de permanecer escondidos, en cuevas de animales y al asedio de otros peligros, para evadir los cercos que sobre nosotros tendían. Hasta que logramos esquivarlos definitivamente.

Lo primero que nos encontramos al entrar en los dominios conquistados por mis amigos, fue una guarida militar donde se apostaban algunos guerreros. Cuando los vimos estábamos a merced de sus lanzas y sus espadas, de sus mazos y sus afilados cuchillos. Al vernos, le hicieron una pronunciada venía al muchacho y estrecharon nuestras manos. No podían creer lo que veían. Uno de ellos se acercó a Selene y la olfateó, luego, dirigiéndose a quien parecía su jefe, le dijo algo en su lenguaje incomprensible. Después de su respuesta pareció quedar tranquilo. Ella tomó con fuera mi brazo y les habló en su idioma.

Llegamos al campamento una semana más tarde. Allí conservaban similares costumbres a las que observaban cuando vivíamos en las catacumbas.

Los hombres se concentraban en chabolas haciendo un círculo alrededor del descampado y en el centro, en similares ramadas, las mujeres y los niños tenían sus guaridas y hacían sus oficios. En esta oportunidad, tal vez reservados frente a la presencia de Selene, no dispusieron ningún séquito a mi servicio, como había sido sus costumbre. Al llegar, fui rodeado por los hombres, quienes se arrodillaron frente a mí y me fue asignado un sitio, en lo alto, desde donde se podía contemplar el vano del terreno disponible, en medio del bosque. El aire era fresco y evocaba recuerdos sublimes que le impregnaban cierta lozanía a mi espíritu. A lo lejos, dos monjes vestidos con sus sayos tumbaban algunos árboles y desastillaban los troncos; los niños jugueteaban en el remanso de una quebrada de aguas cristalinas y las mujeres hacían fuego, atizaban las brasas y levantaban las vasijas sobre las llamas.

Yo andaba absorto en contemplar ese intenso trajín, esa preocupación por hacerse dueños del territorio, por dominarlo, por construir una nueva vida e iniciar una gesta libertaria que estaba seguro duraría varias generaciones, cuando el muchacho me sacó del ensimismamiento con una frase impositiva: “Ahora es usted el Patriarca, todas las leyes le serán comunicadas; usted es el único que

podrá modificarlas; de ahora en adelante se hará como disponga”. Y me entregó el cinturón púrpura que había pertenecido a Isaías y que él les entregó al despedirse.

Yo ya presentía que aquella ceremonia iba a suceder. De inmediato le contesté:

“tu nombre será Wenceslao y serás el segundo al mando, hasta que llegue tu padre”. Él sonrió complacido y bajó la cabeza en señal de acatamiento. A lo lejos,

el humo de la cocina se dispersaba hacia el occidente llevado por el viento. Allí,

una de las mujeres, bastante anciana y de figura esbelta, miraba con insistencia

hacia el lugar donde nos encontrábamos. Muy cerca había otra mujer, de cabello

cano, la que atizaba el fuego de la hoguera, mientras a su lado otra más joven de

cabellos negros, acomodaba con una de sus manos el vientre preñado. Las

imágenes en mis ojos apenas si permitían diferenciar unas siluetas de otras, pero

me impresionó que no dejaran de observarnos y que la una le hablara a su vecina,

quien apenas si levantaba la vista y luego la dejaba caer sobre las llamas que se

levantaban. Unos segundos más tarde, dejaron lo que hacían y se aproximaron

caminando por un sendero que se insinuaba cerca de los raudos de la quebrada,

cuyas aguas se encajonaban entre las grandes rocas del cauce. Le pregunté al

joven Wenceslao por el nombre de la anciana. La vieja es Ginebra, dijo, la Gran

Madre, la mujer de Isaías, a ella nos debemos todos. ¿Y las otras mujeres?, le pregunté. Quien está a su lado es Eliade, hija de ellos —contestó— y la que se acerca a su lado, y está embarazada, es Eliana, su hija, la nieta del Patriarca.

No pude contenerme y bajé el sendero a toda prisa. Detrás de mi se precipitaron Selene y el joven, temerosos de que mis fuerzas no me permitieran llegar, pero no había nada capaz de detenerme. Ellas, al verme bajar, corrieron también a mi encuentro. Cuando estuvimos cerca, Eliana aceleró su carrera mientras su madre, Eliade, esperaba unos pasos atrás. De inmediato, acudió a mí mente aquella imagen de diosa del agua y la tormenta y aquella relación en medio del barro; su capucha había caído hacia atrás y le dejaba ver el rostro esplendoroso; su cuerpo, adornado con flores silvestres, parecía volar entre la floresta; al fondo brillaban sus ojos negros, se agitaba la cascada de su pelo como un torbellino sobre los hombros, se erizaba la piel, curtida ahora por la intemperie, los labios le temblaban anhelantes y los sonidos de su corazón le saltaban en el cuello. Nos abrazamos largamente, seguros de que no había más eternidad que la contenida en ese instante y de que todo lo demás, por infinito que fuera, era inasible. Por encima de su hombro vi como su madre, Eliade, bajaba los ojos,

mientras se acercaba con el rostro iluminado por la felicidad. Yo deshice el abrazo para atraerla a ella también hacia mí y sentir su filial ternura, adivinando en la piel las huellas de aquel afecto, las caricias soñadas en las noches de delirio. Ella sonrió, integrándose al apretón que nos unía en esta aventura, donde muchos sueños habían terminado y otros apenas empezaban a gestarse. Fue en ese momento cuando a nuestros cuerpos se unió Selene como si supiera que nada podría separarnos. Yo sentí sobre mi mano aquel apretón que simbolizara el destino que le había asignado Hécate, a sabiendas de que en su intento por salvar a Isaías podría morir. En medio de las caricias se sintieron los golpes del niño en el vientre de su madre. “Está feliz con la llegada de su padre”, dijo Eliana con los ojos anegados en lágrimas.